

LE MONDE «el Dpto»
diplomatique

María Esther Gilio

Pepe Mujica

De tupamaro a Presidente

**Edición
actualizada**

Copia privada para fines
exclusivamente educacionales.
Prohibida su venta



**CAPITAL
INTELLECTUAL**

Ediciones *Le Monde diplomatique* «el Dipló»
Capital Intelectual

Pepe Mujica

De tupamaro a Presidente

María Esther Gilio

© de la presente edición, Capital Intelectual S.A., 2010

Capital Intelectual S. A. edita, también, el periódico mensual
Le Monde diplomatique, edición Cono Sur
Director: Carlos Gabetta

Coordinador de la Colección *Le Monde diplomatique*: Carlos Alfieri
Edición y corrección: Alfredo Cortés
Diseño de tapa e interior: Carlos Torres
Producción: Néstor Mazzei
Foto de tapa: Iván Franco (Corbis)

Francisco Acuña de Figueroa 459 (1180) Buenos Aires, Argentina
Teléfono: (54-11) 4866-1881 / Telefax: (54-11) 4866-1881
www.editorialcapin.com.ar

Suscripciones: secretaria@eldiplo.org
Pedidos en Argentina: pedidos@capin.com.ar
Pedidos desde el exterior: exterior@capin.com.ar

Edición: 6.000 ejemplares
Este libro es la segunda edición, corregida y actualizada, de
Pepe Mujica. De tupamaro a ministro, publicado en esta misma
colección en mayo de 2005.
ISBN 978-987-614-215-1

Hecho el depósito que ordena la Ley 11.723
Libro de edición argentina
Impreso en Argentina. Printed in Argentina.

Todos los derechos reservados.
Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier
medio o procedimiento sin el permiso escrito de la editorial.

Gilio, María Esther
Pepe Mujica, de tupamaro a Presidente.
1a ed. Buenos Aires: Capital Intelectual, 2010.
128 p.; 21x15 cm. - (Le Monde / Carlos Gabetta; 48)
ISBN 978-987-614-215-1
1. Política Latinoamericana. I. Título
CDD 320.80

Fecha de catalogación: 18/01/2010

Índice

Prólogo de esta edición	
Por la senda de la dignidad	9
Prólogo de la primera edición	
"La revolución es ante todo trabajo"	29
Domingo de Ramos de 2005	
Primer encuentro en Rincón del Cerro	45
Domingo de Pascua de 2005	
Segundo encuentro en Rincón del Cerro	85
Último domingo de noviembre de 2009	
Epílogo en la Rambla de Montevideo	123

Prólogo de esta edición

Por la senda de la dignidad

El lunes 30 de noviembre de 2009 la controvertida elección presidencial en Honduras fue la noticia latinoamericana más destacada por la prensa internacional. Pero tampoco faltó en ningún medio otra noticia: mucho más al Sur, en Uruguay, un limpio proceso electoral había llevado a la Presidencia de la República a José Mujica, un ex guerrillero.

“El candidato vencedor inclusive superó las descalificaciones vinculadas a su pasado lanzadas por sus rivales políticos [...], después de haberse descubierto más de 700 armas en la casa de un hombre que murió en el tiroteo con la policía”, se asombraba el autor del cable publicado esa mañana en *Folha de São Paulo*. Los uruguayos parecían “não ter se sentido intimidados por seu passado”.

Le Monde tituló “Un ancien guérillero va devenir président en Uruguay”; “Ex-Guerrilla Fighter Mujica to Rule Uruguay”, *The New York Times*.

En Buenos Aires, medios como *Página/12*, *Clarín*, *La Nación* y *Crítica* encabezaron sus ediciones del lunes con el fenómeno. En algún caso lo habían hecho también en números previos. Jorge Lanata, ante el inminente triunfo de Mujica, había escrito que esos “primos” de los argentinos que serían los uruguayos “son tipos raros”, “tipos y minas raros”. Ahora, anunciaba, “uno de los más raros”, “el Pepe, el Viejo, el guerrillero, Mujica”, “el tipo que sostie-

ne que las hormigas gritan, está a punto de convertirse en Presidente del país”.

El “colgado” de la columna rendía homenaje a la antítesis del guerrillero Presidente, pero las letras más gruesas ponían énfasis en otra: “Uruguay –tituló Lanata– mira a Mujica conmovido: ¿llegará un Presidente en pantuflas?”.

Es que el periodista porteño prefería celebrar otros rasgos de la inverosimilitud por suceder: “Hace unos meses, por primera vez, el Pepe se puso un traje. Llevó años arrastrarlo hasta la casa de Gabriel Mutto en la calle Maggiolo. Un Presidente tiene que tener un traje. Bueno; traje sí, pero corbata no. ¿Cómo que corbata no? Mutto aportó una idea diplomática: corbata sí, pero sólo con visitas de dignatarios extranjeros. O cuando le toque a él ir al exterior, sí.”

Según Lanata, Uruguay miraba a Mujica, “entre conmovido y escéptico” dudando entre si “será lo que parece que es” o “parecerá lo que no puede ser” porque este exitoso político latinoamericano había declarado no necesitar más de 1.500 dólares para vivir y que, por lo tanto, de resultar electo donaría los 15 mil mensuales de su sueldo, invitando al resto del gabinete a hacer otro tanto.

Con nombre propio

“El Uruguay es un país gobernado por locos –había declarado casi ochenta años atrás Rosita Forbes–. Un país de increíble optimismo –agregaba la entonces célebre exploradora británica– donde todo se construye para el futuro y en cuyas escuelas los niños saben quiénes son Bernard Shaw o Lenin pero desconocen en absoluto el nombre de los apóstoles.”

Sin embargo aquel experimento sería cancelado intempestivamente al año siguiente. Entonces colorados y nacionalistas ocupaban prácticamente toda la escena política uruguaya. El ala derecha de estos partidos, impaciente ante un sistema institucional que parecía incapaz de poner freno efectivo al “avancismo” acaudillado por los otros colorados, los batllistas, dio un golpe de Estado el 31

de marzo de 1933. La crisis económica internacional desatada en octubre de 1929 había azuzado la avaricia de las “clases conservadoras” que, coaligadas en lo que popularmente se conoció como “comité del vintén”, empujaron este desenlace.

La misma crisis tuvo a maltraer a Demetrio Mujica. José, su hijo, alguna vez sugirió que el temperamento no lo ayudó. Criado en la bonanza, despilfarraba. Perdió 800 cuerdas de campo de su propiedad en Casupá y hubo de rehacerse dedicándose a la construcción en hormigón prefabricado. Para construir esos galpones fue que Demetrio pasó un tiempo en Carmelo donde conoció a Lucy Cordano. Descendiente de uno de esos piamonteses que habían llegado al país “con la parra debajo del brazo”, Lucy había sido formada en el esfuerzo tesonero y sabio de los pequeños agricultores.

La familia se salvó gracias a ese tesón. Demetrio volvió a quebrar y murió. José, su hijo mayor, tenía entonces ocho años. Además había una niña, María Eudisia, de apenas dos. Vivían en un predio de algo más de una hectárea en el noroeste agrícola de Montevideo, que estaban pagando. Ayudada por su hijo, Lucy crió gallinas, tuvo vacas, plantó verduras y sobre todo aprovechó el bañado que cubría unos 4.000 m² del solar para cultivar las calas que José colocaba con buen éxito en las florerías.

Mujica asegura que nunca pasaron hambre aunque hubo días en los que, para tomar el ómnibus, tenía que pedirle prestado al panadero cinco o diez centésimos que devolvía con la plata que traía de la venta de las calas. “Vivíamos una pobreza digna —recuerda—. [...] andábamos mucho en zapatillas, la ropa la teníamos remendada, pero casi todo el mundo tenía dos o tres kilos de carne para comer.”

El abuelo Cordano seguía en su viña de Carmelo y también ayudaba. Mujica venera la memoria de los veranos que pasó con él, asistiendo en las faenas a ese hombre “rudimentario” pero de un “sentido común brutal”. Como Demetrio, el viejo Cordano pertenecía a la fracción mayoritaria del Partido Nacional acaudillada por Luis Alberto de Herrera, un patricio conservador que —sin em-

bargo— había militado en el alzamiento gaucha conducido por Aparicio Saravia. En Carmelo estaba también el tío Angelito. Hombre con preocupaciones intelectuales, envió al sobrino con la palabra escrita. Fue con él que José vio por primera vez —en la confitería del pueblo— un televisor. Era un canal argentino. El militar que mostraba la pantalla, le explicó el tío, se llamaba Juan Domingo Perón.

Cuando concluía el verano el cariño del abuelo materno se expresaba en la canasta que Lucy recibía casi semanalmente: “boniatos, papas, factura de cerdo, de todo un poco”. Además, a veces se conseguía la tarjeta del Frigorífico Nacional. Este documento permitía adquirir en el frigorífico dos kilos de carne por día a un precio risible. Era una conquista gremial de la poderosa Federación Autónoma de la Carne.

Porque al sur de la chacra de los Mujica se alzaba la Villa del Cerro, el barrio de los frigoríficos. Ingleses primero y estadounidenses después habían levantado allí, desde principios de siglo, sus fábricas de frío. En 1929 el Estado había instalado a su vez el Frigorífico Nacional para asegurar el abasto montevideano a precios populares e intentar regular la conducta de sus competidores extranjeros, que pagaban poco al productor y dejaban casi nada en el país rioplatense.

Rodeando la industria cárnica se estableció el asalariado. “Villa Cosmopolis” había sido denominada inicialmente la localidad e hizo justicia a ese nombre: rusos, lituanos y polacos —sufridores del frío— se acostumbraron a trabajar en las cámaras. De tierra adentro, arriando las reses hacia el matadero, llegaban los expertos en el manejo del cuchillo. Españoles e italianos salían de todas partes.

Pero al tiro del mortero la actividad de la industria se detiene y la falda del Cerro se convierte en el escenario de la asamblea de los trabajadores de la carne. La vida gremial es intensa. Libertarios y marxistas disputan duramente la conducción de esas masas. Maltratada por la policía, separada de la próspera Montevideo por sus condiciones de vida y la morosidad de los transportes, la Vi-

lla del Cerro desarrolla su propio universo social, una cultura obrera confluyente con la vecina experiencia de La Teja.

Esos fueron los mundos en los que Mujica hizo sus aprendizajes básicos. Su camino formativo poco se parece al de los profesionales de la política y las dinastías que el republicano Uruguay también conoce: Lorenzo Batlle, político destacado del Partido Colorado y Presidente de la República (1868-1872), fue padre de José Batlle y Ordóñez, quien ocupó la primera magistratura en dos períodos a comienzos del siglo pasado (1903-1907 y 1911-1915); su sobrino, Luis Batlle Berres –“Luisito”–, la ejerció a mediados del siglo XX (1947-1951) y su hijo Jorge Batlle Ibáñez fue el último Presidente de derecha que hasta ahora tuvo el país (2000-2005). Luis Alberto Lacalle, del Partido Nacional, Presidente de la República (1990-1995) y adversario de Mujica en las elecciones pasadas, es nieto de Luis Alberto de Herrera, el caudillo del Partido Nacional que hemos nombrado más arriba, y éste, a su vez, es hijo de Juan José de Herrera, activísimo canciller de mediados del siglo XIX.

El camino de Mujica es distinto incluso al de buena parte de los líderes políticos de la izquierda que, con título o sin él, difícilmente logran disimular la matriz universitaria de su sensibilidad. A mediados del siglo pasado, en cambio, Pepe dudaba entre la carrera de florista de feria, el gremialismo estudiantil o agenciarse un colchón, un primus y una pieza para intentar convivir con su pareja de entonces.

Mientras tanto disfrutaba de las conferencias que en la Facultad de Humanidades daba el poeta español José Bergamín pero también de conversar con el canillita del Cerro, el catalán Pedro Boadas, militante anarcosindicalista que había buscado refugio en Montevideo. Boadas en sus pagos había participado de “expropiaciones” violentas a fin de obtener recursos para “la lucha social”. En 1928 lo intentó en el Río de la Plata, asociado a otros acrátas y la operación fracasó estruendosamente. La banda terminó presa. Pero en 1931, mediante la construcción de un túnel que hizo historia, lograron escapar.

El inicio del camino

Mujica, desde que tuvo edad de votar, pasó de hacerlo por el bastante europeizado socialismo de entonces a militar por un sector herrerista devenido a la izquierda desde el antiimperialismo y liderado apasionadamente por Enrique Erro. Este sector era absolutamente minoritario. El Partido Nacional ganó las elecciones pero su gobierno —cuya orientación discutieron con los puños los jóvenes Lacalle y Mujica alguna vez— fue de derecha. Erro y Mujica marcharon hacia el socialismo ahora tercerista de Vivian Trías, cuyos libros Pepe supo leer. Simultáneamente el Partido Comunista formaría otro frente, el FIDEL, junto a escindidos de los Partidos Nacional y Colorado. Las dos alianzas sumadas, sin embargo, apenas superaron el 6 por ciento de los votos. La Unión Popular de Trías y Erro había cosechado menos votos aún que el FIDEL. Además perdería el escaño conquistado por deslealtad de quien lo ocupaba.

Si los partidos de izquierda no lograban configurar una alternativa a las opciones dominantes, estas últimas daban cada vez menos de sí. Una vez finalizado el ciclo de prosperidad sostenido en la exportación de productos primarios y la industrialización sustitutiva de importaciones que la Segunda Guerra Mundial y luego la guerra de Corea habían ambientado, Uruguay enfrentaba crecientes restricciones para colocar sus productos tradicionales, constataba las debilidades de su sector industrial y las élites no atinaban a nada mejor que maquillar el balance a fuerza de contraer deuda y emitir moneda. Inflación y desocupación comenzaron un brusco y preocupante movimiento ascendente. Incapaces de formular una respuesta de alcance estratégico, los políticos tradicionales se conformaban con mantener su lugar recurriendo a prácticas clientelísticas.

Con todo, el PBI por habitante alcanzaba en el país los 1.023 dólares mientras el promedio latinoamericano era de 616. En la región sólo Chile podía exhibir una mortalidad infantil más baja. El número de teléfonos era similar al de Argentina y dejaba muy atrás a Chile, Brasil o México. “Y la clase media era una clase media

sólida –recordaría el dramaturgo Mauricio Rosencof, otro guerrillero–, estaba colonizando el este, se compraba un terrenito, lo pagaba en cuotas, los fines de semana se iba.”

Comparativamente, las libertades públicas eran respetadas. Ernesto Guevara lo sostuvo en la Universidad el 17 de agosto de 1961: “Tengo pretensiones personales de decir que conozco América [...] y puedo asegurarles que [...] en las condiciones actuales, no se da un país donde, como en el Uruguay, se permitan las manifestaciones de las ideas”. El Che instaba a cuidar de esa situación y advertía que “cuando se empieza el primer disparo nunca se sabe cuándo será el último”.

Mucho después Mujica señaló que en su origen el movimiento guerrillero “no estaba caracterizado por una intención ofensiva, más bien se trataba de una actitud defensiva”. Pero, ¿podían sentirse amenazados? Cuando Guevara terminó de hablar dispararon contra él. El consejero de gobierno Faustino Harrison recomendaba darle vacaciones a la democracia. El coronel filonazi Mario Aguerrondo intentó el golpe de Estado en 1964 y 1966. Y a fines de marzo del 64, en Brasil, el mariscal Humberto de Alencar Castello Branco había barrido el gobierno de João Goulart.

La mayoría de los tupamaros sin embargo sostienen: “No dejamos todo y arriesgamos nuestra vida para entrar en un grupo de autodefensa, sino para cambiar radicalmente la sociedad”. Otro mito heredaron de la Revolución Cubana: que un puñado de héroes podía arrastrar a un pueblo...

Sin duda, el alzamiento guerrillero es el capítulo más discutible de la vida de Mujica y este prólogo no resolverá la discusión. Medio siglo después buena parte de los uruguayos puede entender la indignación de que nació, la misma que poco después reuniría a casi toda la izquierda en la duradera formación del Frente Amplio.

“No nos juntamos por una identidad ideológica –ha explicado Mujica–. Había demócrata cristianos, comunistas, batllistas, blancos... No teníamos nada que ver los unos con los otros. ¿Cuál era? Estábamos asqueados del país de la tarjeta, del país del acomodo. [...] Creíamos que la cosa pública tenía un cometido que era cen-

tral, que no era para arreglar la suerte personal, la familiar, la de los amigos, la de los correligionarios; era por la suerte de la gente.”

Vestido de autenticidad

Pero para el poeta uruguayo Eduardo Milán “ser ex-guerrillero no es garantía de nada”. “Es la cárcel la que está avalando su trayectoria.” Después del golpe de Estado de 1973, los militares ordenaron sacar del Penal de Libertad a nueve dirigentes tupamaros —Raúl Sendic, Jorge Manera, Julio Marenales, Eleuterio Fernández Huidobro, Adolfo Wasem, Mauricio Rosencof, Henry Engler, Jorge Zabalza y José Mujica— a fin de hacerlos internar en distintos cuarteles del país. El mayor Nino Gavazzo le explicó a Rosencof las razones: “Traigo una resolución del Comando General del Ejército: estás condenado a muerte. Cualquier atentado que se produzca afuera vamos a limpiarte. Y vos sabés que eso es muy fácil porque se simula una fuga y ya está”. Durante once años estos hombres sufrirán las condiciones más infrahumanas de cautiverio. Engler al final del calvario se tomaba a sí mismo como un nuevo mesías; Sendic y Mujica también sufrieron un grave deterioro psicológico. A este último lo tuvieron dos años encerrado en un aljibe. “En el pozo —contó— descubrí que las hormigas gritan: basta con acercarlas al oído para comprobarlo”. Siete años pasó sin leer nada. Recién cuando en el plebiscito de 1980 el proyecto de reforma constitucional propuesto por los dictadores fue ampliamente derrotado, los militares aflojaron algo y Mujica pudo comenzar a rehacerse estudiando libros sobre agricultura.

Pero Milán agrega que no se trata sólo de la capacidad de soportar la realidad punitiva. Otros también la han exhibido. “Es la capacidad de hacerla valer en el escenario político.” ¿Pero en qué sentido debe entenderse esto? Al salir de prisión las atrocidades sufridas durante el período dictatorial habían convertido a los tupamaros en objeto de devoción para muchos. Naturalmente este sentimiento se daba especialmente entre los jóvenes. A pesar de esta acogida la adaptación a la nueva circunstancia no fue sencí-

lla y parte de ese capital se perdió. Sendic, el líder de los tupamaros, moriría cuatro años después (abril de 1989) sin dejar resueltas las confrontaciones internas. Ese mismo año los uruguayos decidirían por plebiscito decretar la caducidad de la pretensión de juzgar las violaciones a los derechos humanos cometidas por el régimen militar.

Fernández Huidobro le explicó largamente a Alain Labrousse —sociólogo francés autor de una sólida historia de los tupamaros— su estado de ánimo de entonces: “Cuando a nosotros nos liberaron, discutimos mucho si nos quedábamos en Uruguay o si nos íbamos. ¿Quién me dio la amnistía? Los tipos de ahí, esos. En cualquier momento nos matan a todos. Me matan en mi casa. Además, el día que me liberan vienen a decirme: ‘Ahora va a ser más fácil matarte’; te lo comunican oficialmente. Vivimos años esperando con el bolso pronto, esperando el atentado, esperando la muerte, esperando la noche de San Bartolomé... Tú no salís de una dictadura de esa categoría y ‘aquí no pasó nada’. Con los tipos intactos, con la policía en manos de ellos, con Gavazzo mandando. Con los partidos tradicionales cómplices de ellos [...]. Entonces no es tan así que de un lado había militaristas y del otro lado quien decía ‘no, si maneja bien sale’. Tengo familia, tengo hijos, ya no soy clandestino, soy un regalado [...]. Si nosotros vamos al plebiscito en el año de 1989 con la amenaza de ellos pública y notoria, tanto de los partidos tradicionales como de los militares que decían que si ganaba el voto derogando la Ley de Caducidad ‘y después qué?’. Una amenaza. Si usted gana hay golpe de Estado.”

Probablemente la cita permita entender por qué todavía hasta 1994 los tupamaros persistieron en imaginar que delante de ellos, “agudización de la lucha de clases” mediante, se abriría un “horizonte insurreccional”. Si Mujica nunca adhirió a ese enfoque lo cierto es que hasta entonces no quiso o no pudo contrariarlo. Ese año, en agosto, fue el episodio del Hospital Filtro. Los tupamaros habían logrado convocar una gran concentración en torno al establecimiento donde convalecían de una huelga de hambre ciudadanos vascos que, acusados de pertenecer a ETA, debían ser depor-

tados a España. Se buscaba que la policía no pudiera sacarlos de allí para conducirlos al aeropuerto. La tentativa terminó en una refriega descomunal que ocasionó una muerte y un tendal de heridos. Poco después, en noviembre, se celebraron elecciones que el Frente Amplio perdió por apenas un 1,7% del electorado.

Entonces sí Mujica logrará enderezar al movimiento hacia un compromiso franco con las reglas de juego democráticas o, como escribe Milán, cambiar la épica en palabra. Del pasado retendrá dos elementos esenciales. Por un lado la organización que, confiando en la integridad del viejo guerrero, lo siguió en ese camino sin experimentar escisiones de importancia. Por otro, la autenticidad, de la que los uruguayos creyeron ver en su atuendo todo un símbolo.

Una anécdota circuló entonces ampliamente. En esas elecciones José Mujica había sido electo diputado. Llegó a la ceremonia de juramento del cargo ataviado con unos pantalones de gimnasia raídos, una camisa multiuso y alpargatas de labriego. Cuando dejó su motocicleta en el estacionamiento del Parlamento, un policía de custodia le advirtió que allí no se podía estacionar porque “ése es lugar para los autos de los diputados”. Y completó: “¿Se va a quedar mucho tiempo, señor?”.

“Si no me echan antes, cinco años...”, respondió jovial quien empezaba a ser “el Pepe”.

Al frente del Ministerio

Cinco años después sería electo senador y, al término de su mandato, la izquierda uruguaya ganó por primera vez las elecciones nacionales. El doctor Tabaré Vázquez asumió como Presidente y José Mujica fue designado ministro de Ganadería, Agricultura y Pesca. Las incertidumbres iniciales eran hasta qué punto el viejo guerrillero podría tolerar las transacciones infinitas que implica la tarea de gobierno y hasta dónde sería solidario con las que aceptase el resto del equipo de gobierno.

La primera faena que emprendió fue la refinanciación de las deudas de los productores agropecuarios cuya magnitud, en algu-

nos casos, amenazaba la continuidad de sus emprendimientos. Mujica venía de insistir en la necesidad de cuidar de aquellos que saben y quieren trabajar la tierra, pero los recursos escaseaban.

Danilo Astori, al frente del Ministerio de Economía y Finanzas, había encontrado la caja vacía. Todavía no sabía hasta qué punto el Parlamento aprobaría el programa fiscal con el que esperaba resolver la situación y no podía adivinar la intensidad del crecimiento por venir. La discusión trató esencialmente de dónde trazar la línea que debía deslindar a quienes necesitaban un tratamiento compasivo de quienes, pudiendo honrar sus compromisos sin amarguras, se escudaban detrás de los primeros para eludir responsabilidades. El caso se resolvió, pero en algunos ambientes de la Capital quedó flotando la idea de que Mujica podría ir demasiado lejos para complacer a sus rurales.

Distinto fue cuando la demanda internacional empezó a impulsar el aumento de los alimentos. En Uruguay importa sobre todo el de la carne vacuna y hacia él fue que el ministro comenzó enderezando sus esfuerzos. El instrumento elegido para intentar reducir el precio de la carne reveló hasta qué punto había aprendido a respetar el mercado. Descartando fijar precios administrativamente Mujica se comprometió en engorrosas negociaciones con los empresarios de los distintos niveles del sector. Tuvo que deslizar la amenaza de imponerles detracciones (impuestos a las exportaciones) pero finalmente nació “el asado del Pepe”, un corte de precio reducido, saludado con entusiasmo en los barrios populares donde la pobreza apenas empezaba a revertirse. Los comerciantes de las orillas generalizaron el uso de la expresión “del Pepe” para señalar aquellos productos cuyo precio era amistoso.

Sin embargo el ministro no actuó del mismo modo cuando el alza comenzó a sentirse en los precios hortícolas. En lugar de acompañar el “pataleo” contra estos precios intentó explicarles a los habitantes de las ciudades que, tomando en cuenta el trabajo humano implicado en esos productos, venían pagando demasiado poco por éstos.

El montevideocentrismo de los uruguayos restó visibilidad a

medidas de mayor enjundia. Entre ellas, la reactivación del Instituto Nacional de Colonización, entidad creada a mediados del siglo XX para facilitar tierra a los productores modestos, y que casi desde entonces venía sufriendo la hostilidad de los políticos ultraliberales. También, el restablecimiento de los dismantelados servicios sanitarios del Ministerio, medida decisiva para que la producción uruguaya fuese recibida en mercados exigentes aprovechando en plenitud el boom de los *commodities*. En este aspecto se destacó la “caravaneada”, es decir la campaña para sujetar en la oreja de cada res un chip electrónico donde es posible registrar la historia del animal. Esto demandó de todos los actores del sector un esfuerzo considerable y, a veces, resistido. Fue, dice Mujica, una verdadera “batalla cultural”.

Con todo, la responsabilidad gubernativa le dejó amarguras. Las prácticas acostumbradas en la administración parecían un enemigo más poderoso que cualquier oligarquía. Cuando el viejo tupamaro entra al Ministerio el primer pedido que recibe de los funcionarios es que les arregle las humedades del techo del local sindical que el propio Ministerio les había cedido. “¿Viste? No les da ni para poner una membrana en el techo”, comentó ofuscado en un intermedio de la entrevista concedida a María Esther Gilio que estas páginas prologan. Y también: “La otra; me piden una camioneta del Ministerio para llevarla a la colonia de vacaciones, allá en La Paloma, para ir al supermercado a comprar las cosas. Fue el primer ‘no’ que tuve con ellos”.

Otros aspectos le resultan todavía más preocupantes. Un agricultor, que además es ingeniero, le revela que la empresa eléctrica estatal le prohíbe producir energía a partir de sus propios desechos. “¿Por qué no me dejan hacer? —le pregunta—. Si se rompe el motor, lo voy a romper yo; no voy a pedir crédito ni nada.” Pero las gerencias de la empresa pública aducen que no pueden permitirlo porque en última instancia la responsabilidad por el suministro de energía les corresponde. “Eso no es ideología —dice Mujica—. Es corporativismo.” Y desde entonces la cuestión de la reforma del Estado no ha dejado de estar presente en su discurso.

El 3 de marzo de 2008, Mujica finalmente renunció. Pero no para hacer oposición. En realidad la medida había sido resuelta por el propio Presidente de la República en el marco de una reestructuración de su gabinete de mayor alcance. A sugerencia de Mujica, quedó en el cargo el agrónomo Ernesto Agazzi, quien había sido su colaborador más estrecho en la tarea.

Con el voto de los humildes

Poco después Tabaré Vázquez dejó filtrar a la prensa cuál era la fórmula que prefería para disputar las elecciones de 2009: “Astori-Mujica, en ese orden”. Reflejaba así las prevenciones de un importante sector del partido de gobierno contra una eventual postulación presidencial de Mujica. Había y hay quienes desde la izquierda temen que —una vez instalado en la primera magistratura— Mujica improvise o que ceda a las pretensiones hegemónicas vislumbradas en su movimiento. Temen que repita los errores del estatismo y se rinda a las presiones del corporativismo sindical o —simplemente— que las capas medias altas, ya disgustadas porque ahora pagan más impuestos, huyan en desbandada ante un candidato considerado “impresentable”.

En mayo de 2007 Mujica había dejado entrever que podría postularse. Hecho público que Vázquez prefería a Astori, pasó a negarlo. En realidad fue más lejos. Fundamentó contra sí mismo: “Tengo un aspecto lamentable, parezco un verdulero, estoy viejo y cansado, no tengo formación universitaria”. Los partidarios de la fórmula de Vázquez llegaron al borde mismo del congreso del Frente Amplio sin saber si enfrentarían competencia.

“Los madrugó”, diría el politólogo Adolfo Garcé. El congreso celebrado en diciembre de 2008 proclamó la candidatura presidencial de José Mujica por amplísima mayoría. La legislación uruguaya disponía sin embargo que los candidatos fuesen escogidos mediante elecciones internas a padrón abierto que debían celebrarse el 28 de junio siguiente. Manteniendo la práctica tradicional el congreso habilitó a otros postulantes a disputar la interna.

Desde el comienzo las encuestas mostraban que los frenteamplistas se decidirían por Mujica. Presumiblemente el apoyo explícito de Vázquez a Astori fue contraproducente para el rival de Pepe. No porque el Presidente se hubiese vuelto impopular. Por el contrario, su figura llegaría a fines de 2009 con una popularidad del 70%. “El que sabe un poco de historia de este país —explicó el historiador y politólogo Gerardo Caetano— sabe que la influencia directriz no funciona. Basta que el Presidente elija a su sucesor para que éste se vea perjudicado en sus chances y en su legitimidad y, por lo general, fracase.”

Había otra cosa: la pobreza. Por cierto que el gobierno progresista había avanzado sustancialmente en la materia, pero no era suficiente. Uno de sus síntomas más visibles era, desde los años 90, la multiplicación de zonas de viviendas precarias llamadas “cantedriles” o “asentamientos”. Los hogares que las componen son 44 mil en Montevideo y 54 mil en el interior. Uno de cada diez habitantes de la Capital vive en estos barrios donde el consumo de pasta base de cocaína hace sus mayores daños, agravando los problemas de inseguridad que la derecha intentaría ubicar en el centro de la campaña electoral.

El 29 de mayo Mujica iniciaba la entrevista más importante de la disputa interna declarando: “No caben excusas para no liquidar las viviendas desastrosas que existen en el área periférica [...]. Para mí esto es una batalla de carácter central, lo mismo que la escuela de tiempo completo, porque basta recorrer un cante (1) para darse cuenta de dónde están naciendo multitudes de gurises. Si uno recorre los barrios de clase media no ve gurises, pero si recorre esos barrios bien pobres los ve a bandadas. Dentro de veinte años el Uruguay mayoritario va a ser ése, el que nació ahí, entonces este Uruguay se juega la ropa para levantar eso y para incluirlo, o se hipoteca todo.”

Los humildes le creyeron. El 28 de junio se impuso cómodamente a sus rivales internos con votos mayormente provenientes de

1 Apócope de cantedril.

circunscripciones desfavorecidas. El periodista Álvaro Pérez García sintetizaría la convocatoria del candidato y su propensión a integrar en el discurso político consideraciones filosóficas, llamándolo “El Platón de los peludos” (2).

Un candidato que no se calla

Sin embargo esa victoria fue de algún modo pírrica. La polémica entre Mujica y Astori había apasionado a muchos pero no a los suficientes. En la interna de los oponentes —el Partido Nacional— habían participado más electores. Por otra parte, la misma noche del 28 los políticos enfrentados en la interna nacionalista, en un acto aparentemente espontáneo, habían “cerrado” la fórmula por la aceptación del derrotado (Jorge Larrañaga) a acompañar al vencedor (Luis Alberto Lacalle) como candidato a vicepresidente.

En el Frente Amplio este acuerdo fue más difícil. Mujica había anticipado su deseo de ser acompañado por Astori, quien planteó condiciones rigurosas. Entre otras, que se le otorgara el manejo del conjunto de la economía. Mujica se negó a aceptarlas. Se presume que una intervención directa del Presidente fue necesaria para que Astori, a pesar de todo, aceptara ser candidato a la Vicepresidencia. Lo cierto es que, después de haber marcado quién manda, Mujica concedió a Astori prácticamente todo lo reclamado.

Entre tanto la tarea de la oposición no parecía fácil. Desde diversos puntos de vista la gestión del gobierno progresista se consideraba positiva. Se había mostrado capaz de manejar sin sobresaltos la mayoría de los temas macroeconómicos consolidando un período importante de niveles récords de crecimiento. Aumentó la inversión, reprogramó la deuda externa y llevó adelante una gestión ordenada de los temas fiscales. Simultáneamente avanzó en la regulación del mercado laboral, lo que contribuyó a mejorar los salarios y la formalización del empleo. Implantó planes sociales fo-

2 El término “peludo” designaba originalmente en Uruguay a los cortadores de caña de azúcar, pero se ha extendido a los trabajadores rurales de condición más humilde.

calizados en la atención de la emergencia sin caer en la trampa del clientelismo y luego los reconvirtió en políticas universales sin mayores conflictos. Avanzó también en la normativa sobre trabajadores rurales y servicio doméstico. Obtuvo importantes disminuciones en los índices de pobreza e indigencia. Logró llevar ante los tribunales de Justicia a algunos de los personajes más macabros de la dictadura. Mostró capacidad política y de gestión para llevar adelante las cartas más jugadas de su programa electoral: la reforma tributaria —con inclusión del impuesto a la renta personal— y la implantación de un sistema integrado de salud. Entregó a cada alumno de educación primaria una computadora portátil con conexión gratuita a internet cuyo manejo está imbricado con la acción pedagógica y que, en tanto acompaña al niño a su casa, facilita la integración de su familia a la sociedad de la información.

Pero el candidato de la izquierda tenía una debilidad. “Lo hizo desde siempre —escribió sobre ella Nelson Cesín, el periodista que probablemente lo haya entrevistado en más ocasiones—, lo hace todo el tiempo, es su marca de fábrica, un sello de identidad: José Mujica suele mandar mensajes encriptados, decir lo que le viene en mente, lo que se le canta”. Esto contribuye a su imagen de autenticidad. Pero mantener tal estilo en plena campaña electoral lo llevaría a situaciones complicadas.

La primera se desató cuando Mujica anunció que consideraba necesario revisar las normas que protegen el secreto bancario. Sin embargo apenas habían comenzado sus adversarios a embestir contra el anuncio cuando la OCDE (Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos) divulgó una lista de países considerados “paraísos fiscales” e incluyó en ella a Uruguay, obligando a opositores y oficialistas a sumarse al alegato por la transparencia financiera.

El siguiente intento de usufructuar la locuacidad libérrima de Mujica en su contra tomó de pretexto una entrevista publicada por el diario argentino *La Nación* el domingo 13 de septiembre. En ella el candidato había ratificado el escaso entusiasmo que le despertaban las pretensiones de hacer justicia contra los acusados de

ejercer el terrorismo de Estado durante la última dictadura: “La justicia tiene un hedor a venganza de la puta madre que lo parió” había dicho. Entre tanto buena parte de la propia izquierda estaba empeñada en que un nuevo referéndum anulara al que había dispuesto la caducidad de la mayor parte de estos delitos. Pero los ataques resultaron estériles: era imposible presentar como cómplice de los gorilas a una de sus más señaladas víctimas.

La misma semana el semanario *Búsqueda*, órgano apartidario de la derecha, creyó encontrar el expediente definitivo en las páginas del libro *Pepe Coloquios*, que presentaba una serie de entrevistas realizadas a Mujica por el periodista Alfredo García. Esta vez el tiro cayó cerca. Mujica había dicho cosas graves para quien pretende asumir la primera magistratura, en particular sobre los vecinos: “la institucionalidad argentina –había asegurado– no vale un carajo”.

Otros capítulos de la ofensiva se basaban en descontextualizar las apreciaciones realizadas. Mujica había dicho: “El Partido Socialista está hecho una máquina de conseguir puestos”, una frase excelente para crearle problemas en la interna frenteamplista. Pero la respuesta empezaba con una consideración similar sobre su propio sector, el Movimiento de Participación Popular (MPP): “Cuando éramos cuatro gatos locos parecíamos angelitos, éramos puros –había dicho–. [Pero después] el crecimiento vertiginoso del MPP destapó una cantidad de ambiciones por todos lados”.

Por cierto esta vez Mujica debió cruzar el Plata para pedir disculpas y hasta el Presidente dijo que el candidato decía “estupideces”. En su blog (“pepetalcuales”) escribió: “Estoy tomando dos cursos: uno para aprender a callarme un poco más la boca, porque ahora tengo otras responsabilidades políticas. Y otro, intensivo, para no ser tan nabo” (3).

Mientras tanto su adversario Luis Alberto Lacalle declaraba peor: se refería a los beneficiarios del Plan de Emergencia que el gobierno había impulsado para reducir la indigencia como “los

3 Nabo: ingenuo, cándido.

ochenta mil atorrantes”; proponía ayudar a los pobres facilitándoles medios para que se bañaran y se cortasen el pelo; llamaba “sucucho” a la modesta residencia de su adversario. Para un candidato que había presidido un gobierno cuya embestida neoliberalizadora había llevado a muchos uruguayos al desempleo y que había sido continuamente salpicado por denuncias de corrupción (uno de sus ministros de Economía terminó preso), tales afirmaciones sí serían fatales.

Además Mujica había conseguido entusiasmar a los hijos de esas capas medias renuentes a apoyarlo. El domingo 6 de septiembre algunos estudiantes de la Facultad de Ciencias Sociales habían lanzado por Facebook una convocatoria que buscaba “recuperar” la rambla montevideana para los frenteamplistas marchando por ella desde Pocitos hasta la Plaza Independencia. Como la decisión no había pasado por los canales instituidos, la Comisión de Organización del Frente Amplio creyó del caso advertir en contra de la convocatoria. Pero el comunicado fue desoído. La manifestación fue multitudinaria y Mujica tuvo el acierto de acompañarla y declarar, esta vez de modo incontestable, “las bases le pasaron por arriba a la estructura”.

Valiéndose de internet y teléfonos celulares esos jóvenes (casi siempre estudiantes universitarios) continuarían produciendo hechos políticos y sin duda fueron un aporte de militancia decisivo.

El domingo 25 de octubre se celebró la primera vuelta de las elecciones. La izquierda alcanzó la mayoría absoluta parlamentaria pero debió diferir hasta noviembre su deseo de hacerse con la Presidencia. Por razones idénticas Mujica cosechaba adhesiones y rechazos igualmente apasionados y, como poco antes de morir dijo el historiador José Pedro Barrán refiriéndose precisamente al candidato: “Uruguay no es un país de demasías”.

De todos modos la mayoría parlamentaria era un argumento demasiado contundente. ¿Cómo gobernaría la derecha con el Legislativo en manos de la izquierda? Mujica no se descansó en esa ventaja y desbarató las últimas prevenciones proponiendo a la oposición un acuerdo sobre temas “de Estado”, es decir, que debían

enfocarse con políticas que persistiesen más allá de la rotación de los partidos (educación, seguridad ciudadana, medio ambiente y energía). También insistió en su disposición a integrar a los adversarios en la administración.

Desde la vereda de enfrente todo lo que se opuso fue el intento de vincular al descubrimiento de un arsenal particular con el pasado guerrillero de Mujica. Sin embargo no pudo demostrarse la menor conexión entre el dueño de las armas (aparentemente alguien que no estaba en su sano juicio) y la izquierda.

El domingo 29 de noviembre, el 52% de los uruguayos eligieron a José Mujica como Presidente. Después de todo, tal vez no sea tan raro.

Salvador Neves

Periodista e historiador

Montevideo, enero de 2010

Prólogo de la primera edición

“La revolución es ante todo trabajo”

José Mujica Cordano, a quien hasta sus enemigos hoy llaman Pepe, se puede decir que nació entre el frío y el estruendo. Vino al mundo un 20 de mayo de 1934, antesala otoñal del invierno, en un Uruguay que soportaba desde hacía meses las bombas que hacían estallar los enemigos del dictador, el doctor Gabriel Terra. No eran los ciudadanos uruguayos hombres de bancarse sin rebeldía una dictadura, y menos aún lo eran los numerosos anarquistas, que llegados de Europa amaban este país como propio, una pasión que demostraban con el frecuente estallido de sus bombas caseras.

La casa paterna de Pepe estaba al noroeste de la capital, en el kilómetro 12 de la Avenida Luis Batlle Berres, zona que entonces entretejía chacras con campo abierto y se llamaba Paso de la Arena. Pepe fue el primogénito del matrimonio entre Demetrio Mujica y Lucy Cordano. Actualmente [principios de 2005] Pepe, que siempre amó el barrio de su infancia, vive en Rincón del Cerro, tan próximo al Paso de la Arena que es difícil decir dónde termina uno y dónde empieza el otro. Algo los diferencia, sin embargo. El Paso de la Arena ha perdido en parte su primitiva identidad rural por una más urbanizada que lo ha convertido en un típico barrio de suburbios. Tal vez por eso Pepe eligió Rincón del Cerro para vivir hoy, cerca de donde vivió con su madre, pero donde se puede todavía hablar de campo sin que nadie se oponga.

Demetrio Mujica, su padre, fue un estanciero arruinado. Su hijo señala que había heredado 800 cuerdas de campo en Casupá, departamento de Florida, pero se las fue patinando hasta que la crisis de los años 30 terminó de fundirlo. Demetrio no se dedicaba a los negocios rurales, sino a la construcción de hormigón prefabricado, actividad que lo llevó a levantar algunos galpones para la ANCAP (1). Llevado por estas tareas, Demetrio conoció en Carmelo (Colonia) a Lucy Cordano. Originaria de esta zona, Lucy descendía de inmigrantes italianos que poseían cinco hectáreas en el paraje llamado Calera de las Huérfanas. El bisabuelo de Pepe había venido del Piamonte y, según sus propias palabras, como todos los inmigrantes italianos de esa época había bajado del barco con una parra bajo el brazo. Es decir que llegó ya programado para trabajar en la agricultura. En Paso de la Arena Pepe concurrió a la escuela pública sin que ningún contratiempo retardara su entrada al Liceo y terminado éste, a Preparatorios de Derecho. Era un buen alumno a quien le gustaba saber. Si algo se puede decir de Pepe es que desde que nació siempre le gustó saber. Tanto ayer como hoy. Y tanto ayer, como hoy, el tiempo le escasea. Hoy porque es ministro (2), ayer porque ayudaba a su madre en las duras tareas a que se enfrentaron ambos con la muerte de su padre.

Aprovechando la hectárea de campo que posee la familia, Pepe planta allí –codo a codo con su madre– flores y verduras. Cría gallinas, consigue un par de vacas. La chacrita comienza a andar. Los dos hacen de todo para sostener la economía, desde producción de cartuchos hasta mimbre. Los cartuchos se vendían bien porque las florerías los necesitaban para armar sus arreglos florales, y más de una vez Pepe los dejaba en estos comercios de camino al Liceo Bauzá, al que concurrió. El ex guerrillero tupamaro, actual ministro, continúa plantando flores y vegetales junto a su esposa, la diputada Lucía Topolansky, en su quinta de Rincón del Cerro. Cuan-

1 Administración Nacional de Combustibles, Alcohol y Portland (nota del editor).

2 José Mujica fue ministro de Ganadería, Agricultura y Pesca en el gabinete de Tabaré Vázquez desde marzo de 2005 hasta marzo de 2008 (nota del editor).

do le preguntan sobre sus años de liceísta, de adolescente, él suele recordar con alegría aquellos tiempos en que salía de su casa con un gran ramo de calas —que generalmente preparaba su madre— y que dejaba en la florería Del Molino antes de entrar a clase. “No era mucho lo que me daban, tres o cuatro pesos —recuerda—; pero esos pesitos más los que venían de otros trabajos nos permitían vivir una pobreza digna.” Dijo muchas veces que hambre nunca pasaron. “Mi madre hacía pan casero que los vecinos compraban con gusto porque era un pan riquísimo. Me gustaría a mí, hoy, comprar y comer un pan así. Es difícil. Esas viejas tareas ya han sido casi olvidadas. Lo importante, como digo, es que éramos pobres, pero dignamente pobres. No recuerdo cuántos zapatos de cuero tuve en mi infancia; la verdad que muy pocos. Siempre andaba en zapatillas y mis pantalones y tricotas solían estar zurcidos y remendados, pero yo ni pensaba en eso, no pensaba que era menos por eso. Ni se me ocurría.”

Su madre, una mujer a la que Pepe alude siempre, no sólo con cariño sino con gran respeto, nunca se dejó amilanar por las adversidades de su vida. Siempre tuvo la fuerza para seguir adelante y supo aprovechar lo que se le presentaba para mejorar los ingresos familiares. Quince años pasaron de la muerte de su esposo cuando empezó a cobrar la pensión que por ley le correspondía. Con el dinero que se había acumulado en esta larga espera, construyó una casita en un rincón de su terreno cuyo alquiler aumentó las entradas familiares. Mientras tanto, el abuelo de Colonia ayudaba mandando todos los meses un cesto repleto de provisiones de su campo que llenaba de alegría a la familia. “Era tan lindo cuando nos anunciaban que el Flecha de Oro había traído una cesta. Lindo cuando lo anunciaban y lindo cuando abríamos el envío donde venían boniatos, frutas, quesos y chorizos. Todas cosas excelentes.” “Mi abuelo era un tipo formidable”, suele decir el nieto. Don Antonio tenía en Carmelo un paraíso donde Pepe pasaba las vacaciones de verano disfrutando las diez cuerdas de viña, una bodeguita, un pequeño tambo, más una hectárea y media plantada con olivos, avellanos, castaños, nogales, higueras, naranjos, manzanos, cirue-

los y durazneros. Desde Carmelo la gente se trasladaba con más facilidad a Buenos Aires que a Montevideo, así que cada vez que don Antonio cruzaba a Buenos Aires, regresaba con algún árbol frutal nuevo. Pepe, en sus vacaciones, lo ayudaba en todas las tareas, desde la vendimia hasta la “enchufada del girasol”, pasando por la trilla y la deschalada de maíz.

Pepe sintetiza su opinión sobre el abuelo en el libro *Mujica* de Luis César Campodónico, donde en página 19 confiesa: “El viejo fue formidable. Mucho tiempo después me di cuenta de que aquel tiempo con mi abuelo me había sellado”.

Pepe cursa Preparatorios en el Liceo IAVA, ubicado detrás de la Facultad de Derecho, en Montevideo. Se define como “medio anarquista”. Asiste a las clases del intelectual anarquista español José Bergamín —exiliado en Uruguay— en la Facultad de Humanidades, y conoce al escritor Francisco “Paco” Espínola. Lee mucho, sobre todo historia y literatura, y algo de biología. Continúa trabajando con su madre en la quinta, y desde los 13 hasta los 17 años hace ciclismo. Pasa por todas las categorías de este deporte y llega a primera. Cuando debuta en primera, le toca participar en la última carrera que corrió Atilio François, el ciclista más famoso y premiado, dentro y fuera de fronteras, que tuvo Uruguay. Pepe dirá que el ciclismo tuvo el efecto de agrandarle el mundo.

Comienza a vender sus flores en ferias, primero en la del barrio residencial Villa Biarritz (Pocitos) y luego en las de los barrios populares que le quedaban más cerca, El Cerro y La Teja, pero no culmina Preparatorios, absorbido por el trabajo, el ciclismo y un primer amor.

Enamorado con toda la intensidad con que se viven los primeros amores, juntó unas pocas cositas, una cama, un primus, algunas cobijas y se fue a vivir con la mujer que es, en ese momento, la de sus sueños.

Aunque, según cuenta, se hizo anarquista a los 14 años, hoy cuando se habla con él de política llama la atención el respeto que muestra por los partidos tradicionales, a los que considera antecedentes insoslayables de lo que en el presente vive políticamente

Uruguay. Antecedentes que no sólo tienen que ver con lo político, sino también con la vida cotidiana de los uruguayos. Así, él recuerda episodios que le contara su madre sobre algún contacto que ella tuvo con el ex presidente Luis Batlle Berres.

Antes de ser Presidente, cuando era diputado Batlle Berres vivía en la calle que hoy lleva su nombre, que entonces se llamaba Simón Martínez, y viajaba al centro en el ómnibus 132, que venía de la Barra de Santa Lucía. Allí encontraba, en su ruta, a la madre de Pepe Mujica, cargada de cartuchos que llevaba a vender a una florería. Al verla lidiar con un cargamento que ostensiblemente la desbordaba, Luis Batlle Berres bajaba de la plataforma de aquellos ómnibus antiguos, agarraba los cartuchos para que Lucy Cordano pudiera subir y luego, sin soltar los paquetes, la seguía.

Era proverbial la afición que Batlle Berres tenía por las mujeres. Su donjuanismo lo empujaba a andar siempre solo, libre de compañías molestas que pudieran estar al tanto de sus andanzas. Más de una vez Pepe Mujica se cruzó con el Mercedes-Benz color guinda del presidente Luis Batlle, quien luego de frenar le decía: “Che, vendeme un ramo de claveles rojos para llevarle a la vieja”. Batlle pagaba y arrancaba otra vez, con las flores para su esposa, Matilde Ibáñez.

Esa comunicación, casi nunca forzada, entre los que ocupan altos cargos políticos y el pueblo tiene seguramente mucho que ver con aquellas decisiones y conductas políticas que suelen desorientar a los extranjeros. ¿Cómo se entendía en cualquiera de los países de América del Sur que un diputado fuera en ómnibus al Parlamento, o en una motoneta bastante destartada como hoy Pepe Mujica? Estos hechos hablan de una comunicación de fuerte horizontalidad, que es la que seguramente dibuja muchas líneas en el paisaje de la política uruguaya.

Pepe empezó su militancia política acompañando al diputado nacionalista Enrique Erro. Luego fue relacionándose cada vez más con partidos de izquierda y, tal como lo puntualiza, fue haciéndose marxista. Anarquista cuando era todavía un niño de 14 años, sus lecturas del marxismo, más racionalista, según él mismo, lo fueron

acercando a otras posiciones que si bien aceptaban principios marxistas rechazaban toda posibilidad de que tales principios se volvieran incuestionables. Su marxismo habría sido sin duda condenado por los militantes de los partidos marxistas. Era el suyo un marxismo heterodoxo difícil de encuadrar dentro de las visiones del Partido Comunista de la época, e incluso del Partido Socialista. Era –si es que tal cosa puede decirse– el marxismo de un libre pensador siempre muy cuestionador. Si fuera necesario describir en pocas palabras el pensamiento de Pepe es posible que la palabra “Marx” ni siquiera figurara en esa descripción. No podría en cambio no figurar la palabra “Naturaleza”, a la cual respeta como pocos y suele ser protagonista de sus conversaciones.

Ni cuando cayó preso por primera vez, en 1964, por el intento de asalto a una sucursal de la empresa Sudamtex –ya estaba militando activamente en el movimiento tupamaro, que necesitaba hacer finanzas–; ni cuando en la clandestinidad fue sorprendido por una patrulla militar que lo baleó seis veces en el suelo; ni luego de los 13 años de cárcel y torturas que la dictadura le propinó, Pepe dejó de buscar relación con las plantas que a veces la casualidad ponía en sus caminos. “Las plantas siempre dicen algo –suele afirmar–. Su color, su postura, nos hablan, hay que saber entender. A veces digo que soy un poco panteísta y la gente me mira como si fuera loco. Y sí, capaz que también soy loco.”

La primera operación armada en la que Pepe recuerda haber intervenido, aunque confusamente, como miembro de la guerrilla tupamara, fue contra dos medios: el diario *Acción* y la radio Ariel, que respondían a la Lista 15, del Partido Colorado, y se habían lanzado a una furibunda campaña contra el movimiento popular, difundiendo todo tipo de calumnias y falsedades.

En 1969 Pepe pasó a la clandestinidad, porque la policía descubrió las armas y municiones que el MLN-T (3) le había dado en custodia y él, a su vez, había pedido a un amigo que las guardara en su casa, para prevenir eventualidades. En la clandestinidad,

3 Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros (nota del editor).

Pepe participó en lo que se ha considerado como el operativo más espectacular que protagonizó el MLN-T: la toma de la ciudad de Pando (en el departamento de Canelones, a pocos kilómetros de Montevideo), el 8 de octubre de 1969.

En medio de la lucha armada, de los escapes de las pinzas militares, de las fugas del Penal de Punta Carretas, de las torturas “especiales” que recibió en los calabozos de la dictadura, en el centro y el contorno de este trajinar elegido, Pepe vivió el amor. Estuvo en pareja varias veces. Se trató siempre de parejas felices que terminaron no porque terminó el amor sino por las circunstancias; por una forma de vida que no es la más adecuada para la estabilidad de una pareja. Nunca tuvo hijos, pero quiso mucho y fue muy querido. Eso dice cuando se le pregunta y está en ánimo de hablar de algo tan personal e íntimo.

El 15 de marzo de 1985, José Mujica —uno de los nueve rehenes (4)— salió de la cárcel con el resto de sus compañeros. Por pedido de éstos, él fue quien tomó la palabra para informar a la multitud sobre todo de jóvenes que desbordaba las instalaciones del Platense Patín Club, donde el 26 de marzo se había organizado un acto. Vestido como acostumbra, más que sencillamente, pobremente, sentado en un banco, inclinado y apoyando los antebrazos sobre los muslos, con voz calma, baja, lenta y sin rastros de rencor, habló cerca de media hora de algunos hechos del pasado así como del presente y del futuro.

“Lo primero, muchachos, reconocer lo mucho que han hecho ustedes. Reconocer en ustedes lo mucho que ha hecho para con nosotros este pueblo. Estamos aquí, un poco agobiados por la emoción, porque miramos entre las caras y deberían estar muchas otras, que han ido quedando en estos años, largos años de peripecias. Miramos mucha gente joven, miramos nuestras manos, e inevitablemente nos vemos treinta años atrás, cuando, potrillos, andá-

4 Los nueve rehenes de la dictadura eran Raúl Sendic, José Mujica, Julio Marenales, Jorge Zabalza, Eleuterio Fernández Huidobro, Adolfo Wasem, Jorge Manera, Henry Engler y Mauricio Rosencof (nota del editor).

bamos de la mano con alguna novia y un sueño de revolución por las esquinas. Hay ciertas novias que no se olvidan nunca. Seguimos todavía vertebrando sueños. Y seguiremos.

No tengo que olvidar, y no es fácil para un cerebro carcomido de rejas, que fuimos invitados por ustedes, sin condiciones y mucho, mucho tenemos que agradecer. Vamos a ir a todas las tribunas que nos ofrezcan, sin condiciones, vamos a ir para estar con todos, y para todos. Ésa es una posición que entraña una postura política que cada cual sabrá medir. Sin embargo, por estar en un estrado, no se deja de estar abajo. Estamos reaprendiendo, porque hasta la tumba se reaprende.

Muy poca, poquísima calle, nos han permitido las circunstancias hacer por estos días; sin embargo ya hemos aprendido una lección: este pueblo se ha transformado y mucho. Y el que no lo interprete pierde el tren. Se acabaron los lineazos de la altura. Ya no importan tanto los comités locales, la cosa está en la calle. Hay una diferencia abismal, aquella masa que nosotros conocimos... Las cosas pueden ser lentas, difíciles, hay que convencer, hay que vencerse. La gente quiere pensar, participar. Y es bueno que eso sea así, es bueno que se termine el dirigentismo.

No tenemos línea. No podemos tenerla, porque nuestros cerebros están ignorantes; muchos años sin nada, absolutamente nada. Y no venimos a llorar nuestros dolores ni nuestras penas, simplemente a dejar bien clarito que el puñado de viejos que van quedando tiene nítidamente claro que apenas es un palito, que debe funcionar para que la colmena se aglomere en rededor: lo esencial no es el palito, sino la colmena. Y es bueno recordar algunas cosas que fueron quedando; porque los tupamaros fuimos presa de la urgencia. Muchas veces, queriéndolo hacer, no hicimos cosas fundamentales.

Tuvimos que olvidar la docencia, tuvimos que olvidarnos de escribir papeles, de escribir libritos, porque había cantones que evacuar, porque había que fabricar documentos, porque había que luchar con la clandestinidad.

Y éstas no son justificaciones, sirven para interpretar ciertas

cosas que se fueron modelando y tenemos conciencia de nuestras limitaciones. Apenas libres, un torbellino de problemas se nos acampó en el lomo: dónde van a vivir, de qué van a comer, cómo solucionan sus problemas. Y hay que decirlo claro, compañeros, sabemos, lo hemos visto, lo hemos palpado; tenemos pueblo, y mucho pueblo. Pero bien clarito. Los medios materiales que tienen en sus manos los hombres de la guardia vieja son nada, absolutamente nada. Somos la organización política —si se puede llamar organización a esta gigantesca emoción— más pobre del país, ni una máquina de escribir, ni un escritorio, menos una oficina, no tenemos nada, absolutamente nada, cicatrices. Sin embargo, los tenemos a ustedes, y a los muchos otros; lo demás va a venir sobre la marcha.

Y como hombre viejo —no para dar consejos— es bueno recordar algunas cosas que quedaron. Siempre, absolutamente siempre, tuvimos discrepancias, claro que sí, las discrepancias son buenas, ayudan a elegir caminos. Ya por 1967 teníamos definido, y era decreto para nosotros, que en eso que llaman lucha ideológica no se insultaba a nadie, absolutamente a nadie; yo les recuerdo muchos que la pasión no justifica la miseria... la miseria del alma. Nacimos para luchar por la igualdad, y por el sueño de un hombre, si no nuevo, algo mejor.

Y hay ciertas cuestiones de método que salpican la pureza de nuestra causa. Debemos tener claro que las diferencias de la familia tupamara pueden ser muy grandes, pero no lo son tanto como para que no tengamos claro y definido esto.

Los viejos vamos a jugar nuestro papel, hasta que ustedes se reencuentren a ustedes mismos. Habrá que renovarse a su debido tiempo.

Queremos además, con nuestra presencia, representar a los otros compañeros viejos que no pueden estar aquí, sencillamente porque estamos durmiendo un par de horas, porque estamos atosigados de problemas, pequeños problemas, dónde vive Juan, qué pasa con Pedro, dónde estará Fulana, y así son las cosas, todo ese mundillo de pequeñas cosas que son inmensas para nosotros, que deben ser atendidas. Y no existe nada de eso que se puede llamar

y se suele llamar aparato. Hacemos lo que podemos, ésa es la razón de nuestra presencia, que debió ser más amplia, y que pretende ser más amplia y que será cada vez más sistemática, donde ustedes estén, y dondequiera que se levante una tribuna sin condiciones, por este pueblo, cualquiera sean las organizaciones políticas, cualquiera sean las diferencias. Estaremos con todos, para todos, para enseñar sobre la práctica que se puede discrepar y sin embargo ser lo mismo. Quiero además tal vez discrepar con muchos, particularmente de la gente joven que anda aquí: no acompaño el camino del odio, ni aun hacia aquellos que tuvieron bajas sobre nosotros; el odio no construye. Esto no es pose demagógica, esto no es cosa de andar eludiendo el bulto, esto no es cosa de poner una cara linda, éstas son cosas de principios, cosas que no se pueden hipotecar. Queremos además, y perdonen por la incoherencia, no es fácil ser coherente con la emoción que ustedes representan, con tantos años de trillo en esos calabozos, con tanta soledad encima... No es fácil, perdonen las limitaciones, hilvanar lo que teníamos que decir, hay mucho, mucho, mucho, mucho... Quisiéramos haber tenido tiempo, media hora.

Quisiéramos por ejemplo haber podido hablar de qué es para nosotros un tupamaro, de cómo concebimos como tipo de hombre un tupamaro. Nos llevaría la noche hablar. Fuimos creando nuestra cultura que no está escrita, fuimos generando nuestra propia historia, que tampoco está escrita. La guardia vieja no tuvo tiempo de escribir, apenas pudo pensar y no siempre, porque tuvo mucho que hacer, y por eso mucho también se equivocó la guardia vieja. Los movimientos políticos de las organizaciones no tienen los dirigentes que merecen, no, hay un conjunto de circunstancias que pueden determinar que a veces en una calle de feria las circunstancias nos coloquen a ser mirados con un poco de devoción por la gente joven. Pero no estamos aquí para hamacarnos en los brazos de la gloria. Elegimos ciertos principios que hay que recordar: somos, primero, tupamaros, elegimos un sistema de direcciones colectivas, y cada día más la complejidad de los fenómenos sociales y políticos va determinando que las dirigencias sean equipos,

y que un equipo de dirigentes será bueno en la medida que sea capaz de generar otros mejores. Y por eso tenemos claro y definido: palitos, palitos para que la colmena se aglomere después. Hay una concepción de la vida que va más allá de un esquema de ideas políticas, hay una manera peculiar de mirar el mundo. Aprendimos en la orfandad de los calabozos, en todos estos años, muchachos, con qué poco se puede ser feliz, y si con eso no lo lográs, no lo lográs con nada. Aprendimos también sin libros, un modo de mirar si vos querés un tanto panteísta; nos gustaban las arañas, nos gustaban las hormigas, porque eran la única cosa viva que teníamos en la soledad de nuestros calabozos. Somos de la naturaleza y con ella estamos. Después de nosotros vendrán otros, muchos otros; lo que vale es la causa, no el apellido.

Vamos a salir en la medida que nos den las fuerzas a caminar por la calle, a tomar un poco de mate con los muchachos por las esquinas, a conversar con la gente de las fábricas con el mismo espíritu con que fuimos, allá por el año '66, a reclutar el primer grupo de estudiantes que debajo de sus portafolios, de sus reglas, llevaban un puñadito de sueños. Se cuenta, en nuestra cultura no escrita, que los muchachos preguntaron qué línea teníamos para el movimiento estudiantil. Nosotros contestamos: no tenemos línea para el movimiento estudiantil, ustedes tienen que generar la línea. Tenemos claro que la etapa que se viene tiene sus inmensas posibilidades, sus tremendos interrogantes. Hay una generación que es fundamental, la que se está procesando, que trae muchos años de oscuridad, y mucho fervor.

Sólo una actitud democrática permitirá una maduración política masiva de esa inmensa potencialidad, hay que ser democráticos, tremendamente democráticos. Es la hora de tener claro que ante el dilema centralismo o democracia hay que inclinarse por más democracia. Por eso, porque ya aprendimos, porque ya tenemos claro esto, porque estamos viejos, porque tenemos conciencia lúcida de que pronto tenemos que marcharnos por el camino de la naturaleza, por todo eso estamos convencidos que vamos a ser la fuerza política que englobe la juventud, la cosa esencial de la juventud

del país. Pero vamos a compartir esa juventud con todos aquellos que se muevan en una dirección esencial bastante similar, que se muevan por los mismos objetivos. No nos creemos el ombligo de la historia. También las organizaciones políticas son circunstancias, son etapas, son instrumentos. Estamos y estaremos con todos aquellos que luchen por un paso de progreso, y si a veces no podemos llegar a más, será porque sabemos objetivamente que las condiciones no dan más, pero no vamos a mentir, ni ayer ni hoy reformistas.

Por bastante viejos sabemos que ese mismo pueblo que tiene momentos de Quijote tiene mucho de la sabiduría de Sancho. Mucho valor también tienen las reformas, mucho valor tiene la solución de los problemas inmediatos de la gente. Hay que tenerlo claro, y aun más cuando la estrella no llega, por lo menos es una actitud moral, ética, preocuparse por una miga de pan para el que no tiene pan, luchar en todos los frentes, absolutamente en todos los frentes. Porque nosotros seguimos soñando y seguiremos soñando, pensamos en organizaciones de vanguardia, en partidos de vanguardia que tengan algún día sus comités centrales definitivamente integrados por hombres que no tengan sólo un montón de papeles escritos, que se pueda llamar la ideología del proletariado. Tenemos claro que hay que pensar sencillamente en vivir como pobres, quien lucha por la igualdad con demasiado poder político sobre un puñado de hombres tiene que tener claro que no es juez de las necesidades de la masa, pero quien lucha por la igualdad con entrega absoluta entra en la carrera de los honores. Para nosotros, tiene que tener claro que hay que vivir en la igualdad de los más y no para algún día, porque aprendimos en todos estos años que la dureza con nosotros mismos es la mejor fuente de ternura para los demás. Porque decimos esto, muchachos... no se llega mañana al fin de las estrellas, no hay ningún programa, ningún segundo, tercero, quinto o décimo plan quinquenal.

Se empieza a ser igual ya, hoy, en un culto sistemático contra las deformaciones que tenemos cada uno de nosotros.

Soñar no significa no razonar; razonar es medir nuestros lími-

tes. Medir los límites es pensar en el pueblo como es, en como somos los hombres. En definitiva debemos tener una actitud de cultivar al máximo, hay que formar generaciones tras generaciones de hombres que luchen por la mejora de la especie. Y ese trabajo no se termina nunca. Estamos hermanados con todos los hombres que en la historia nos han enseñado algo, que hay que hacer un poco más por los demás.

Ya la palabra “socialismo” es bastante complicada, simplemente alcanza con lo más chiquito: luchamos por la igualdad esencial entre los hombres. Las cosas que en la política sean verdaderamente gravitantes, que no se puedan explicar con sencillez, no son tan importantes.

Seguimos pues con otros métodos, en este caso con otro fierrieto en la lucha por lo mismo. Y estamos viejos. El compañero (el Ñato) decía la otra noche que si desgraciadamente a esta democracia de primavera nos la roban... Sí, absolutamente sí, desgraciadamente sí: tendremos que agarrar otro fierrieto.

Por eso una actitud abierta, una actitud no sectaria, una actitud no dogmática, una actitud de aprender, una forma de estar con todos aquellos que piensan medianamente parecido. Hay que agrandar mucho las filas del pueblo, hay que luchar mucho por agrandar esas filas, y hay que tener la sabiduría de no pedirle a la gente lo que la gente no puede dar. Porque si nuestra impaciencia llega a pedir a los hombres más de lo que pueden dar, nos exponemos a un fracaso y los arruinamos a ellos.

Tremendamente impacientes, tal vez por ello bastante revolucionarios, pedimos paciencia. Lo primero organizar las filas. Lo segundo soldarnos con el pueblo. Lo tercero educarnos, formarnos. Seguimos siendo primero que nada hombres de acción. Hay acción con la azada, hay acción con el trabajo, hay acción con la humildad, hay acción con la prédica.

Yo sé que un par de tiros es una cosa perfectamente seria, y sé que hay mucho titular de por medio. Pero una cosa es bulla y muy otra propaganda. De la bulla no queda nada, de la propaganda queda una docencia, un algo... un algo que aprender.

De uno a uno, de verbo a verbo, esta democracia tiene que servir para educarnos. Cuando el gobierno falle, cuando en el eterno dilema de los pobres y los ricos se nos incline por la panzocracia... tendremos que seguir educando, luchando y forjándonos.

Nuestros dos viejos partidos tradicionales no son ni por asomo algo que merezca desprecio, porque si los despreciamos desconocemos la esencia de este país. Y es bueno que los hombres de izquierda empiecen a poner las patas en el suelo, a repensar la historia nacional y después refabricar nuestros propios esquemas.

Los tupamaros tenemos diferencias, aun entre los hombres de la guardia vieja. Perdonen, compañeros, yo no tengo empacho en decir, ni me pidan que no lo diga, que en mi interpretación histórica de este país soy blanco, perfectamente blanco. No por blanco menos tupamaro, y como pertenecemos a una organización que no robotiza el cerebro de los hombres, tengo la libertad suficiente para decir nuestro modo de pensar personal, que interpreta el de muchos otros compañeros, pero no necesariamente el de todos. Y sin embargo seguimos siendo el mismo equipo. Que para nosotros que no tememos golpear contra las vacas sagradas de la historia, así categóricamente decimos que somos blancos, y mídase que decimos blancos, no Partido Nacional.

Tal vez muy después de Don José Artigas el hombre más importante de la historia nacional se llama José Batlle y Ordóñez. Y esto no lo decimos para quedar bien con unos o con otros. Lo discutimos con oficiales en la soledad de los calabozos, lo dijimos en los juzgados en todos estos años, tenemos testimonios.

Es nuestro modo de pensar o de repensar la historia nacional, que no se termina nunca y que es un capítulo fresco en el que yo invito a la muchachada joven a meter las narices. Pero teniendo en cuenta que al mensaje de esa historia nacional se entraba con una patria que está para hacer. Somos apenas un país de la gran nación latinoamericana y a ella nos debemos. Ya no podemos tener, queridos compañeros jóvenes, aquellas falsas ilusiones de nuestro tiempito de estudiantes, cuando para seguir marchando necesitábamos un esquemita claro, perfectamente claro.

Hemos aprendido también en estos años que las cuestiones sociopolíticas son hondas y por ello tremendamente oscuras, pero por claridad no debemos sacrificar la profundidad. Hay que bucear y bucear, muchas veces a media luz, pero calar hondo, y a ello se llega por dos caminos: democracia y ciencia.

Hacer horas estudiando los problemas. Democracia, equipo, sudar para interpretar. Es por eso, muchachos, que no alcanza con un programa de razones claras, no alcanza con estudiar algunas horas, no alcanza con algunos manifiestos, con algún panfleto. Hay que sistematizar horas en años de vida, sí, por décadas, *per secula*, y hay que entenderlo: la revolución es ante todo trabajo y más trabajo, es eso.

Yo llamo a los compañeros primero a la responsabilidad. Segundo, recalco, no odio. Tercero, otra diferencia que me permite la libertad ideológica de ser tupamaro (para aquellos que dicen que no tenemos ideología): yo puedo decir, y nadie me va a dar un tirón de orejas, que no creo en ninguna forma de justicia humana. Toda forma de justicia, en mi filosofía casera, es una transacción con la necesidad de venganza.

Por eso no creo mucho en una justicia que se promete. Y no me gusta sacar gajos del árbol caído, muchos nos caranchearon, muchos nos insultaron en estos años, no vamos a responder por eso. Estaremos sí, pero no en el campo de la filosofía diletante, de café, de la cual abjuramos hace muchos años; el tupamarismo se generó como una reacción al mero diletantismo. Y es por ella que vamos a estar en guardia junto a ustedes, y con ustedes, y con todo el pueblo. Pero no con un hacha en la mano, vengadores, de ninguna manera. Nosotros estamos para tratar de hacer y de construir con ustedes.

Las circunstancias lo dirán. Muchas gracias, compañeros.”

Estas palabras tan justas, veraces, generosas y equilibradas explican la respuesta que una joven de 20 años dio al periodista que re-

cogía impresiones a la salida del Platense Patín Club: “No es un político, es un santo, pero ¡ojo!, no uno de aquellos tan buenos pero infantilitos de quienes nos hablaban en el catecismo, es un santo sabio”.

Hoy, a partir del triunfo del Frente, además de santo y sabio, es el ministro de Ganadería, Agricultura y Pesca.

María Esther Gilio

Montevideo, abril de 2005

Primer encuentro en Rincón del Cerro

Domingo de Ramos
20 de marzo de 2005

Cuando se trata de José Mujica no es necesario conocer calle y número para llegar a su casa. Alcanza con el barrio, o mejor, el paraje: Rincón del Cerro, muy cerca del Paso de la Arena. Sólo hay que llegar allí y preguntar. “¿Me podría indicar dónde vive el Pepe?” “Siga dos kilómetros por ésta, cuando llega a un almacén viejo, que tiene afuera un montón de leña, dobla a la derecha, sigue unos doscientos metros y allí toma para la izquierda hasta...”. Hasta un lugar donde las vacas atraviesan los caminos y los perros sin pedigrí se lanzan sobre aquel visitante que —sin acatar sus advertencias— abrió la tranquera y entró.

Primero salió Lucía con su pelo gris plateado y sus ojos manosos en un rostro sin arrugas. Adentro Pepe preparaba el mate con que los uruguayos celebran los encuentros con amigos. Y —por qué no ser sincera— también los desencuentros y cualquier otra cosa, merezca o no ser celebrada.

Durante unos minutos tomamos mate en silencio. Pepe ceba y por la ventana mira el campo.

—*Pero Pepe, ¿qué pasa? Has tenido un triunfo que envidiarían hasta los reyes y vos... no sé, como si recién te dieras cuenta de las enormes responsabilidades que, ganando las elecciones, te caerían encima. Tú sabías.*

—Yo sabía.

—*Es evidente que tenías que saber... Pero cómo te sacudió el triunfo.*

—Creo que una cosa es saber intelectualmente y otra sentir hasta físicamente la presión de la gente, la ansiedad de la gente. Cuando se ve de cerca el requerimiento directo de la gente, la expectativa que se ha creado en miles y miles y miles de personas.

—*Ahora recuerdo algo que una vez dijiste: “Un abrazo me encanta, dos me conmueven, tres me alegran. Pero quinientos...”.*

—Quinientos te asustan. Equivalen a una paliza. Porque todo tiene una medida. Hace pocos días un amigo me recordó el vaso de Euclides. Un vaso que se inventó para que los obreros tomaran una medida de vino durante el descanso, mientras trabajaban en una carretera. Este vaso tenía una característica: sólo podías llenarlo hasta la mitad. Si te pasabas se desfondaba y el vino se desparramaba. Me parece que todas las cosas tienen su medida. Nuestras vidas son ejemplo de esto. Nuestros tejidos tienen una medida. A veces recién nos damos cuenta cuando hacemos uso de tal o cual cosa sin tener en cuenta esta medida.

—*En tu caso hay algo que está muy claro. Ganó el Frente y a los pocos días caés enfermo. Cualquier psicólogo diría que se debilitaron tus defensas.*

—Mirá, el especialista dice que hace como tres años que estoy enfermo. Que los médicos no vieron la enfermedad.

—*Sí, es posible, pero es recién ahora que te entregaste.*

—Lo único que sentía era cansancio. Pero eso tenía su lógica. Trabajaba mucho. Pero, además, hay otra cosa; por qué no decirlo. Estoy convencido de que mi tiempo está llegando a su medida. Es como si una voz interior me dijera “Bueno, hasta aquí llegamos”.

—*Sentís eso.*

—Siento que la vida me regaló esta oportunidad de llegar —dice y queda en silencio—. De llegar no sé adónde, porque en el fondo de la cuestión nunca se llega.

—*Llegar adonde desde hace cincuenta años querés llegar.*

—Sí, claro. Pero aunque sepas bien cuál era el lugar, lo analizás con frialdad y te das cuenta de que, otra vez, el horizonte se te disparó. Aunque hay una cosa que podés ver: que las decenas de años que invertiste en conseguir eso que deseabas están simbolizadas por este triunfo que obtuvimos. Y bueno, ya lo dije en la transmisión del mando y lo repito. Tengo que agradecer a la vida. Son tantos los que hicieron lo que nosotros, y mucho más que nosotros, y no pudieron vivir este minuto.

—*Por ejemplo Liber Seregni, que murió un poco antes.*

—Seregni y tantos.

—*Yo quisiera entender qué te pasa exactamente.*

—Si querés entender eso, querés entender más que yo. Yo voy por las calles y siento el peso de la gente. Soy un prisionero del amor de la gente. Así nomás, textualmente como lo digo.

—*Te sentís prisionero porque te obligan a más de lo que podés...*

—En la vida, para poder vivir, precisás soledad, precisás un cachito de vos mismo. El no poder ir a un boliche, caminar por la calle, ir a un cine...

—*La gente se acerca, ¿y qué, te habla?*

—Te abraza, te saluda, te felicita. “Vamo arriba”, “cuidate Pepe”. Todo con un amor bárbaro. Pero te agobia. Alguna vez he ido a Buenos Aires. Qué bien me siento. Qué tranquilo. Qué lindo caminar por la calle perdido entre la gente. Anónimo. Comprendo la tragedia que debe tener, por ejemplo Maradona, que era un grande. No es que a uno no le guste. Sería una hipocresía decir que no me gusta el reconocimiento de la gente. Lo que hay es una cuestión de límites. Ya vez, es todo muy contradictorio.

—*Uno mira tu vida hacia atrás y ve una serie de etapas bien*

definidas. Primero el deseo de cambio que te llevó a la militancia. Y luego una serie de éxitos y fracasos. ¿Qué edad tenías cuando entraste en la militancia, 20?

—Menos, tenía 14 cuando empecé en una agrupación anarca.

—*Anarca...*

—Sí, como corresponde. ¿Qué vas a ser a los 14 años sino anarco? Bueno, más o menos, a eso no he renunciado hasta ahora.

—*¿Renunciaste a algo? Nunca renunciás a pesar de algunos fracasos, la tortura, la cárcel.*

—Fracasos sobre todo. Una enorme colección de fracasos.

—*Sentís eso.*

—Sí... Aunque los fracasos son relativos, como los triunfos. Son relativos si te dejan algo, si te enseñan. Y, sobre todo, si no te amputan la capacidad de volver a empezar. En este caso, paradójicamente son positivos.

—*Eso dice Esquilo en Agamenón: "Sólo a aquel que ha sufrido se le concede la capacidad de comprender".*

—Como si en el sufrimiento estuviera el origen de toda sabiduría. No tengo dudas de que se aprende más de la adversidad que de la bonanza.

—*Creés que la experiencia viene del dolor.*

—Sí, no tengo dudas. Más, te diría que muchas cosas, muchos elementos que son constitutivos de mi discurso contemporáneo, son hijos de los 10 años que pasé solo dentro de una pieza. Si no hubiera vivido esa experiencia de tremenda soledad, yo no sería quien soy. Mirá qué barbaridad te estoy diciendo. Y eso que yo no tengo alma de santo. Lo cierto es que lo que me comí, me lo comí por falta de velocidad.

—*¿Por qué por falta de velocidad?*

—Mirá qué simple: porque me agarraron. Hay una manía de poetizar con esto y con lo otro. “Pobre tipo, pobre, lo reventaron”. No, te la jugaste y perdiste. Te agarraron, mala suerte.

—*Tu cabeza siempre fría ¿no Pepe?*

—Te digo eso porque sé que consciente o inconscientemente tratamos de crear una especie de estatus frente al devenir de lo nuevo.

—*Una especie de medalla.*

—Como una medalla, sí. Pero, como decía Schroeder (1) “Las credenciales se ponen viejas, hay que renovarlas”. No se puede vivir del pasado, la vida continúa. Y bueno, lo que fue, fue. Pero hay un compromiso que es permanente y está hacia adelante.

—*Está bien. Esos diez años no deben transformarse en una medalla. Ni en nada. Pero tienen una presencia que hiela la sangre. Henry Engler, que hoy está en Suecia investigando el Alzheimer dijo, cuando vino a votar, que en esos años para no volverse loco estudió hebreo a fin de leer la Biblia. Que había entrado en una especie de delirio místico y que tal vez eso lo salvó. ¿Vos nunca sentiste que te volvías loco?*

—Sí, sentí.

—*¿Cómo lo sentías?*

—Como una voz que estaba permanentemente sonando en mis oídos. Sentía que día y noche me espiaban. Pero además tenía un dolor muy fuerte en los oídos, por lo cual me llevaron al Hospital Militar. Allí me atendió una psiquiatra rarísima. Arrastraba la voz, movía la quijada y me miraba. No sé... Estaba peor que yo.

—*¿Por qué no?*

1 **Gabriel Schroeder** fue un comando tupamaro asesinado por la policía el 14 de abril de 1972 junto a otros tres guerrilleros. Schroeder fue el responsable de la evacuación de los fugados durante El Abuso.

—Sí, ¿por qué no? Aquella mujer arrastrando las palabras en aquel cuartito diminuto, recetándome más y más pastillas. Yo me dije: “Estoy frito, si me tomo esto, estoy frito. Ésta está peor que yo. Si le doy pelota la quedo”. ¿Me creés, no? Porque esto no era locura mía; esto era real.

—*Te creo, claro.*

—Yo agarraba las pastillas que me daba y las tiraba en el baño. Hubo algo, sin embargo. Algo en lo que esa mujer me sirvió. Me consiguió el permiso para leer libros de ciencia. Yo estaba muy deprimido, tenía una depresión mental tremenda. Ella hizo eso por mí, lo cual fue muy importante. Así yo empecé a repasar la física y la química que sabía del Liceo y de Preparatorios y a escribir. Me autorizaron también a escribir, a trabajar. El lápiz imprimió una disciplina en mi cabeza. El ejercicio de escribir disciplinó mi cerebro. Así me saqué la enfermedad de encima.

—*¿Qué libros leíste?*

—Después de repasar la física y la química del bachillerato pasé a la bioquímica. Y después conseguí un tratado de ganadería mundial con el que me puse bastante al día con lo que hacían en Nueva Zelanda, Australia y Estados Unidos. Me entusiasmé con el tema y hubo gente que, de afuera, empezó a mandarme libros y apuntes de la Facultad de Agronomía. Así fui aprendiendo sobre pastos y otras cosas hasta que terminé metido en una canaleta.

—*Que te condujo al Ministerio de Ganadería.*

—Así parece.

—*Contame de tu estado de ánimo cuando saliste de la cárcel.*

—Salí directamente a militar.

—*Pero ¿cómo?... ¿No fuiste a encontrarte con Lucía?*

—No porque mi casa, la casa de mi madre, estaba al lado de este barrio, en Paso de la Arena. Entonces yo fui directo para ahí,

sin pasar por el centro que está para el otro lado. Ahí nos comunicamos con Lucía, que salía de jefatura y un compañero la trajo. Esos encuentros fueron muy emocionantes. Mi madre, Lucía. Esa noche quedé ahí, en mi casa, pero al día siguiente ya salí en busca de un lugar para reunirnos.

—*Conseguiste el lugar con los Padres Conventuales que tienen un convento lindísimo.*

—Brutal, brutal, con una comodidad infernal. Ahí estuvimos un mes, como acuartelados, comiendo, durmiendo, pensando.

—Y discutiendo.

—Sí, claro.

—*¿Quiénes estaban ahí? Decime de alguno que te acuerdes.*

—Julio Marenales, Eleuterio Fernández Huidobro. Una cantidad de compañeros que todavía están vivos y militando y otros que ya no están.

—*Pasaron 20 años. ¿Qué hacían los curas mientras ustedes discutían y tomaban decisiones?*

—Los curas nos ayudaron. La Iglesia tiene mucha experiencia en este tipo de cosas. En realidad lo que nosotros hicimos fue una larga meditación.

—*Sin que los curas intentaran catequizarlos o algo así.*

—Jamás. Mantuvieron siempre una relación de independencia y respeto total, admirable. Es evidente que este paso sólo podría darlo gente de tremenda sensibilidad social. Y te digo algo: estoy seguro de que no fue gratuito para ellos, tienen que haber recibido críticas fuertes de la superioridad y también de muchos fieles.

—*Hemos dicho que hace más de 50 años que militás. Si repasás tus idas y vueltas durante este tiempo, ¿encontrás alguna cosa de la que te arrepientas? Algo que cuando lo pensás decís: “¿Por*

qué esto así? ¡Qué error! ¿Por qué? Quisiera volver atrás para hacerlo de otra manera”.

—“No volverás a ver el agua que viste pasar”. De cualquier modo... lo que no me puedo perdonar es algo muy central. Nosotros no surgimos como organización cuya intención política era tomar el poder.

—*¿Decís que no deseaban tomar el poder?*

—Cuando empezamos, no.

—*Eso sí que me sorprende, ¿qué deseaban?*

—Nosotros teníamos la convicción de que este país iba para una dictadura y lo que deseábamos era...

—*¿A comienzos de los 60 ya pensaban que el país iba hacia una dictadura?*

—Estábamos convencidos.

—*¿En qué lo veían?*

—Veíamos que las medidas que se tomaban eran más y más reaccionarias, más y más autoritarias. Y además lo que se repartía era cada vez menos. Pero no fuimos los únicos. La Central de Trabajadores también lo vio. Los obreros eran alertados en el sentido de que al golpe de Estado se le contestaba con la huelga general. Muchos fueron los que se dieron cuenta de que estábamos perdiendo un país. Creíamos eso.

—*Que el país se estaba transformando en otra cosa.*

—Pienso que mi generación es hija de ese cambio, que vivimos intensamente. Nosotros creíamos que era necesario prepararse para enfrentar una dictadura. Te digo más. La verdadera intención política del Bebe (2) no era fundar una organización.

2 “Bebe” era el apodo de Raúl Sendic.

—¿Cuál era?

—Él se oponía a la fundación de una organización. Decía con mucha inteligencia: “Cuando formás una organización estás creando la antiorganización”. Él quería crear el brazo clandestino de toda la izquierda que iba a ser agredida por un golpe de Estado.

—*Si la intención era ésa, ¿cómo se terminó organizando un movimiento cuyo fin era la toma del poder?*

—Nosotros éramos militantes de este o aquel partido que nos juntábamos de noche para formar una organización clandestina que se preparaba para pelear contra un eventual golpe de Estado.

—*Eso explica por qué los militantes del MLN venían de todos lados.*

—Claro. ¿Y después qué pasó? ¿Viste que después que tenés a las gallinas programadas para poner huevos vas a inventar que los huevos son de todo punto de vista necesarios para alimentar al hombre? Lo mismo pasa con un aparato armado. Después que está formado y programado genera su propia lógica.

—*¿Con qué tiene que ver, entonces, tu arrepentimiento?*

—Mi arrepentimiento y mi remordimiento tienen que ver con el hecho de que cuando el golpe de Estado llega y los obreros hacen huelgas y ocupan las fábricas, nosotros estamos maltrechos, presos. Para ese momento habíamos trabajado años. Para ese momento. Las dictaduras vienen por muchas causas, pero sean cuáles sean, lo difícil es sacárselas de encima. Doce años nos duró ésta. Y yo siento que no me va a dar lo que me queda de vida... —dice y concentrándose en el mate que había quedado abandonado, se calla por un rato—. Es así como lo digo.

—*¿Qué tendrían que haber hecho? ¿Seguir preparándose militarmente, juntando armas? ¿Qué?*

—En algún momento, en alguna medida lo discutimos, pero la lógica militarista se nos impuso. El éxito te puede condenar. Es di-

fácil ocultar lo grande. A lo sumo se camufla. Ocultarlo... ¿cómo?

—*Te estás refiriendo a cualquier acción de aquellas cinematográficas que ustedes llevaron a cabo en los comienzos. Tenían un éxito de locos. La gente empezó a adorarlos. Si asaltaban un banco, se levantaban la guita, no mataban a nadie y usaban métodos que hacían reír al país entero. Era tan grande la simpatía que despertaban. Eran los Robin Hood.*

—Los militantes nos cayeron encima por docenas. Cuando un movimiento crece de esa manera se vuelve vulnerable.

—*Eso se lo explicó en su momento el comisario Otero a un abogado amigo. Le dijo: "Los tupamaros ahora empezarán a caer", y le dibujó un rectángulo con no sé qué rayas que explicaba gráficamente el hecho.*

—En ese momento necesitábamos haber pasado a otra forma de lucha. Lo discutimos. Lo discutimos bastante, pero finalmente no cuajó. Cuando llegó el momento de cumplir con nuestro objetivo, el objetivo para el que habíamos trabajado años, que era organizar la resistencia de las masas...

—*Ya no estaban ahí.*

—No estábamos. Y bueno... se intentó llevar a cabo una lucha pasiva —ocupación de fábricas— que también fue heroica.

—*Pero no bastó.*

—No bastó. Años estudiando, programando tantas cosas y a la hora señalada estábamos lejos del lugar indicado. Fue una lección.

—*Una lección que te quedó como una marca en el corazón.*

—Sí, aquí.

—*Creo que todo esto que pasó ahora, en estas elecciones, puede borrar un poco esa vieja herida. Porque mirá que esta vez estuvieron impecables.*

—Sí, es verdad, yo creo que tuvimos grandes aciertos. Pienso en la fundación del Frente Amplio en 1971. Estábamos en la cárcel pero su fundación la apoyamos. La apoyamos con entusiasmo.

—*Eso fue curioso. Se trataba de un movimiento armado apoyando a un grupo legal.*

—Creo que en esto nos diferenciamos de todos los movimientos armados de América Latina. Nunca hicimos una religión de la cuestión de la vía.

—*¿Recordás lo que dijo un día Salvador Allende? “Mucho más miedo que a la derecha le tengo a los radicales de izquierda”. Por eso te pregunto ¿fue fácil esa posición? ¿fue aceptada por todos sin problemas?*

—Fue muy difícil. Nosotros tuvimos una crisis interna. Gente que se separó porque no aceptaba el apoyo al Frente. Y nosotros no sólo apoyamos su creación sino que incitamos a trabajar en el Frente a todos los que podían hacerlo. Había gente que iba llorando a hacer las pegatinas.

—*¿Tanto les dolía?*

—Ellos estaban en otra; no querían las pegatinas.

—*Estaban limpiando las pistolas y los mandan con un tacho de engrudo a pegar carteles.*

—Estaban en otra. Pero nosotros apoyábamos con entusiasmo. Cuidando sobre todo a determinados militantes y grupos de militantes que venían hacia nosotros después de abandonar partidos tradicionales. Llegaban golpeados, con falta de medios. Con ellos tuvimos una actitud muy receptiva. Intuimos que era muy importante actuar cautamente, con una posición muy abierta. Ahora te digo que ése fue un acierto muy notable. Muy notable. Entre otras cosas porque después nos dio flexibilidad hacia adelante.

—*Aunque por supuesto hubo gente en la izquierda que los criticó duramente.*

—Sí, nos criticó la izquierda insurreccional de la época. Era como estar con una pata acá y otra allá, ¿no?

—*En ese momento se desconfiaba mucho de la democracia, de sus instituciones, de su ética. Los cañeros (3), por ejemplo, sentían al Parlamento como una asquerosa mentira.*

—En ese momento para nosotros estaba claro que el país necesitaba cambios antes de entrar en lo que considerábamos nuestro principal objetivo. Y ahí partimos de conceptos y definiciones que se fueron enredando mucho en la cabeza de la gente. El concepto de “liberación nacional”, que nos dio el nombre, es un concepto que desde el punto de vista histórico antepone, como etapa ineludible, condiciones materiales y sociológicas muy concretas y necesariamente previas al planteo del socialismo.

—*Te estás refiriendo a pactos y cosas coyunturales imprescindibles en esta etapa.*

—Sí, a eso y otras cosas que ayudaron a mezclar los cables en ese momento. Me refiero a una teoría que en esos tiempos se desplazaba triunfante por el mundo.

—*¿Qué decía esa teoría?*

—Decía que era posible saltar de una sociedad pobre a una sociedad socialista. Que se podían acortar etapas. Se trataba de un invento leninista que, por supuesto, nunca fue probado. La historia ha demostrado que esto no camina.

—*Marx ya lo había dicho.*

—Exactamente. En mis borroneadas y viejas lecturas de Marx nunca encontré que dijera lo contrario. De cualquier modo el he-

3 En este caso el término “cañeros” refiere a los trabajadores de la caña del departamento de Artigas, grupo muy politizado que tenía como consigna “Por la tierra y con Sendic”. Agremiados en la UTAA (Unión de Trabajadores Azucareros de Artigas) tuvieron activa militancia durante los años 60.

cho histórico de que pasar de un país pobre al socialismo no camine no significa que lo otro sí camine. Ésa ya es otra historia. Lo que tenemos claro es que el socialismo no puede ser hijo de la ignorancia, de la brutalidad, de masas semianalfabetas. Y mucho menos, hijo del racionamiento y del reparto esmirriado. No significa abdicar de la visión socialista decir que hay que anteponerle, en el tiempo, el concepto de “liberación nacional”, que supone incluso, durante una etapa, alianzas de clases muy largas. Porque primero hay que crear las condiciones materiales.

—Claro que esto fue lo que seguramente determinó esas críticas que están como impresas en la cabeza de algunos izquierdistas que, sin analizar mucho, de inmediato saltan a decir “pequeñoburgués”.

—Sí, “pequeñoburgués”. Ésa es la respuesta que, sin mucho pienso, hay atrás. Pero toda esta ductilidad que nos ha sido tan útil para caminar, viene de nuestra convicción de que lo primero a perseguir, antes de cualquier otra cosa, es la liberación nacional. Para llegar a la cual necesitamos a quienes se acercan desde los partidos tradicionales.

—Es ejemplificante lo ocurrido en Alemania, cuando los partidos de izquierda rechazaron la unión con la social democracia. Eso sirvió al nazismo.

—Sí, claro, ese rechazo abrió las puertas a la extrema derecha. Dice Trotsky, comentando la Revolución Francesa, que “jamás la izquierda se puede aliar a la derecha contra el centro”.

—Parece tan evidente lo que dice, que no lo entiendo.

—Lo que él quiere decir es que, jamás, para resolver problemas internos de la izquierda podremos recurrir a la derecha. Podemos sí, en determinadas circunstancias, buscar alianzas con el centro, jamás con la derecha.

—Además, es en el centro donde está el grueso de la gente.

—La mayoría de la humanidad es centrista y si mirás la historia podrás ver ese péndulo que no se aquieta nunca. Porque la humanidad necesita cambios, pero a su vez necesita...

—*Cierta seguridad.*

—Necesita lo conservador que le da estabilidad. Aunque tanto en los cambios, como en lo conservador, hay peligros.

—*¿Cuándo son peligrosos los cambios?*

—Los cambios son peligrosos cuando en su búsqueda se cae en el infantilismo. Y lo conservador es peligroso cuando se vuelve reaccionario. El que define la partida es el centro. El arte de la política es el arte de arrastrar al centro. Porque es allí donde está el grueso de la cosa.

—*Nuestro país es muy centrista. ¿Qué pensás vos?*

—Para mí es.

—*Lo vemos en los plebiscitos.*

—Es centrista, es conservador; pero conservador de los buenos.

—*Yo lo veo como un animalito pequeño que, al no poder pelear ni con tigres ni con leones, trata de quedarse quietito y en silencio. Nada de hacer bulla, ni de jugarse lo poco seguro que tiene.*

—Sí, nos cuidamos mucho. Es curioso, cuando nos ven desde afuera no nos entienden. Me acuerdo de una vez que vino una periodista, o investigadora estadounidense, durante uno de los plebiscitos y se largó a preguntar a distintas personas. “Dígame —decía— ¿las empresas del Estado están bien administradas?” “No, no, son un desastre”, le contestaban. “¿Y si estuvieran en manos privadas, estarían mejor?” “Sí, seguramente andarían mucho mejor”. “Entonces, usted va a votar a favor de que esta empresa sea vendida”. “Ah no, yo voy a votar para que no se venda”. “Este es un pueblo esquizofrénico”, dijo la mujer, sin advertir que si bien veíamos que andaban mal, también veíamos que si las vendíamos nos iría peor.

—*Mucho peor.*

—En ese sentido teníamos el ejemplo de aquí en frente. Menem fue un benefactor indirecto de Uruguay.

—*La experiencia de Argentina nos alertó. Pienso en el contrato de Aguas Argentinas. Los franceses no hicieron nada. Sólo llevarse la plata.*

—Son empresas que vienen a América a hacer cosas y, en realidad, no las pueden hacer. Se manejan de una manera que acá no les funciona.

—*Hemos hablado de cosas que por determinados errores no se pudieron hacer. ¿Qué sabor te deja esa imposibilidad del retroceso, esa imposibilidad de volver al pasado y actuar de otra manera? Hace poco me dijiste con aire melancólico: "El agua que pasó no volverá a pasar".*

—Yo no soy intelectualmente primitivo pero sí soy vitalmente primitivo. Mi ideología está programada de tal manera que hago añicos los recuerdos y vivo para adelante.

—*¿En todo sos así? Pienso en los muertos de la dictadura.*

—También, también en ese caso. Trato de no remover el pasado.

—*Lo que pasa es que para entender del todo esa necesidad que otros tienen de remover el pasado hay que tener un muerto. Los que lo tienen necesitan eso.*

—Yo lo comprendo, y por eso nunca quise participar en la primera línea de esas cuestiones. Porque yo fui un guerrero, y en alguna medida tengo la responsabilidad histórica de haberle sacado la espoleta a la situación. Entonces me aparto, para no ensuciar la causa de la gente. ¿Para qué serviría otra cosa, para qué serviría mi participación? Sólo de pretexto y justificación de la otra parte. Entiendo tanto intelectual como emocionalmente la lucha de los familiares. La entiendo, la respeto, pero pienso que yo sólo debo participar a la distancia. No hacerlo así sería, en definitiva, servir a los otros.

—*Esto lo dijiste a los pocos días de salir de la cárcel.*

—Sí, lo cual prueba que no estoy inventando.

—*Sí, eso está escrito.*

—Pero, además, no creo en ninguna forma de justicia humana. Tuvimos que inventar una institución que se llama justicia porque de lo contrario...

—*Uy, he aquí al anarquista.*

—Sí, soy anarquista. Lo que pasa es que había que inventar algo para poder convivir. En caso contrario reviviría la Ley del Talión, lo cual sería horrible. Lo real es que no soporto a esa vieja con los ojos vendados y la balanza equitativa. En una sociedad el derecho expresa siempre las preeminencias del poder, que en términos generales están ajustadas a los más fuertes. Con esto no digo que no tiene que haber justicia, porque eso sería mucho peor. Estoy relativizando desde el punto de vista filosófico —dice y parece distraerse con el arreglo de la yerba en el mate—.

Ya empezaba yo a formular otra pregunta, cuando me atajó con la mano.

—Hay cosas que sólo se van a arreglar cuando nos muramos todos. El tiempo...

—*¿Qué pasa con el tiempo?*

—Es el que sutura todo. Sólo el tiempo sutura. Porque la gente, que tiene memoria y que vivió el dolor, no puede renunciar a sus recuerdos. En todas las guerras pasó eso. Sólo el tiempo lava y permite doblar la página. Es feo decir eso, muy feo. Pero yo siempre lo pensé así.

—*Pensaste que querés vivir hacia adelante.*

—Sí, para mí la vida es porvenir, lo cual no quiere decir que no haya que tener memoria. Pero uno no puede quedar sepultado bajo la memoria. Hay que afirmar el porvenir. Insuflar en la gente, si

esto es en algún sentido posible, la capacidad de cicatrizar y seguir para adelante. Y ése es el mensaje más grande que nos da la naturaleza. ¿Ves esos yuyos que están ahí a tres o cuatro metros de la ventana? Miralos, miralos bien. Están apurados.

—¿Por qué apurados?

—Porque se acerca el tiempo de semillar y ellos tienen esa responsabilidad con su especie, de volver a germinar la primavera que viene. Así es la naturaleza. Lo más grande que hay, un signo vivo del amor. Entonces, hoy la gran preocupación nuestra son los que van a quedar para levantar las banderas. Por eso también hay que combatir esa idea de triunfo. ¿Triunfo? No, no. Es apenas un escalón.

—Sí, claro.

—Decí que el bicho humano es tan vanidoso.

—*No es sólo la vanidad. Hay la necesidad de ser feliz, de vivir finalmente la alegría, aunque sea por un rato. No podemos estar midiendo tanto.*

—Sí, se necesitan compensaciones. La vida es, a veces, generosa, te da revanchas. Aunque...

—¿Aunque?

—Mi preocupación más grande hoy es por los que van a quedar. Por que no dejen caer los brazos. Y que den la importancia que tiene a la inteligencia.

—¿Cómo se puede dar importancia a la inteligencia?

—Usándola. La imaginación es más importante que la inteligencia, pero el abono de la imaginación es el trabajo de la inteligencia. Hay que trabajar. La inspiración no viene de los dioses, viene del sudor.

—¿Cómo explicás que a los 14 años ya tuvieras una posición

política tal que nos permite pensar en tu sensibilidad social y, tal vez, en tu espíritu rebelde?

—Yo creo que en alguna medida hay cosas que, potencialmente, vienen programadas en nosotros. Cosas que tienen que ver no con lo que vas a hacer ni con tus idas y vueltas, sino con el rumbo que vas a tomar. El camino, el camino real, viene después. No es lo mismo camino que rumbo.

—*No, claro, el camino puede ser este o aquel. El rumbo es uno o no es rumbo.*

—Claro. A nosotros, que nos sentimos inclinados al socialismo, nos gustaba y nos gusta la afirmación de que somos científicos. Yo no creo mucho en eso. Si fuéramos realmente científicos nos hubiéramos preocupado mucho más en tratar de saber qué es el hombre en cuanto animal. Cuáles son las cosas naturales en él y cuáles son las adquiridas. Puedo estar equivocado, pero prácticamente después de Engels nadie más se interesó en estas cuestiones. Yo creo que vendrá la hora en que se demostrará que la memoria genética existe, lo cual explicará finalmente esas diferencias entre los seres humanos difíciles de explicar fuera de la memoria genética.

—*En definitiva que muchas de las conductas humanas las explicarías a partir de la biología.*

—Sí, aunque no quiero caer en una explicación biologista de la historia humana, creo que la vida humana no se entiende sin un poco de biología. Pensá que si te sacan un pedacito de tejido y lo ponen en las condiciones ideales: alimento necesario, oxidación necesaria y temperatura necesaria, sus células seguirán reproduciéndose. Pero no hasta el infinito sino hasta determinado momento. Ese momento en que, a pesar de todas esas condiciones ideales, dejará de crecer, envejecerá y morirá. Venimos con la muerte programada. Y seguramente con muchas otras cosas que desconocemos.

—*Quizá me equivoque. Pero pienso que hay algo en ti mismo que te llevó a esta cavilación. Algo que pensás que trajiste programado.*

—Hay sí, algunas cosas en mí mismo que me indujeron a meterme en esta línea de pensamiento. Y otra cosa que hay, además, es un gran contacto con la naturaleza desde muy chico.

—*Contanos.*

—Hay algo que yo hacía desde niño. Algo que no era corriente. Muchas veces pensé en eso. ¿Por qué lo hacía? ¿De dónde me venía aquel deseo de hacerlo?

—*Contá qué era.*

—Yo pertenezco a una familia pobre. De chico, como es lógico, tenía pocos juguetes. Sin embargo, con frecuencia, esos pocos juguetes los repartía con los gurises pobres de mi barrio que, claro, eran más pobres que yo. Muchas veces me cascaban. “Por nabo”, me decían.

—*¿Tu vieja te decía?*

—Sí, mi vieja. Me acuerdo la paliza que me dio cuando un botija al que llamaban “el japonés” me rompió una bicicleta que me habían regalado. “¿Por qué se la prestaste?” Éramos amigos, él era muy pobre y no tenía juguetes. ¿Cómo podía no prestársela? Yo pienso en esas cosas y me digo que esa posibilidad de desprenderme de cosas que me gustaban —actitud que nunca me enseñaron— tengo que haberla traído conmigo al nacer.

—*Esto te hace pensar en la memoria genética. En que naciste programado para repartir.*

—Yo no podría asegurarlo, pero ¿de dónde salen en un niño estas cosas? ¿por qué este sí y este otro no? ¿cómo se explica? Mirá, hay casos tan raros. Yo tengo, hasta el día de hoy, unos amigos del barrio, que también me hacen pensar en esto de la programación. Todavía bien jóvenes iniciaron una carrera delictiva que ejercieron moviéndose de aquí para allá en el mundo. Más tarde se hicieron señores y después volvieron.

—¿Al delito?

—No, no, fueron lo suficientemente astutos como para hacer la acumulación primitiva y después de blanquearse transformarse en señores.

—*Veo que hablás sin condena.*

—No los escupí ayer ni los escupo hoy. Lo que quiero decir, en definitiva, es que la solidaridad es una costumbre que ellos tienen desde que los conozco. Aunque parezca curioso esa mezcla, son gente solidaria, a pesar de lo que te conté. ¿De dónde les viene?

—*Difícil de saber. Cambiando de tema. Según tú, ¿qué podrá hacer este gobierno (4) con la situación a la que nos han ido empujando los gobiernos desde hace más de 30 años con el apoyo de muchos economistas?*

—El neoliberalismo es una caricatura empobrecida del viejo liberalismo. Un recetario económico que puede servir a Pinochet perfectamente, mientras que un viejo liberal no puede servir a una dictadura.

—*No puede, entiendo, pero ¿cuál sería la fundamental diferencia entre ambos?*

—Filosóficamente, lo mejor que trajo el viejo liberalismo fue el respeto al otro, la tolerancia. Y esas son cosas que en el neoliberalismo nos quedan por el camino. El neoliberalismo tiene su receta y la aplica indiferente a las consecuencias. Reviente quien reviente. La construcción de una sociedad mejor supone una convivencia liberal en cuanto a las relaciones humanas.

—*Claro, eso la izquierda no lo discute.*

—Eso es lo que del liberalismo debe quedar. Lo otro, lo que refiere a lo económico, no. No porque es mentiroso. Promete algo mentiroso.

4 El gobierno de Tabaré Vázquez comenzó el 1° de marzo de 2005 (nota del editor).

—*Que ya sabe que no podrá cumplir. Esa metáfora del tachó que luego que se llena se derrama, alimentando a todos, no está probada en la realidad.*

—Es que se ha creado un modelo de civilización que en el fondo es una mentira. Si tú te esfuerzas, si yo me esfuerzo y el otro se esfuerza y acumulamos, en el mundo reinará la prosperidad, porque todo depende de la capacidad individual y bla bla bla.

—*Según ese modelo, en definitiva, sería posible el desarrollo infinito.*

—Sí, eso dicen ellos. Pero no es verdad porque en el mundo no hay para todos.

—*Ya lo dijo Malthus.*

—Si los hindúes tuvieran la misma proporción entre autos y habitantes que tienen los alemanes, no quedaría oxígeno para nadie. Se ha montado un tipo de civilización basado en el use y tire sin tener en cuenta que no hay para todos. Por lo tanto hay una parte de la humanidad que va a ser sacrificada.

—*Que tendrá que quedar afuera.*

—Necesariamente tendrá que ser excluida. Esa heladera tiene más de 50 años. Es posible hacer heladeras que vivan 30. ¿Por qué, entonces, hacer heladeras que no sirvan más a los 5 ó 6 años? Si te afeitás con una navaja obtendrás la mejor afeitada posible, usarás la navaja toda tu vida y luego se la podrás dejar a tus hijos, quienes a su vez podrán dejarla a los suyos. ¿Por qué, entonces, comprar unas maquinitas que en pocos días hay que tirar a la basura? No estoy proponiendo un movimiento al arcaísmo. Pero debemos hacer conciencia de la sociedad en que vivimos. Decidimos que hay que ahorrar luz porque hay poco combustible y podremos tener apagones, sin darnos cuenta de que el combustible no está fallando por la crueldad del destino sino porque vivimos en una civilización donde es ley el despilfarro. Pensemos, además, en el verdadero significado del término “despilfarro”. Decimos: “Hay

que ahorrar luz para que no nos falte”. Yo pregunto ¿lo que hay que ahorrar es luz? Lo que hay que ahorrar es vida humana. Porque cuando tú compras, no compras con dinero. Compras con la vida que gastás para obtener ese dinero. Pero la vida no es una mercadería, es el único bien que no podés comprar. Ahora, cuando tú has gastado tu vida detrás del dinero, has gastado lo más valioso que hay en tu vida: la libertad. Libertad para hacer lo que te gusta y te motiva. Cuanto más agrandás la franja de tu vida que dedicás a ganar dinero, más achicás la franja de libertad. Para mí, antes el problema eran las clases sociales, hoy es la civilización que nos toca vivir.

—Ese problema lo veo como mucho más difícil de resolver. El enemigo aparece claramente individualizado pero no las formas de lucha. Nadie quiere renunciar a algo por cuidar el agua o el aire. Piensan: “Esas cosas van a pasar cuando nosotros, los que en este momento habitamos la Tierra, estemos muertísimos”.

—No sé si se puede reaccionar ante esto. Parecería que no. El hombre sigue agrediendo al agua, agrediendo al aire, a la naturaleza, y no quiere parar. Hace treinta años que los hombres de ciencia hablan del cambio climático, de las imprevisibles consecuencias de todo esto, pero seguimos navegando alegremente.

—Estados Unidos se niega a firmar el Protocolo de Kioto. Posee el 5% de los habitantes del planeta y gasta el 20% del petróleo que produce la Tierra.

—Es como si la humanidad dijera: “Vamos arriba, dale que es tarde”. China aumentó en un 35% el consumo de combustibles. Tiene el 25% de la población del mundo y el 7% de los recursos agrícolas. La humanidad es un verdadero aprendiz de brujo.

—En las primeras páginas del libro Cuando la izquierda gobierne, de Ediciones Trilce, que Mario Mazzeo hizo contigo y Rodrigo Arocena, Rodrigo se duele de que la “renovación de la izquierda” en estos últimos años haya sido entendida no como “auténtica renovación” sino como “moderación”. La pregunta es

si habría ganado la izquierda de no producirse este cambio. Sabemos, por ejemplo, que la idea de que Danilo Astori —considerado un moderado—, iría al Ministerio de Economía trajo muchos votos. Aunque también la pregunta es si vale la pena un triunfo que nos aleja del corazón de la izquierda.

—Te diré lo que digo siempre. Tenemos que arrastrar del centro todo lo que podemos. Lo cual no quiere decir pasarnos al centro con el colchón, el perro, la mujer y el alma. No podemos ganar a costa de nuestra identidad. Eso no sería ganar ¿no? Pero arrastrar al centro no significa renunciar a los fundamentales principios.

—Tú hablás a menudo de la renovación de la izquierda y de que hay que modificar la cabeza de los hombres. ¿Debería esto pasar a ser uno de los objetivos de la izquierda?

—Sí, pero no es un problema sencillo. Es un problema de agotamiento de una época. No es ni volver atrás ni cambiar de vereda. Yo creo que es cambiar de enfoque filosófico. Yo estuve en la Unión Soviética en los años 60. Estaba Nikita Krushev. Tuvimos contacto con una cantidad de estudiantes que se volvieron locos con las camisas que llevábamos. Querían comprarlas. Eran unas camisas Porex de nylon, absolutamente insoportables. Pero ellos se perdían por aquellas camisas. Estaban maravillados, deslumbrados. Tenían más de 30 años de revolución, pero aquellas porquerías les quitaron el sueño.

—En definitiva, que lo más difícil es cambiar la cabeza, las costumbres, la manera de vivir.

—Eso dice la murga “Agarrate Catalina” en el “Canto de la hamburguesa”. Y tiene razón. “Si no cambiás la cabeza no cambiás nada”. Es brutal el acierto de estos chiquilines. “Si no se cambia la cabeza no se cambia nada”.

—Me gustaría creer en esa posibilidad, ¿pero no es fácil, no? ¿Cómo se empezaría, cómo se haría? ¿Cómo se implementarían cambios así?

—La renovación viene después de los fracasos. Para mí todavía es prematuro. La renovación tiene que venir después que todo se dio vuelta y se hizo pelota.

—*¿Entonces, para empezar la renovación hay que entrar en esa etapa?*

—Hay que empujar todo el vaso, y después, darnos cuenta de que no nos calmó la sed.

—*Es decir que para eso falta mucho.*

—Antes luchábamos por cambiar el mundo. Ahora estamos luchando por cambiar la vereda. Claro, no podemos desentendernos del mundo, pero estamos muy entretenidos con la vereda. Nunca la vamos a cambiar mucho si no cambiamos también el mundo. Pero al mundo no lo vamos a cambiar si no empezamos por cambiar nuestra vereda. Tú te referiste, hace un rato, a mi charla con Rodrigo Arocena. Él es más joven que yo, y la renovación, como la concibe él, no es para mi tiempo.

—*No es él el único que habla de renovación.*

—No, pero no en todos los casos la palabra “renovación” significa lo mismo. Hay veces en que esta palabra tiene un fuerte hedor a abdicación. La renovación no puede estar de acuerdo con las claves más características de la sociedad en que vivimos. Eso sería decir que esta sociedad es justa. En ese caso dejamos de ser izquierda. Capaz que somos unos tipos macanudos, pero no somos más la izquierda. Una verdadera renovación implica el coraje de echar a la basura, como trastos viejos, un montón de cosas que hasta ayer afirmábamos. Renovación nunca puede querer decir cruzarnos a la vereda de la sociedad del lucro y la explotación del hombre por el hombre, porque en ese caso ya no estaríamos hablando de izquierda.

—*En definitiva, que esos que tú llamás los dos motores de la sociedad en que vivimos —el lucro y la acumulación que se vincu-*

la con la explotación— nunca podrían ser borrados en la renovación de que hablamos.

—Exactamente, la visión crítica de esos dos fenómenos pertenece a la izquierda. Si la izquierda, por necesidades tácticas o coyunturales renuncia a esa crítica ya no se podrá hablar de izquierda. No podemos abdicar de estas cosas. Terminar con ellas está en la utopía de la izquierda. Yo no tengo problemas con el Parlamento ni con las demás instituciones democráticas. El problema no está ahí. Para mí el problema existe cuando se hace religión de estas instituciones.

—Hacer religión sería aceptar que son intocables.

—Claro, lo cual no sería aceptable de ninguna manera. Capaz que se podría administrar mejor, quizá podría estar mejor dotada, del punto de vista técnico, pero para mí dejaría de ser izquierda.

—Tú has hablado de varios tipos de izquierda. ¿Cómo ves eso?

—Hay una izquierda que tiende a cambiar de vereda y termina pasándose para el cuadro de enfrente; hay otra izquierda nostálgica, que vive mirando la década del 60, y hay otra que vive las limitaciones de nuestra época y lucha por un poco más de guiso, un poco más de pan, por mejorar la enseñanza, pero que es consciente de que eso no cambia la ley del sistema.

—Ésa sería la posición más extendida hoy en el país. No sé, creo yo.

—Ese es el punto de la izquierda hoy.

—Dar de comer. Pero no llegamos sólo para dar de comer.

—Claro que no llegamos sólo para dar de comer. Macanudo. Pero ¿sabés? Ése es un razonamiento del que come todos los días.

—Sí, puede ser. Es difícil pensar y filosofar si no comés primero. Esto ya lo dijeron los griegos.

—El pensar es un lujo para los pueblos.

—Sin embargo creo que fuiste vos mismo quien dijo alguna vez: “No llegamos acá solamente para dar de comer”.

—Sí, claro, puedo haber sido yo, pero ¿si no comemos primero quién puede sentarse bajo un árbol a tomar mate y pensar? Pensar es un lujo de los pueblos ahitos. Hay derechos que son los fundamentales del ser humano. No hay que perderlos.

—Y volviendo a tu relación con la gente. Hay algo que le importa mucho a la gente: el pasado.

—Sí, claro, pero la gente no da valor a ese pasado si te equivocaste.

—Eso, en definitiva, no importa.

—Vos querés decir que, ahora, la gente te da la razón, que piensa que tuviste razón... La gente no calcula hoy si tuviste o no razón. Te está apoyando ahora. No por lo de ayer, por lo de hoy. ¿Para qué le serviría a la gente lo de ayer?

—Para saber quién sos como persona.

—Ah, claro. Para decir no, no, estos locos son derechos, ponen la carne en la parrilla. Pusieron la carne en la parrilla, pusieron toda la carne en la parrilla. Ese pasado es pasaporte de credibilidad.

—Credibilidad, claro.

—Más que nada en un mundo donde la credibilidad está en crisis.

—Sí.

—La gente tiende hoy a no creer. ¿Y vos sabés una cosa? Si hay una constante, que la antropología muestra, es que el hombre necesita creer en algo. Necesitamos creer como necesitamos el pan. Podemos ver eso en cualquier grupo humano, sea cual sea el grado de civilización. Esa necesidad siempre está presente. Siempre estuvo presente. El hombre sale de la cueva, ve una piedra, ve un palo y ya está. Porque encontraste algo en qué creer. Es una cons-

tante humana. Está aquí, allá y más allá. Mires donde mires te encontrás con eso. Decime una cosa, ¿por qué sos hincha de Nacional o de Peñarol? Esa es la cosa más irracional que existe. ¿De quién sos hincha?

—*Aquí de Peñarol, en Argentina de Ferro. Si me preguntaras por qué buscaría una explicación, porque me gustaría tener un fundamento. Sólo por eso.*

—Ah sí, por encontrar encontrás. Y yo te creo, claro que te creo. Pero igual es lo más irracional que existe.

—*Y pensar que por esta irracionalidad han llegado a matar.*

—Ahí ya estamos pisando la locura. Pero 'ta, estamos llenos de esas cosas. Yo soy hincha de Cerro, ¿por qué? Por una cuestión de barrio, una cuestión sentimental. Pero dejate de joder, parece mentira. Es una cosa rarísima.

—*Estábamos hablando de por qué te siguen. Del porqué de ese apoyo tan masivo. Yo creo que hay algo que se valora mucho en tu pensamiento y en el pensamiento del MPP (5) del cual sos representante: la heterodoxia.*

—Ah sí. Es mucha la gente de izquierda que le da pelota a esa posibilidad de liberarse del catecismo, que termina ahogándolos. Yo creo que eso es un viejo patrimonio que nos pertenece. Una brutal libertad ideológica, que nosotros tenemos desde antes, y que, en su momento, se nos criticaba.

—*Sí, claro, son muchos los que están dispuestos a criticar eso. Sin embargo no recuerdo qué filósofo griego sostiene que "cuando todos piensan igual es porque nadie está pensando".*

—Nos criticaban porque un tupa decía esto y otro capaz que lo contrario. Nosotros, en el pasado, solíamos enroscarnos en cada discusión. Incluso en ámbitos públicos. Cada discusión que hacía

5 Movimiento de Participación Popular, liderado por José Mujica.

pensar en la antítesis de un partido, ¿entendés? Sí, en ese sentido medio anarcos ¿no? La verdad es que el Bebe era un hereje.

—*¿En qué sentido?*

—No creía en el análisis dialéctico, estaba peleado con Lenin. Fue el primero —en ese momento era militante socialista— que defendió a muerte y publicó acá en Uruguay a Rosa Luxemburgo.

—*No era de aceptar catecismos.*

—No, era heterodoxo. Fue a Cuba y se peleó con los cubanos. Bueno, nosotros practicamos siempre esa libertad de expresión.

—*Quiero preguntarte una cosa que tal vez por algún lado se engancha con esto. ¿Cómo entendés tú, que después de la enorme derrota que la guerrilla sufrió aquí y en Argentina, aquí todo haya resurgido —ustedes resurgieron— mientras al lado no resurgió nada: los montoneros y el ERP desaparecieron. ¿Qué pasó? ¿Pensás que la vuelta a la democracia fue allá diferente de la nuestra? ¿Qué pasó?*

—Yo creo que hubo cosas... Cuando nosotros salimos de la cárcel no perdimos un minuto, ya al día siguiente estábamos en los Conventuales discutiendo. Y enseguida vino la convocatoria a una conferencia donde marcamos una línea clara y posible.

—*Que podría titularse “Vamos a militar en la legalidad”.*

—Sí, militar abiertamente, recorrer el país con las mateadas donde se promovían las grandes discusiones. Pensábamos que esa era la manera más segura de meternos en la realidad y fue lo que hicimos. Además abrimos un local donde nos reuníamos, donde cualquiera llegaba, preguntaba, discutía y decía lo que tenía ganas de decir.

—*Yo creo que en Argentina a la salida pesaron mucho los muertos. Aunque, claro, había unos cuantos dirigentes que estaban vivos y ni siquiera habían caído.*

—Estaban vivos pero no se animaron, disimularon.

—*Para los dirigentes montoneros ¿qué era animarse después de haber mandado miles de gurises a la muerte y de rajarse con la plata?*

—Y bueno, allí tenés una diferencia que podemos tener en cuenta.

Lucía que está a pocos metros cocinando y se acerca a escuchar de tanto en tanto, interviene:

—La dirección tupamara estuvo toda presa en las más horribles condiciones. Eso era conocido por todos. Y cuando salimos con las mateadas la gente se acercaba con confianza. Todos estaban ahí. Vendíamos los documentos viejos y la gente se los llevaba, no me preguntes por qué.

—*¿Las 30 preguntas, por ejemplo?*

—Documentos internos, nuestros. Documento 1, Documento 2. Los vendíamos a 10 pesos porque había que imprimirlos y la gente los compraba y llevaba a la casa para leerlos. Se llevaban documentos con análisis obsoletos, de coyuntura, pero de cualquier modo con contenidos vigentes.

—*Pienso que lo que pesaba era la confianza. Podían equivocarse, pero jamás pensarían que el error era deliberado. Primaba la confianza. No sé, eso creo fue lo fundamental.*

—Sí, claro, no íbamos con cuatro guardaespaldas; íbamos así, como ellos. A veces nos relajaban. Había que bancarlo. Después de aquel período de mateadas hicimos un acto en un local que habíamos conseguido. Una casa tan berreta... La gente la miraba como si ahí hubiera habido un berretín (6), una cárcel del pueblo. Había como una mística. Aquellas cosas que en el pasado estaban

6 Escondite que, astutamente disimulado en paredes y pisos, usaban los tupamaros, donde se podían esconder desde una persona hasta documentos o armas.

en los diarios —cosas bastante irreales— ahora se podían ver y tocar. Estaban allí. Creo que esa mística que despertamos produjo efectos positivos. Se la vinculó con el contenido de lo que queríamos hacer. Aquellos que habían aparecido en las primeras crónicas policiales: Sendic, Fernández Huidobro, Marenales, Pepe, ahí estaban y eran iguales a todos. Tomaban mate como todos, comían asado...

—*Hablaban como cualquiera.*

—Hablaban como cualquiera. Y tenían un problema serio: conseguir una casa, un trabajo. Porque después de tantos años necesitaban reinsertarse.

—*Aunque volvieran a la política había que comer, tener una cama y un techo.*

—Son dos cosas, trabajar y militar. Para todos, estas cosas fueron evidentes. Nadie se había enriquecido con plata de ningún origen. Y aunque esa gente, que se iba acercando, no había vivido la cárcel, había acompañado el sufrimiento de la cárcel y el proceso de salida. Todo eso si no lo vivieron lo reconocieron. Desde afuera lo compartieron.

—*Y, finalmente, ¿por qué pasó lo que pasó en Argentina? ¿Los montoneros y el ERP, para vos, eran diferentes del MLN?*

—Eran diferentes —afirma Lucía—. El ERP era un movimiento altamente ideologizado. Yo creo que no comprendió la historia argentina. Yo, fraternalmente pienso eso desde afuera. Aunque no es bueno opinar de las realidades ajenas.

—*¿Y respecto a los montoneros?*

—Creo que estaban más pegados a la historia argentina. Yo viví acá, con dos montoneras que cayeron presas en Uruguay. Eran dos tipas macanudas y estábamos de acuerdo en todo. Solo discrepábamos con el tema del peronismo. Cuando llegábamos a ese asunto la discusión se cortaba. Desde el punto de vista humano sus valores eran altísimos. El día que logramos ayudarlas a salir para el

exterior, porque si volvían a Argentina iban a morir, les cantamos la marcha peronista, porque les reconocíamos su historia y su inserción en esa historia —dice Lucía y piensa un momento—. Pasaba algo curioso. Creo que a esta inserción ellos no le sacaron punta. No sé, la lógica de izquierda de otros países es difícil de juzgar desde afuera. Pero creo que por ahí va la diferencia.

—*¿Tú qué decís, Pepe?*

—Yo digo que estoy sintiendo un olorcito...

—*A quemado, ¿no?*

—A quemado.

Lucía corre hacia el fogón.

—Yo creo que en el fondo, pero muy en el fondo, hay una cosa que tiene que ver con las ideas, con el concepto de liberación nacional. Creo que este concepto, siempre presente en nuestro pensamiento, nos ha dado, entre otras cosas, libertad de cabeza, heterodoxia. Es importante el hondo convencimiento de que si bien no sabemos cuánto durará la lucha, sabemos cuán complicada es esta etapa en que debemos multiplicar los recursos materiales y culturales de la nación en la que estamos. Sabemos que en esta etapa debemos luchar honradamente por acompañar y dejarnos acompañar por un conjunto de gente y de fuerzas que no son necesariamente socialistas ni lo serán nunca, pero que son imprescindibles para esta etapa de liberación nacional.

—*Te referís a los empresarios.*

—Sí, a quienes no debemos usar sino tratar con respeto.

—*Claro que esa relación no es tan fácil. Ambos estarán detrás de cosas diferentes.*

—En un sentido diferentes. Pero claro, el empresario estará peleando por una cosa que yo no comparto desde el punto de vista fi-

losófico, pero que comparto desde otros puntos de vista. Él tiene la capacidad de gestionar, de hacer andar muchas cosas que...

—*Sin él no andarían.*

—Sí, no andarían. Yo sé que para muchos eso es bravo de atender y de entender. Muchos te van a querer cobrar esto, te van a acusar de estar abdicando.

—*Muchos le están cobrando a Lula y quisiera saber si los que le cobran tienen razón. Pero no sé.*

—Habría que conocer profundamente los problemas que tiene Lula que, seguramente, son muy diferentes de los nuestros. Yo creo que más importante que el discurso contestatario es lo que está en el campo de los valores y en la práctica de la vida. Lo importante es la fidelidad a los valores: cómo se vive, para qué se vive. Y la flexibilidad para encontrar formas de conciliación con aquellos que hoy permiten al país crecer y cambiar.

—*Dame algún nombre.*

—Fratti, por ejemplo. Un ganadero chico, un veterinario, que ahí está, peleando por multiplicar sus ovejas, que representa un sector de la sociedad y que necesita como el pan para pelear en la liguilla de este país. Alguien de quien no me puedo divorciar porque nosotros no sabemos manejar las ovejas como él, entre otras cosas. Mirá qué pavada. Si dejamos de entendernos mataré a mi gente de hambre. En este proceso de liberación y acumulación tenemos que caminar juntos, lo cual exige una gran sutileza, a veces difícil, pero si fracasamos en esta tarea, ¿cuál será el resultado? O me paso para el otro lado y abdicó de todo o me quedo sentado en el cordón de la vereda criticando todo, aislado. Ése es el dilema.

—*Tú hablaste muchas veces de la frecuente falta de coincidencia que se da entre el discurso de izquierda de algunos individuos y su vida.*

—Ocurre con frecuencia. Cuando hablé hace poco de ponerle

un tope a lo que íbamos a ganar los que estamos en el gobierno se armó.

—¿Estás hablando de diputados y senadores en las Cámaras?

—No, estoy hablando del Frente, de gente del Frente.

—¿En el Frente se armó?

—Sí, porque somos solidarios, pero no tanto.

—Y así nomás lo pongo.

—Así nomás.

—Hay otra cosa que preocupa a la gente. Ayer me encontré con un tipo de tu grupo que me pidió que te hiciera una pregunta. La mayoría de los mejores cuadros del Frente han sido promovidos hacia cargos en el gobierno. Él dice: "Esto es necesario, claro que es necesario. ¿Pero qué va a pasar ahora sin esa gente que se comunicaba con la gran masa de partidarios, de militantes? ¿Cómo se van a llenar esos vacíos que quedaron?". ¿Hay alguien que piense en este problema?

—Que yo sepa, no. No sé si hay alguien pensando en esos agujeros. Yo creo que los tendrá que llenar la vida. Pero es cierto... Ayer hablábamos con un compañero viejo que hay que apostar a los jóvenes para Uruguay.

—¿Cuando decís jóvenes en qué edad pensás? ¿De 40 años para abajo?

—De 40 no hay mucho. Pienso en 25, 30, hasta 35. Entre 40 y 50 hay pocones. Pero tenemos una gurisada universitaria macanuda, muy capaz a la que debemos abrirle paso. Mucha gurisada de origen científico que hay que incorporar. Más hombres de ciencia y menos abogados.

—Han pasado más de 50 años desde que empezaste a militar. Viviste todos los altibajos imaginables. Alegrías, esperanzas, fra-

casos, torturas, años en una soledad imposible de superar y otra vez la alegría, el éxito y el amor hasta de los enemigos. ¿Qué querías que dijeran de ti las generaciones futuras cuando te recuerden?

—Yo no quiero que me recuerden. Si pudiera elegir lo que quiero es que se olviden. Nada hay peor que la nostalgia. Andar creyendo en dioses muertos. A los muertos hay que enterrarlos y respetarlos una vez al año. Cuando hace fecha.

—Tú no podés decir eso. Te van a recordar igual.

—No se construye nada con los muertos. La gente tiene que vivir audazmente, para adelante. Hay que servir para abono y no para estorbo. Servir para abono significa mineralizarse, simplificarse, volverse algo útil. Perder el sentido de pertenencia. Lo importante no es que quede el nombre sino que algunas ideas sembradas, sin saber ni preguntarse de dónde vienen, sean tomadas como propias.

—Tú a veces te quejás de que pasó a un segundo plano la cuestión de los valores y la cuestión de la cultura. Son cosas que se perdieron en el camino. Que no supimos tomarlas del viejo movimiento anarquista, transformándolas en teoría.

—Es una cuestión central de las corrientes de izquierda que hace que me pregunte cómo puede la izquierda dejar afuera algo tan fundamental.

—No entiendo bien a qué te estás refiriendo.

—A la dignidad humana. Decíamos que con el socialismo nos llegaría, inevitablemente, el cambio del hombre, un hombre mejor, que poseería los indispensables valores. Aquellos valores que justifican y embellecen la vida en sociedad.

—En los hechos esto no se dio. Ya hablamos de los jóvenes rusos y las camisas Porex.

—Sí, habían pasado 30 años de la revolución pero... perdían el resuello por aquellas camisas. El hombre tiene que construir esos

valores. En 30 años tendrían que haberlos construido. Es doloroso pero no lo hicieron.

—*Tú pensás que se puede.*

—Creo que se puede, pero sobre todo pienso que hay que tratar. Cuando uno estudia un poco de antropología, se enfrenta con sociedades en las cuales sus miembros practican, con naturalidad, conductas que a nosotros nos horrorizan, mientras para ellos son lo adecuado.

—*Querés decir con esto que el hombre está capacitado para cambiar, que no está marcado por la eternidad. ¿En qué costumbres pensás?*

—Y, por ejemplo en que un esquimal comparte su mujer con alguien que lo visita. A nosotros nos parece una atrocidad, sin embargo eso forma parte de una cultura. Que un viejo se autoelimine cuando se transforma en una pesada carga para su familia, es brutal. Pero lo hacen porque esa costumbre es hija de su cultura. Entonces... —dice Pepe, y queda unos segundos apretando el puño—. Entonces, vamos a darle a la cultura el valor, el poder que tiene.

—*El valor y el poder para cambiar al hombre.*

—Sí, yo creo que ese fue un punto que quedó ahí, olvidado. Y creo que la izquierda tiene que dar una batalla para recuperar eso. Pero no para, simplemente, hacer un poco mejor lo que desde hace decenas de años venimos haciendo. No se trata de creer que luchar por la cultura significa, simplemente, luchar por el aumento del presupuesto de la Universidad. Se trata de una cosa mucho más seria. Se trata, para empezar, de dar una batalla en el terreno de las ideas. Ésta es la parte que, después de arreglar algunas cosas, quedaría pendiente a la izquierda.

—*Está muy claro que esta batalla no se arregla con más presupuesto. Lo que pretendés no es fácil, pero es emocionante que seas tú, un político, quien se proponga eso, lo cual está, en gene-*

ral, en el programa de los buenos sacerdotes, pertenezcan a la religión que pertenezcan. La verdad que me maravilla. ¿Después de este vergonzoso elogio, podría pedirte un empleo?

—Pedímelo y vas a ver cómo no te lo doy. Hoy estamos en la cultura consumista, en la cultura del McDonald's, en la de "hacé la tuya". Estas cosas están presentes en nuestra sociedad por todas partes.

—Según lo que decís habrá que empezar por una clara crítica a toda esta cultura.

—Eso no alcanza. Hoy la contracultura se reduce a la crítica. Con lo cual seguimos a leguas de lo esencial. Estamos en la sociedad del derroche, en definitiva derroche de la vida humana. Esa cultura de la que hablo conduciría no sólo a modificar los comportamientos del alma humana, sino también de cuestiones tecnológicas. Podríamos plantearnos fabricar bombitas de luz que duraran 10 años, vehículos que siguieran en buen estado a los 25. Sería una cultura que lleve a priorizar otros valores. Éste es, para mí, un fenómeno muy complejo que todavía no figura en la izquierda como tema.

—Sin embargo está apareciendo en algunos discursos del Frente.

—Sí, pero sólo como algo coyuntural. Las bombitas de bajo consumo que se aconsejan, en este momento tienen por finalidad disminuir el gasto de energía, en un período en que está faltando. En cuanto la energía sea suficiente las bombitas serán como siempre para usar y tirar. Y otra cosa. No debemos olvidar la gran aventura que es estar vivo. Una aventura no negociable. Yo creo que la izquierda tiene que entrar en esta discusión que tiene tintes filosóficos. Y creo más. Que no es posible hacer política si no hay una filosofía clara que le sirva de base.

—En definitiva, demostrado que el cambio de las relaciones de producción no se traduce necesariamente en cambios en la cultu-

ra, yo te pregunto: ¿cómo vamos hacia ese hombre "un poco mejor" del que hablás?

—A ese hombre se lo construye.

—*¿A partir de qué?*

—A partir de una cultura distinta, de una manera de vivir diferente.

—*¿Y cómo se implementa eso? No es fácil.*

—Claro que no es fácil, ¡qué va a ser fácil! Incluso te digo que no sé si es posible. Se puede fracasar en esto. Pero si renunciamos a esa aspiración no saldremos nunca del capitalismo. Haremos un largo camino con la creencia de que vamos al socialismo, pero de pronto veremos que lo que tenemos en frente sigue siendo el capitalismo. Eso ya pasó. Es difícil. No sabemos bien qué debemos hacer. Tenemos que ir probando, buscando caminos. Mirá, yo no tengo respuestas seguras. No las puedo tener. Para mí éste es el desafío central que la izquierda tiene por delante.

—*Cambiar al hombre.*

—Sí, cambiar al hombre. Podemos cambiar todo lo que nos rodea, la salud, la enseñanza, la comida, las diversiones, las casas. Pero si no cambiamos al hombre, si los valores siguen siendo los mismos...

—*Y si los ciudadanos pierden la cabeza por unas sencillas camisas Porex...*

—Al tiempo que tiran por la borda una cantidad de cosas valiosísimas.

—*¿Qué cosas considerarás que eran valiosísimas en la Unión Soviética?*

—Sabés, María Esther, cuando a la gente las cosas le caen de arriba, la gente no les da bola.

—Eso dicen los psicoanalistas cuando afirman que no es bueno trabajar gratis.

—De lo que me doy cuenta es que las sociedades que han solucionado los problemas básicos fueron capaces de tirar por la borda sin detenerse a pensarlo dos veces, cosas que tenían y eran valiosas. A la Unión Soviética se le puede criticar todo lo que vos quieras. Yo estaba en la primera fila para hacer críticas; pero nadie puede negar que el hombre y la mujer tenían las necesidades básicas, elementales, totalmente cubiertas.

—Salud, educación.

—Es una gloria tener esas cosas fundamentales aseguradas. Pero no le dieron valor ninguno y mandaron todo al demonio. Nadie se desangró por defender aquello.

—No pudieron separar lo malo de lo bueno, no supieron. Tomaron todo el paquete entero.

—Sí, sí, ya sé. Eso debe haber sido así. Pero qué confusión. Había cosas terribles, claro que las había. No definiendo eso. Lo triste es que junto con lo malo hicieron pelota a lo bueno.

—Hay un dicho, creo que judío: "Tirar el agua del baño con el niño adentro".

—Eso hicieron.

—¿Hasta dónde pensás que se puede contar con los uruguayos en este tema, con su modalidad, su carácter? Algo sobre el uruguayo nos dice el poema de Benedetti llamado "El cielo de cuando me jubile".

—Creo que contamos con fuerzas que son relativas y esto es parte de la condición humana. La gente vive buscando hacer la suya, y yo no critico que busque la suya; es humano. El problema son los límites, si son capaces o no de hacer algo por los demás. Esto dependerá mucho de la actitud que asuma la propia dirección política, que son quienes tienen la responsabilidad. Yo creo que la

gente da más o da menos según la fuerza que emane de la propia dirección política. Hay factores ahí que son muy difíciles de precisar y de medir.

—*Vamos a pensar en esa izquierda a la que se aspira para esta primera etapa. ¿Cuáles serían las cosas inmediatas a realizar, las imprescindibles? Comida, techo, salud...*

—Sancho, al final de la historia, es Quijote. Pero sólo al final. La masa del pueblo es Sancho. Por suerte es Sancho.

—*Jamás Sancho se hubiera unido a Quijote si no tuviera grandes coincidencias con él. Claro que hay algo de Quijote en Sancho.*

—Es que esa dualidad es parte de la constante humana. El hombre común y corriente es el que, en última instancia, nos puede dar fuerza política o no. Va a tender a razonar como Sancho y nos va a juzgar según le vaya a él en la feria. Pero nos quiere ver gobernando como Sancho en la ínsula, eso es lo que él apetece. Él aplica el sentido común a las cuestiones concretas.

—*¿Y cuándo mostrará él su otra parte, la de Quijote, que también está en él?*

—Después, después. Él, después, podrá dar ese paso. Pero cuidado, porque si lo pierdes en el camino no tendrá fuerza ninguna.

—*Entonces, volviendo a la renovación que pretende Rodrigo Arocena...*

—No, creo que no.

—*No todavía.*

—No existen condiciones, no hemos empinado todo el vaso.

—*Y ahora una pregunta personal. ¿Dejaste de fumar?*

—Esa adicción la abandoné.

—*Esa la abandonaste, la del poder no la tenés. Eso piensan los*

que te votaron, confían en vos como en Dios Padre.

—El poder es ilusorio, el cigarro es algo concreto. Te lleva a la tumba y es bien concreto.

—Es decir concreto, pero menos dañino que el poder.

—Sí, es algo concreto que no jode más que al que decide joderse. Es mucho más inocente que el poder.

Segundo encuentro en Rincón del Cerro

Domingo de Pascua

27 de marzo de 2005

Eran las 8 de la mañana de un domingo que parecía de verano, a pesar de que ya había empezado el otoño. Pensé que Pepe estaría alegre caminando entre sus plantas con ojos felices. Yo ya había visto, en nuestro primer encuentro, su aire sereno cada vez que mostraba las plantas y hablaba de sus costumbres. “Ahora es tiempo de semillar”, decía señalando una cantidad de inútiles yuyos. “Pero Pepe, son yuyos”. “Son yuyos que nos muestran cómo trabaja la naturaleza”. Eso había dicho con aire sabio hacía unos días. Pero hoy no estaba para diálogos sobre yuyos y ni siquiera sobre orquídeas. Se alejó, dio unas vueltas y terminó junto a la mesada preparando el mate hasta que se volvió. Parecía un poco enojado.

—*¿Qué pasa Pepe?*

—Este asunto de la gente en la calle. Pide y pide como si yo fuera un Rey Mago. Le he dedicado audiciones a este tema. Pero no paran.

—*¿Has hablado con claridad?*

—Sí, pero no me dan pelota, es como hablar con la pared. Así que he llegado a la conclusión de que hablar es inútil. Es más fuerte que...

—*Más fuerte que la vergüenza.*

—Es verdad que la gente en la sociedad, en todas las sociedades, siempre tiene necesidades de uno u otro tipo. Pero el modo de querer resolverlas en Uruguay es lo raro. Piensan en alguien que tiene importancia política y sobre él se lanzan. Piensan que él tiene la obligación de atenderlos y resolverles las cosas personalmente. Piensan que ésa es una parte de la función pública. Que el político está para eso.

—*Un servidor.*

—Un gestor público que la sociedad paga para que resuelva los problemas de los individuos. Esto explica lo mal que funciona nuestro Estado.

—*Eso viene de tan lejos. De principios del siglo pasado, del batllismo. ¿Qué te piden?*

—“Mire, yo debía 25 mil dólares al Banco República, pensaba pagarlos, pero sólo cobré 20. Quise que me los tomaran a cuenta y se negaron. ¿No puede interceder Pepe?” Hace unos días iba por la carretera y me para un tipo para pedirme por un pariente de está en el COMCAR y es inocente. “Pero yo no tengo nada que ver con la justicia”. “Sí, pero...”. Y así sigue.

—*¿Vos qué decís?*

—Les digo que es “misión imposible” y a veces se ofenden. Se enteran que estás en Canal 12 y te esperan en la puerta, te abrazan, te felicitan y ñácate, el pedido.

—*Tus predecesores de los partidos tradicionales sacaban una libretita, anotaban todo, y al entrar al auto, arrancaban la hoja y la tiraban. Asunto resuelto. De cualquier manera lo que a ti te alarma es el número.*

—Hay un momento que es desgastante. Pusimos un letrero en la portera, para impedirlo, pero lo saltan. Y eso que esta casa está a trasmano. Es lo que dice la murga en “El sueño americano”: todos tenemos que cambiar, ellos, nosotros.

—*Mirá, esto que te voy a preguntar es como un juego. Si pudieras por arte de magia, es decir, sin recurrir a un golpe de Estado, liquidar la oposición, ¿qué harías?*

—Volvería a inventarla al otro día.

—*Te parece que la oposición es imprescindible.*

—Absolutamente imprescindible porque en aquella afirmación de que el poder absoluto corrompe hay mucho de verdad. Yo creo que la administración del poder siempre va acompañada de un sentimiento de fragilidad, de inseguridad, de un temor a perderlo que puede llevar a cometer errores a quien lo ejerce. Nadie podrá controlar mejor a quien ejerce el poder que el opositor.

—*Alguna vez has dicho que el poder no existe. En esta misma entrevista tal vez.*

—En el sentido profundo del término creo que no existe. Lo que hay son aproximaciones, pero el poder como tal sólo está no sé si en las manos de Dios o de la naturaleza. Creo que en los hechos los hombres peleamos por algo que está siempre moviéndose. Acaso, a veces, conseguimos tocarle la cola mientras se aleja, mucho más creo que no.

—*Está tan demostrado que el poder deforma, que aunque la mayoría de quienes votaron al Frente creen que está fuera de esas posibilidades, yo me pregunto: ¿cómo pensás vos que es posible defenderse de esta enfermedad que ataca incluso a los mejores?*

—Yo creo que hay que cambiar, que renovar. Que lo peor que hay es el institucionalismo, la estratificación, la sedimentación.

—*¿Vivir en un cambio perpetuo, decís tú?*

—Creo que no se puede vivir en una ebullición permanente, lo que sí se puede es vivir en una política de retoque de lo institucional, de lo establecido, lo que implica un proceso constante de renovación. El problema está en que nos cuesta enormemente ver esa necesidad de cambio. Yo pienso que el gobierno también aburre y

tiende a castrar la capacidad creativa. Para que esto no ocurra es necesario apostar un poco a la aventura, apuntar con frescura de espíritu a la aventura. Pero no es fácil. No puede, el mismo sujeto, en el mismo lugar apostar a la aventura. Se hace conservador. Entonces, me parece que sin entrar en la locura de una ebullición sin tasa hay que ambientar una constante política de cambios.

—*En tu caso esto tendría que ver con el equipo de que ya hemos hablado.*

—Un equipo que debe funcionar mirando para abajo, abriéndose a los que vienen. Hasta el Juicio Final.

—*Eso también se compadece con el gran temor que expresa tu frase: “Es peor la burocracia que la burguesía”.*

—Ah sí, y lo peor es que el burocratismo está agazapado en todos nosotros. La burguesía en cambio puede crear. Mirá, hace unos días estuve en Iporá en el departamento de Tacuarembó.

—*¿Es un pueblito?*

—Es una especie de balneario inventado por la cabeza de un hombre. Era un gerente de banco quien de pronto, ante determinado paisaje —tres cerros pelados— soñó que se podía hacer una especie de estación residencial. Inventó unas represas, hizo unos lagos, plantó árboles. Toda una inversión. Pero económicamente no le dio para aguantar la mecha y se fundió. El municipio lo agarró y siguió adelante. Allí se había creado un lugar que daba pena perder, un lugar bellissimo. Que ahora tiene futuro. El que lo creó pensaba que una vez formado podría vender los terrenos. El tipo se fundió, pero el balneario quedó allí, a 5 kilómetros de Tacuarembó. Un balneario inventado.

—*Quería especular, pero también crear algo. Es verdad lo que decís de los burgueses y los burócratas. ¿Tendremos que terminar adorando a los burgueses?*

Pepe se ríe sin soltar el mate, diciendo no con la cabeza.

—Es curioso cómo el agua atrae al hombre. Lo que quedó allí es un lago gigantesco.

—*En algún momento tú has hablado de lo inédito de nuestra izquierda. ¿Qué cosas la diferencian de otras izquierdas?*

—La construcción del Frente Amplio (7) es una excepción en la historia de la izquierda mundial. La izquierda no acepta las diferencias. Cada agrupación de izquierda tiene definido hasta el color de los calzoncillos. Eso impide toda unión. Es casi imposible pensar que en otras partes se pueda conformar un sistema de alianzas que esté mucho más allá de las coyunturas electorales y que dure 30 años y que haya sido capaz de generar una cultura y hasta una tradición. Porque hay una masa no despreciable de gente que va para uno y otro lado pero que están ahí. Ése es un capital amortizado que no se va de allí. Eso no lo tiene la izquierda de ninguna otra parte. Es singular del Uruguay.

—*En el Frente hay un centro muy fuerte que no cambia de grupo a grupo. Las cosas que cambian no son las que están en el centro, las que constituyen... llamémosle el espíritu del Frente. Sería interesante saber por qué esto fue posible en Uruguay.*

—Voy a decir algo que sé que la izquierda no lo va a aceptar. Pero es lo que pienso. Al Frente lo posibilitó la historia cívica de Uruguay. Si querés analizar tenés que hacerte esta pregunta: ¿cómo los llamados partidos tradicionales consiguieron sobrevivir durante tanto tiempo?

—*Nacieron hace cerca de 200 años y ahí están.*

7 Para explicar de manera clara cómo está compuesto lo que al correr de este libro se ha llamado a veces Frente y a veces Frente Amplio serían necesarias unas seis o siete páginas que llevarían a un aburrimiento que el lector no merece y capaz que el autor tampoco. Simplificando, entonces, diremos simplemente que las agrupaciones nacionales reconocidas por el Frente ante la Corte Electoral en el período 2000-2005 son 34. Y una aclaración final: en los medios, cuando se habla del grupo político que el 31 de octubre de 2004 ganó las elecciones, se lo designa siempre, con paciencia ejemplar, Encuentro Progresista - Frente Amplio - Nueva Mayoría. Así es el nombre que adoptó el Frente Amplio después que se agregaron dos grupos de especial importancia en los últimos años.

—¿Cómo lograron sobrevivir tanto tiempo? Si los bajás más a tierra te vas a encontrar con esta maravilla: nunca fueron partidos en el sentido europeo. Siempre fueron frentes. Y fueron aprendiendo a vivir porque negociaron y conciliaron. Cuando se analiza su historia se descubre el macramé interno.

—*Que la izquierda criticó mucho.*

—Hicieron de la negociación interna una cultura.

—*Recuerdo que en los actos políticos de comienzos de los años 70 había siempre algún contra que gritaba "colcha de retazos". Recuerdo muy claramente una vez que se lo gritaron —a pesar de ser tan querido— a Mario Benedetti mientras hablaba en Rivera y Soca.*

—Somos sí, una colcha de retazos. Pero cómo abriga, cómo abriga. Lo importante es que con todos esos retazos se ha formado una unidad que está asegurada abajo. No arriba, abajo.

—*Según tú, ¿a partir de qué se creó esa unidad?*

—A partir de algo muy difícil de crear y que tiene que ver con una cultura y una tradición. Algunos bobos se sienten ofendidos cuando les dicen que son un partido tradicional. Para mí es un mérito llegar a la mayoría de edad. Somos un partido tradicional. Hay gente que llora con la bandera del Frente. Que siente al Frente misticamente. Ninguna organización está segura hasta que tiene eso. Es un capital, pero el racionalismo, el abuelo racionalista que este país lleva adentro siente esto como un pecado, cuando es, en verdad, lo que nos da fortaleza. Por eso creo que nuestra izquierda es muy singular. Aunque, claro, con enormes desafíos por delante. Enormes, como toda la izquierda en el mundo.

—*Cuánto más fácil era todo cuando el Frente estaba en la oposición, ¿no?*

—Ahora tiene que administrar el gobierno, lo que significa demostrar que no se prostituye y que cumple con los postulados que

son básicos en la izquierda: tendencia a la equidad y a la justicia social. Esto es esencial.

—*¿Qué pasaría en caso contrario?*

—En caso contrario, simplemente, dejaría de ser izquierda. Tenemos por delante un plan de emergencia. Capaz que se instrumenta mal, capaz que tiene fallas, porque es una cosa nueva, una cosa difícil. Pero eso no significa que tengamos que renunciar del concepto ni de la idea ni de la puntería.

—*No es sólo el plan de emergencia social el que puede fallar.*

—No. Tenemos por delante graves desafíos que tienen que ver con la creación de caminos alternativos. Desde el punto de vista estratégico, esto no es fácil.

Son las 11 de la mañana, el sol brilla y los perros —tres— se han alejado de la enramada ladrando. “Viene gente”, dice Mujica.

Lucía se acerca y dice que ha llegado un grupo de jóvenes que trae para Pepe un huevo de Pascua gigante. Pepe se levanta y se acerca al grupo que se ha detenido a unos 20 metros. El huevo brilla al sol mientras cada uno de los jóvenes abraza a Pepe y le dice cosas que Pepe confirma sonriendo. Diez minutos más tarde los jóvenes se despiden y Pepe vuelve. “¿Y el huevo?”. “No sé, se lo llevó Lucía. Yo no puedo comer chocolate. Pobrecitos, hicieron una colecta para comprar el huevo”.

—*Y no te pidieron nada.*

—No, nada.

—*La radio acaba de hablar del domador brasileño que fue pateado en la cabeza por un caballo. Está grave.*

—Y bueno, alguna tenían que ganar los caballos. No es así que se doman los caballos. Se doman conversando, intimando. Acariaciéndolos, sacándoles las cosquillas, amansándolos. En estos espectáculos de Semana de Turismo no se busca domar sino embra-

vecor al caballo. La verdadera doma es al contrario. Se mete al caballo en el corral y se le conversa, se le acaricia. Así se va acostumbrando a la intimidad con el hombre. Es recién después que se le monta y se le enseña el lenguaje de la rienda. Al principio bellaquea pero, en general, si todo lo anterior se hizo, sólo un poco.

—*Si bellaqueara sólo un poco no serviría para espectáculo.*

—Por eso el domador le clava las espuelas. Pero los caballos son individuos, tienen temperamento. No todos son iguales. Hay unos, a los que se llama reservados, que son prácticamente indomables aunque son mansos. Con una cuerda los llevás adonde querés. Pero no aceptan que nadie se les suba arriba. Esos son los elegidos para los espectáculos de doma. En esto fueron maestros los indios, que juntaban los pastos más ricos y se los daban en la boca con muchísima paciencia. Ellos lograban un grado de relación afectiva notable del caballo con el hombre.

—*Antes del huevo de Pascua y de tu speech sobre la doma de caballos estábamos hablando de esa pasión por perpetuarse y por resolver, sin dar participación a nadie, que se apodera de quienes ejercen el poder. Los uruguayos, por una serie de circunstancias largas de enumerar, vivimos siempre con una gran cercanía la vida argentina. ¿Cuáles son, según vos, las fundamentales diferencias entre estos dos países que, entre otras cosas, tienen que ver con la mayor frecuencia de las dictaduras allá?*

—Está claro que ambos venimos de la misma placenta, pero la evolución política y social nos hizo vivir circunstancias muy distintas. Creo que el proyecto liberal político en Uruguay logró un grado de afirmación que no logró en Argentina. Cuando utilizo en este caso la palabra “liberal” me estoy refiriendo a todo eso que significó —a principios del siglo XX— el período batllista que tanto tiene que ver con nuestra cultura y nuestra forma de ser.

—*¿No pensás que la separación de la Iglesia —a principios del siglo XX— fue fundamental?*

—La separación de la Iglesia, el papel que cumplió el Estado en muchos aspectos, paternalista es cierto, pero muy incorporado al modo de ser uruguayo. En Argentina la cosa fue un poco más complicada. Porque lo que acá desembocó en un Estado un poco clientelístico, allá fue desembocado. Fue muy larga la connivencia entre el justicialismo y el aparato del Estado. Larga y con un nivel tan evidente que terminó corrompiendo en gran medida las propias relaciones sociales a un grado que es impensable en Uruguay. Creo que la experiencia del radicalismo quedó amputada con la desaparición de Hipólito Yrigoyen. Yrigoyen fue un personaje notable. Pero no pudo mostrarlo. Representaba en alguna medida esa afirmación progresista y liberal que significó el batllismo de Don Pepe. Pero fue segado por el golpe de Estado y todo lo que pasó después en Argentina. Y más tarde tenemos la experiencia populista en una Argentina rica, con signos hipernacionalistas, que tuvo una incidencia de la gran puta y una desubicación de la izquierda, frente al fenómeno, que es de antología.

—*Nosotros tampoco estuvimos muy lúcidos; sólo veíamos lo negativo.*

—Sí, pero nosotros estábamos pésimamente informados de lo que pasaba en Argentina. La prensa uruguaya hizo un trabajo fino en ese sentido. Por otra parte no pesábamos allá. En cambio la izquierda argentina quedó mirando, asustada, el fenómeno que no logró entender y dejó en banda al pueblo argentino, empezando por el proletariado.

—*Que se agarró con uñas y dientes a Perón y a lo que este le ofrecía.*

—Claro. Perón tenía para repartir. Con una Argentina que salía rica de la guerra, el reparto era fácil. Así la izquierda quedó al costado de la vereda, ajena al pueblo, haciendo alianzas con la derecha, a veces con lo peor de la derecha.

—*¿Toda la izquierda?*

—Una parte importante de la izquierda.

—¿De quién hablás cuando decís “lo peor de la derecha”?

—Hablo de Braden.

—El embajador americano.

—Representante del imperialismo.

—¿Realmente la izquierda apoyó al imperialismo?

—Claro. Eran los años de la guerra. Éramos todos socios contra el nazismo, que era el enemigo común. Pero para el pueblo peronista, para las masas proletarias, zurdo fue sinónimo de traidor. Y eso quedó como una cultura.

—La palabra fue estigmatizada.

—Y yo creo que todavía lo es. Hay un prejuicio con eso.

—La palabra “zurdo”, en el Río de la Plata, sufre el peso de ese rechazo. Acá mismo resulta poco simpática. Como si zurdo no fuera sinónimo de izquierdista. Por otra parte, recuerdo que el Partido Comunista argentino nunca tuvo buena prensa en Uruguay. Victorio Codovilla, por ejemplo, era muy criticado. Acá, recuerdo, se reían un poco del partido argentino. Capaz que nuestro Partido Comunista no era mucho mejor.

—No, pienso que no, que era otra cosa.

—En un momento hablaste de la buena marcha que había realizado la izquierda en los últimos años en nuestro país y te preguntaste qué pasaría si la izquierda llegaba a ser gobierno. ¿Cuáles eran tus fantasmas en ese momento y cuáles son ahora si es que todavía existen?

—Es que la izquierda, cuando llega al gobierno, enfrenta otros desafíos. ¿Lo que va a hacer será simplemente convertirse, en última instancia, en un administrador tecnocrático de la crisis, un administrador de mayor categoría? ¿Respecto a la Universidad, se

tratará solamente de modernizar y retocar el sistema existente y nada más?

—*Mirá. Todos en el Frente querrían —estoy segura— hacer esto y aquello, pero ¿se puede? Ése es el problema, ¿se puede? ¿O para hacer esas cosas son necesarios capitales que no tenemos? A veces hay que conformarse con reformar ¿o no?*

—Sí, sí.

—*¿Entonces?*

—Yo creo que sí, pero yo no me planteo eso. Yo no lo discuto. Si no se puede todo de golpe, no se puede. Además si dijera lo contrario no sería coherente con lo que dije hace un momento. Pienso que la vida es un conjunto de reformas sucesivas que se extienden indefinidamente, que no se terminan nunca.

—*Reformas sucesivas...*

—¿Qué es una revolución sino una sucesión de reformas? Una revolución que se queda en los primeros puntos se queda en algo conservador. La revolución implica el cambio permanente; si no deja de ser revolución. Para mí la discusión sobre revolución o reforma me parece de una época que pasó. Creo que el problema no está ahí. El problema es si se va a cuestionar o no la base de la desigualdad. Te diría algo que puede incluso asustar. Para mí el último capítulo no es ni siquiera la propiedad. Es la explotación del hombre por el hombre. Lo que importa es si en su horizonte mítico se propone trabajar contra la explotación del hombre por el hombre o no se lo propone.

—*¿Eso es lo fundamental?*

—Para mí sí. Ésa es, para mí, la utopía estratégica. Que lo pueda lograr en el corto o en el largo plazo, es otra cosa. Qué camino lleva hacia allí, eso es discutible. Pero si hablamos del conjunto de reformas debemos saber que el rumbo debe ser la equidad.

—¿Qué querés decir exactamente cuando decís equidad?

—No pienso en una igualdad absoluta donde cada cual tiene 100 gramos, porque así no funcionan los hombres. Los hombres necesitan un margen de desigualdad. Y esto es algo inherente a su propia naturaleza.

—¿Necesitan un margen de desigualdad... que tendría que ver con qué?

—Es la desigualdad que surge de las capacidades y los esfuerzos diferentes. Cosas que, según creo, deben ser reconocidas y no tener ninguna relación con las que se obtienen a partir de explotar a otros hombres. Aquí debemos tener cuidado, éste es el gran desafío que hay en el horizonte. A veces se le enriedan los piolines a la izquierda.

—¿Por qué pensás que, en este caso, se le enriedan?

—Porque éstas son preguntas angustiosas, que no tienen respuesta. Y entonces prefieren no hacérselas. Cuando uno hace un negocio de buena fe, con un capitalista, con quien nos aliamos para algo concreto, muchos prefieren distraerse del hecho. No renuncian a la alianza pero prefieren no pensar ni analizar. Mientras hay otros que se hacen la pregunta, rehuyen la justificación y la necesidad de esta alianza y cortan toda posibilidad de aliarse con el capitalista. Aunque se trata de alianzas que sólo durarían mientras se avanza en el período en que, lentamente, se va produciendo la liberación nacional, rechazan la alianza. Éstas, yo creo, son dos formas infantiles de enfrentar el problema. Yo creo que ya basta, que no se puede más andar repartiendo de a 100 gramos. Creo que una sociedad que quiere caminar hacia el horizonte que nos proponemos tiene que ser una sociedad rica y culta. Que esto es imprescindible. No digo que riqueza y cultura alcanzan para crear una sociedad más equitativa. Pero, sin eso, nada. Para mí es un presupuesto básico. Por eso voy a hacer todas las alianzas que pueda, para crear ese marco material. A mí me derrotó la gente. Me derrotó y, por lo tanto, me enseñó.

—*¿Cómo la gente, qué gente?*

—Toda la gente. La gente de la izquierda. Te lo conté. Cuando plantée poner unos topes salariales se echaron para atrás. Porque son solidarios pero no tanto. Esto me enseñó que soy yo el que tiene que cambiar.

—*Partir de la base de que esa solidaridad que vos querés no existe al grado que la querés.*

—Es evidente. Sólo un puñado es capaz de hacerlo. No es el conjunto de la gente. Y no es bueno pedirle al conjunto de la gente lo que no puede dar. Por eso necesitamos una sociedad rica. No se puede repartir la miseria, racionar la miseria. La gente vive una enorme disconformidad. Y el esfuerzo toma un tono represivo. Te llenás de capataces y controles, es decir, multiplicás la burocracia. Creo que fue lo que pasó en última instancia.

—*¿Dónde?*

—En todas partes. La escasez obliga a un reparto muy controlado. ¿Y quién hace los repartos controlados? Los burócratas. La burocracia crece. Pero si conseguís organizar una sociedad rica, llena de posibilidades para todos, la historia sería otra.

—*Cuando en 1985 saliste y los compañeros te pidieron que hablaras en el Platense Patín Club dijiste: "Este pueblo se ha transformado mucho". Venías de pasar más de diez años encerrado. ¿Dónde veías esos cambios, en qué los veías, en qué los sentías?*

—En cosas.

—*¿En qué cosas? Acababas de salir.*

—Sí, pero ya había hablado con la gente, había andado por las calles hablando y mirando. Era otro Uruguay.

—*¿En qué te diste cuenta? A ver si me podés transmitir eso.*

—Había pasado la dictadura. La gente tenía una alegría inmensa y un tremendo, tremendo miedo. En cuanto escarbabas un poquito el miedo aparecía.

—*Por eso ganó el voto amarillo (8).*

—Sí, ganó por eso. La gente estaba dominada por el miedo. Nosotros lo percibimos y por eso después de una larga discusión interna decidimos militar en la legalidad. De lo contrario hubiéramos servido de pretexto.

—*Pretexto de la extrema derecha golpista.*

—Golpista pero derrotada. Derrotada pero ahí, al acecho. Nunca se sabe. Decidimos eso que, para alguna gente, la misma que salía de la cárcel, era prácticamente suicida. Temerario. Entonces pusimos la cara, abrimos locales, salimos por las calles. Y bueno... aquí están los resultados.

—*Fueron recompensados con el gobierno.*

—Otros disimularon, se cambiaron el nombre, escondieron su historia, abjuraron de sus ideas, tomaron el pasado como una aventura de pecados juveniles. Trataron de disimular su pasado, no lo asumieron. Y bueno, la gente no los perdonó en todo caso.

—*¿Tú pensás que el éxito de hoy quiere decir que el pasado fue aprobado?*

—No, eso sería muy estúpido. Tú misma lo dijiste hace unos días: el pasado sirve, simplemente, para confirmar una actitud moral. ¿Hubo errores? Hubo, pero no hubo cosas sucias. En realidad a la gente le importa el pasado, pero no puede vivir cultivando el pasado. Se vive para adelante. Ésa es una lección de vida que nos transmitió sin descanso el Bebe. De él la aprendimos.

—*¿Qué decía el Bebe?*

—Nosotros, los últimos días, cuando discutíamos, antes de salir de la cárcel, el Bebe insistía en que teníamos que salir con pro-

8 El 16 de abril de 1989 los uruguayos concurrieron a las urnas para decidir mediante un plebiscito si se juzgaba o no a los militares que habían actuado durante la dictadura. Dos colores señalaban las posiciones opuestas: verde para los que consideraban que era necesario juzgar y amarillo para los que apoyaban el olvido. Ganó el voto amarillo.

puestas políticas relacionadas con los problemas que tenía el país en esas circunstancias. Los compañeros, la mayoría, decían que eso era la total locura. Dijeron de todo.

—*Tú lo apoyabas.*

—Sí, claro, yo sí, claro. Él decía que la mejor manera de resolver nuestros problemas era salir para adelante, y no en esa tradición que tiene la izquierda de hacer autocrítica y autocrítica de la autocrítica. Algo con lo que terminás matándote. Su filosofía de vida era profundamente vital.

—*Eleuterio Fernández Huidobro estaba ahí, contigo, en tu misma posición.*

—Sí, nosotros salimos para adelante desde el primer momento.

—*Era también una manera indirecta de justificar todo lo que habían sufrido en la cárcel.*

—Sí, claro. De entrada planteamos el Frente Grande, que no salió, pero salió después, el Encuentro Progresista. Después, el tiempo que pasó, nos fue dando la razón.

—*Sabemos la importancia que para vos tienen los partidos tradicionales. En tus palabras suele verse el respeto que sentís por Aparicio Saravia y por José Batlle y Ordóñez.*

—Respeto tengo por los dos, pero no se puede dudar de que para la vida del país fue más importante Batlle por lo que dejó.

—*Jornada de 8 horas, separación entre la Iglesia y el Estado...*

—Sí, todo eso y mucho más. Don Pepe Batlle construyó un país por el impulso iluminista que le dio a la enseñanza de su época. Fue brutal. Él es el fundador de casi todas las facultades de ciencia que existen en este país. Hay una cantidad de cosas que hizo y una cantidad de cosas que quedaron sembradas para el futuro. Aunque no sería justo hablar sólo de él, sería mezquino reducir todo a una sola persona. Todo esto mucho tiene que ver con su tiempo.

—*Debe haber tenido gran importancia la prosperidad que vivía Uruguay a principios del siglo XX.*

—Era un tiempo fermental. Llegaban 40 mil inmigrantes por año. Uruguay era un país que bullía.

—*Llegaban obreros, campesinos y como en Argentina algunos anarquistas con ideas de avanzada que se hicieron famosos.*

—Sí, era gente que aportaba ideas. Y lo notable de Batlle es que fue en gran medida permeable a muchas de esas ideas. Y muy, muy audaz. Utilizó un partido que era más reaccionario que la gran puta para hacer estas cosas que eran tremendamente progresistas para su época.

—*¿Cómo conseguía mantenerse a pesar de todo? No era un dictador.*

—No, claro que no. La oposición, incluso dentro de su partido, era brutal. Pero la fue llevando. En cuanto a la separación de la Iglesia, contó a su favor con una parte de la oposición.

—*¿Querés decir que una parte de los blancos, mucho más católicos que los colorados, apoyaron?*

—Hubo blancos que lo apoyaron. Y si seguimos a Santos —presidente que pertenecía al Partido Colorado—, si lo seguimos para adelante, podremos ver las definidas corrientes anticlericales que sostenía él y muchos de quienes lo rodeaban.

—*Tú has dicho que Batlle y Ordóñez realizó el primer experimento socialdemócrata del país. No es poca cosa.*

—Porque no es poca cosa es que suelo decirlo. Y también hablo de algo que, cuando lo recuerdo, me sigue dando pena. Que todo se hizo sin haber hecho previamente la reforma agraria.

—*¿Pero podía venir antes la reforma agraria? ¿No se trata de una de las transformaciones que están en la utopía de la izquierda?*

—¡Pero no, claro que no! Grave error. El general Mac Arthur

llevó a cabo una reforma agraria en Japón. La reforma agraria no es una bandera socialista. Está entre las grandes conquistas de algunos países burgueses, los cuales han tenido, a partir de esta reforma, un envidiable desarrollo.

—¿Pepe Batlle no había pensado en nada de esto?

—Él pensó que el problema agrario podía resolverse por otras vías. Se equivocó. Cuando se dio cuenta y estaba dispuesto a reparar el error lo traicionó la salud. En un diálogo que —estando internado— él mantiene con Rodríguez Fabregat le dice: “Yo sé que usted anda mal con nosotros por la cuestión de la tierra. No se preocupe, ese problema vamos a enfrentarlo en cuanto me levante”. Ni siquiera salió del hospital. Allí murió. Después, veinticinco años más tarde, durante el gobierno de Luis Batlle Berres se aprobó el Instituto de Colonización, una ley que podía haber puesto en marcha todo este asunto de la tierra. Pero faltaba... ¿qué podía faltar?

—Medios, plata.

—Sí, eso mismo. Habían pasado los años de gran prosperidad. El Estado carecía de los medios que podrían haber puesto a esta ley en marcha. Se hizo alguna cosa, pero poco.

—Muchos de quienes apoyaban al Partido Colorado, en esta primera mitad del siglo pasado, hoy seguramente pertenecerían al Frente. Algo así, decís tú, en Mujica de Miguel Ángel Campodónico. Y está claro que no exagerás.

—No, no exagero. Si uno recuerda, por ejemplo, las discusiones de cuando se creó esta ley, hay que decirlo. Zabala Muniz en esas discusiones se refirió al problema sosteniendo que la tierra no debía ser privada, que debía estar en las manos de quienes la trabajaban. Es fuerte ¿no?

—Sí, claro. Pero además es lo que tú decís, que esas propuestas caían en un terreno proclive a cambios.

—Ni siquiera la separación de la Iglesia y el Estado fue demasiado complicada.

—*El hecho de que en 1907 se hubiera aprobado la ley de divorcio habla del poco poder que tenía en el país la Iglesia Católica.*

—Claro, y siguiendo a Don Pepe debemos recordar algo importantísimo, la creación de la Universidad Femenina, que abrió las puertas del conocimiento a las mujeres. Hay que ver las cosas que sobre esto dijo Zorrilla de San Martín, el poeta de la patria. No podía ser que las niñas fueran a estudiar y perdieran así las delicias del hogar. Hay que leerlo. Dice cosas tremendas.

—*Batlle fue un adelantado en muchísimas cosas. Cuando llevó a vivir con él, siendo Presidente, a una mujer casada, después que ella abandonó al marido...*

—Se la llevó antes de que ella solucionara sus problemas legales. Había que tener coraje. Hubo una parte de la sociedad que nunca se lo perdonó. Son muchas las cosas notables en el contexto de su época.

—*Tú, de Argentina, has valorizado mucho a Yrigoyen y, cuando hablás de Rosas, ningún rechazo.*

—El rechazo que me puede merecer Rosas es que, en última instancia, era porteño y por lo tanto su federalismo es un tanto hipócrita. En alguna medida te ponés a observar sus actuaciones y ves que siempre tira para Buenos Aires. De todas maneras, pienso que la historia argentina tiene un débito enorme con Rosas. La figura de Rosas sirvió para mantener una Argentina que se hacía pedazos.

—*¿En qué sentido?*

—En el sentido que lo digo, en el más literal. En lugar de un país iba a dividirse en tres, cuatro, cinco países. Y bueno, en ese momento de parto logró mantenerla unida durante 20 años y, en definitiva impedir su división. Para mí es un brillante político y pésimo militar. El problema con Rosas es, como te dije, que asentaba y concentraba su poder en Buenos Aires; entonces su federalismo estaba bastante mitigado, era realmente difícil creer en él. Al final es por esto que va a sucumbir, porque la contradicción con

Urquiza tiene mucho que ver con esto —dijo Pepe y sacándose la alpargata, amenazó a uno de los perros que se revolcaba feliz en un cantero de plantas carnosas, de color verde oscuro—.

—*¿Esos son cartuchos?*

—No, ésta es una planta finísima. No sabés lo que es esto. Este bicho es como si supiera, no la cambia por nada. Cuando hace calor, para dormir eso es lo que él quiere. La flor es parecida al cartucho, pero unas son rojas y otras blancas.

—*Sos un labrador Pepe.*

—Casi desde que nació. Te cuento otra cosa que hizo Rosas. Cuando llegó al gobierno, el banco que emitía el dinero lo manejaban ingleses. Rosas lo cerró, se quedó con las planchas y mandó a los ingleses a la mierda. Al embajador de su majestad británica le hacía comer amansadoras de 4, 5 horas. A algunos embajadores les contó que los patagones tenían rabo. Los ingleses habían sido derrotados en su intento de invasión. Él sacaba pecho y descontaba que sólo podrían ocupar el río, tirar algunos cañonazos. Y no mucho más. Las relaciones con los ingleses eran durísimas.

—*Sin embargo los ingleses se quedaron con las Malvinas.*

—Sí, se quedaron. Me preguntaste por Yrigoyen.

—*Porque varias veces te he oído hablar de él con verdadero entusiasmo. Contemporáneo de Pepe Batlle, con él lo comparás.*

—Fue un grande. Sí, en muchos sentidos se puede comparar con Batlle. Ambos surgieron en países hermanos que vivían etapas parecidas en cuanto a la emigración europea y en cuanto a lo que producían. Don Pepe Batlle fue, sin dudarlo, un grande, pero te digo una cosa: creo que Yrigoyen lo aventajaba en preparación. Que estaba muy armado intelectualmente. Lo digo pensando, sobre todo, en su actitud antiimperialista. Sus ideas en este punto eran claras, fuertes. Desgraciadamente fue barrido por el ejército.

—Hay fotos de su busto rodando por las calles de Buenos Aires. El ejército argentino fue siempre diferente del nuestro. Muy diferente. Provenía de la clase alta argentina y contaba bastante, con su apoyo. Yo creo que aquí el ejército nunca contó con el apoyo de nadie. Si examinamos las costumbres en ambas orillas veremos que aquí una madre podría enorgullecerse de que su hija se casara con un bancario, un jugador de fútbol o un escribano, no con un capitán del ejército. En Argentina el ejército siempre contó con otra imagen, otro apoyo y otro poder.

Tú considerarás de gran importancia lo que dejó Batlle y Ordóñez. Después de Artigas el hombre más importante decís, palabras más, palabras menos. ¿No hay críticas para ese período?

—Hay algo que es como una enfermedad en este país, y yo diría que viene de allí. Me refiero a esa actitud del uruguayo...

—Poco entusiasta frente al trabajo. Faltador...

—Sí, me refiero al atorrantismo. No sé si se puede decir así como lo digo, no quisiera ser superficial, pero creo que fueron consecuencia del paternalismo batllista, cosas que me gustaría ver erradicadas. Me refiero al amiguismo, al clientelismo.

—En esos albores del siglo, el paternalismo debe haber llegado como —disculpá la cursilería— una manta abrigadita en medio de la tormenta.

—Sí, claro, fue bueno en aquel momento, lo malo es que no fue desapareciendo sino arraigando, arraigando.

—Tú decís algo, que me pareció muy justo, en el libro de Miguel Ángel Campodónico: "No se puede tener una visión lastimosa del hombre".

—Lo que él necesita es oportunidad y promoción más que nada. Eso creo.

—Vos tenés un arraigo popular que no sé si estas generaciones de hoy habrán visto alguna vez. Tu manera de relacionarte con la

gente, tu simpatía. Políticamente sos un peso pesado. A ti te respetan no solamente tus partidarios, sino también tus enemigos políticos. Y esto no consigue explicarlo del todo ni tu simpatía ni tu inteligencia para hacer análisis políticos, ni tu estilo popular y campechano. Según tú, ¿qué será lo que produce ese efecto en quienes te conocen? ¿Lo pensaste alguna vez?

—No.

—*Conozco a alguien que fue comunista, que luego abandonó el partido y se pasó para el otro lado, y al único que escucha y dice “amén” es a vos. ¿Cómo es esto? ¿qué es lo que pasa? ¿qué es lo que transmitís?*

—No lo he pensado. Pero creo que la explicación es muy sencilla: vivo como digo y digo lo que pienso.

—*¿Vos conocés lo que le contestó el secretario de Ghandi a un periodista que le preguntó cómo hacía Ghandi para hablar sin leer y nunca se equivocaba. El secretario le respondió: “Porque dice lo que piensa y vive como dice”.*

—Claro, es eso. Para mí es eso. Fijate vos cómo se instrumentan hoy las campañas políticas. El asesor de imagen y la agencia de publicidad pasan a ser más importantes que el mensaje. Las mismas técnicas que se usan para vender pasta de dientes se aplican en la política.

—*Deciden el color de la corbata, el corte de pelo.*

—Yo creo que la gente instintivamente tiene como un rechazo a eso. Lo ve falluto. Entonces... no quiere decir que la gente esté de acuerdo con todo lo que yo digo y pienso, no. La gente tiene independencia, pero también un gran sentido de respeto. Dice: “Ojo, este loco es auténtico. Se equivoca, mete la pata. En esto no estoy de acuerdo y en aquello otro tampoco, pero este loco es auténtico”. La gente está podrida de chafalonías, de que le vendan el verso. Y de descubrir, al final, que todo es pura hipocresía. Para mí ahí está la respuesta a lo que vos preguntás. Esto se ve en los muchachos

que no creen un carajo en nada. Pero mirá las campañas electorales... ¿Cómo te explicás que nosotros votamos bien sin gastar un peso en televisión?

—¿No? ¿ni un peso?

—Ni un peso.

—*Es increíble.*

—¿Y sabés la carrada de guita que gastaron contra nosotros en televisión? Decididos a hundirnos, tiraron la casa por la ventana.

—*Vuelvo a insistir con tu poder de seducción, porque en este momento recuerdo tu discurso, tan a menudo pesimista. Muy pesimista. Nadie puede decir que animás a la alegría, al optimismo. "Bueno, vamos a ver si nuestros hijos podrán ver esto que queremos". "¿Cuántos años podrá llevarnos tal cosa?". ¿Cuáles son, según vos, las razones de que, a pesar de tus amargas predicciones, que vos digas lo que decís, la gente lo acepte?*

—La gente lo acepta porque lo sabe; la gente lo sabe, lo sabe.

—*Lo sabe... ¿Sabés que lo sabe?*

—Sí, señora, lo sabe. Yo pienso que la gente respeta lo que digo y lo acepta porque lo sabe, en el subconciente lo sabe. La gente sabe que no existe Mandrake. Que no hay milagros. A veces quiere aturdirse un poco, olvidarse. Pero reconoce. En el fondo, el grueso de la gente tiene más sentido común de lo que parece.

—*Sí, eso es así. Cuando uno pregunta por ahí, en los barrios, la gente dice que "no se puede esperar nada antes de dos años".*

—La madurez de la gente es brutal.

—*¿Has pensado en lo que pasará el día en que por cansancio o por lo que sea quieras apartarte? Algo ya dijiste, hablaste de la necesidad de que los jóvenes accedan.*

—Sí, claro, creo que todos nosotros, yo y los otros compañeros

viejos, debemos trabajar con la visión clara de impulsar gente nueva, que vaya subiendo. Pero, cuidado, bien lejos la petulancia de creer que nosotros les vamos a indicar cómo debe ser el rumbo. Cada generación tiene que ser dueña, por lo menos, de sus propios errores sin caer en los que cometieron otros. Eso sería una tremenda falta de originalidad.

—*Plagiar los errores de quienes estuvieron antes sería de verdad chato.*

—Libertad de conciencia; eso le debemos a las generaciones que van a venir.

—*De cualquier modo ya son muchos los que hablan del “mujiquismo”. Dicen que el mujiquismo sobrevivirá a Mujica.*

“¿Dicen eso?”, pregunta Lucía desde el otro extremo, evidentemente tentada, mirando a Pepe, quien le responde con un gesto escéptico.

—Mirá, en el fondo no creo que podamos hablar de ideología.

—*No, la tuya es más que una ideología; es una posición frente a la vida, yo diría que es una filosofía.*

—Eso creo. Pienso que una de las chaturas más grandes que sufre la política contemporánea es haber renunciado al campo de la filosofía. Todo se ha transformado en un recetario insoportable. Insoportable. Se discute del PBI y del déficit fiscal y se olvida que para la gente los momentos más trascendentes son los velorios, los casamientos y la llegada de los gurises. ¿A quién le puede interesar el déficit fiscal que es una cosa aburridísima?

—*Siempre que se habla de lo inédito de nuestra izquierda tú hacés referencia a la historia de Uruguay.*

—Esa referencia es inevitable. Nuestra izquierda está fuertemente vinculada al pasado, aunque muchos no quieran admitirlo.

¿Cuántas décadas criticamos la Ley de Lemas? (9) Sin embargo, después la utilizamos a favor. Somos hijos de esa cultura, y pudimos ir creando esta maravilla porque creamos una tradición. Porque el Frente ahora es una tradición. A mí no me ofende cuando dicen que somos un partido tradicional. Claro que sí. Ya hay dos o tres generaciones de frentistas. Y esos que afirman que antes que nada son frentistas...

—¿Te referís a los que dicen “antes que del MPP o de los socialistas o de la Vertiente, soy frentista”?

—Sí, me refiero a los que primero son del Frente y después de su grupo concreto. Esos son los que garantizan la unidad. La unidad está abajo y no arriba, lo probó la historia. Hace poco me entrevistó un periodista argentino. No sabés la preocupación con que me preguntaba: “Pero... tantas organizaciones juntas... Son una cantidad enorme. ¿Usted piensa que les será posible gobernar?”.

—¿Por qué pensás que de afuera cuesta entender?

—En el caso argentino pienso que están pesando las muchas frustraciones sufridas a partir de alianzas electorales realizadas en una coyuntura momentánea que rápidamente se desvanecieron. Nuestro frente es el resultado de un largo proceso.

—*Mérito de grupos de izquierda capaces de renunciar a algunas cosas. Sin renunciaciones no hubiera salido.*

—El mérito no es sólo de la izquierda. Hay una herencia cultural. Somos hijos de nuestra propia historia. Cerró los ojos y pensó: ¿qué tenía que ver Manini Ríos con Don José Batlle y Ordóñez? (10)

9 La Ley de Lemas alude a la legislación electoral uruguaya, caracterizada, entre otras cosas, por el doble voto simultáneo que permitía a los electores votar al mismo tiempo por un partido y por uno de los candidatos que se presentaban bajo el lema de ese partido.

10 Manini Ríos (1909-1990): Lideró la fracción más conservadora del Partido Colorado conocida como riverismo. Este sector siguió votando dentro del lema del Partido Colorado, pero en el Parlamento acompañó a los grupos del Partido Nacional. José Batlle y Ordóñez (1856-1929): Dos veces Presidente de la República (1903-1907 y 1911-1915), se lo considera como realizador del primer experimento socialdemócrata del país.

—*Casi nada.*

—¿Y Carlos Quijano con Luis Alberto de Herrera? (11)

Toda nuestra historia está jalonada con esas contradicciones. Contradicciones que funcionaron. Hemos tenido tipos notables. Bernardo Prudencio Berro, por ejemplo.

—*Lo conozco poco, ¿qué hizo?*

—Fue el primero que se preocupó por el peón rural, por la esclavitud. Un hombre que tenía una visión clara de lo que eran las potencias imperiales y que definió cosas como ésta: “Nosotros hemos hecho la Constitución, ahora hay que hacer el país”.

—*Eso es genial. Estaba muy orgulloso con las leyes, pero sabía que la vida pasaba por otro lado.*

—Y bueno, el Frente Amplio es un instrumento maravilloso, hijo de la historia y la cultura uruguayas. Hasta las palabras usadas para nombrarlo son las adecuadas. Con la palabra “Frente” se reconoce la diferencia. Con la palabra “Amplio” la necesidad de un horizonte, y una horizontalidad sin prejuicios.

—*¿En qué sentido sin prejuicios?*

—Hay un pecado frecuente en la gente de izquierda. El ser de izquierda suele determinar una suerte de elitismo.

—*¿A vos te parece?*

—Sí, sí, me parece. Me parece que hay un elitismo clasista muy fácil de ver.

—*¿Y eso no vendrá de la segregación que sufrió la izquierda durante años y años? El orgullo es casi la única manera de con-*

11. Luis Alberto de Herrera (1873-1959): Político conservador, líder del Partido Nacional, se opuso a las reformas impulsadas por Batlle y Ordóñez. Vinculado a los ganaderos, nunca perdió su proyección popular. **Carlos Quijano** (1900-1984): Pensador independiente, fundador del semanario *Marcha*, sus posiciones siempre fueron muy cercanas a la izquierda. Se lo considera el impulsor de una generación a la que se llama Generación de Marcha.

tradecir la segregación. ¿Qué decían los negros en Estados Unidos? "We are beautiful".

—Sí, sí, creo que viene de ahí. Pero mirá que yo veo esos errores con simpatía. Son nuestros errores, no de otros. Pero bueno, toda esta renovación tal vez implique cambios. Por todas partes hay cambios. Hay cambios en la ciencia que tendremos que ir incorporando. Quisiera tener tiempo para estudiar antropología, pero no tengo.

—Pero tenés bastante armado el grupo que te acompañará en el Ministerio. Según tengo oído el subsecretario es excelente.

—Es un viejo compañero, excelente sí. Pero no es sólo él. Tengo además un conjunto de jóvenes notables.

—Casi todos científicos.

—La mayoría. Son como 20. Pienso dejarles el Ministerio a ellos cuando se...

—¿Lo digo esto?

—Decilo sí. En esto hay que actuar como los yuyos. En política hay que reproducirse como se reproducen los yuyos. La ley de la muerte es inexorable, la manera de enfrentarla es a partir del amor. El amor, en política, es cuidar que otros queden levantando las banderas. Eso se puede dar espontáneamente y se puede resolver de manera deliberada. Pensando que, sea como sea, la muerte siempre nos gana la partida, organicemos bien lo que es inevitable.

—No es tan fácil que la gente se decida a trabajar para su sucesión.

—No, no es fácil. Los que trabajan son pocos.

—Sin embargo estoy cansada de oír ese principio en el Frente: "Los jefes no pueden ser insustituibles", "Hay que formar a quienes puedan suceder a los que están hoy" y etcétera.

—Eso lo dicen todas las organizaciones de izquierda. Lo dice

la condición humana. Pero la vida humana crea jefes.

—*Jefes que se resisten a ceder el lugar.*

—Claro, porque estamos educados en sociedades jerárquicas. Pero, además, la conducta humana tiende a concentrar, no en programas, sino en figuras. Entonces crea dioses míticos, coyunturales. San Tabaré, San Pepe ¿no? El problema es cuando “San” se lo cree. Ése es el peligro. El mejor dirigente no es el que hace más, es el que deja una barra que lo suplanta con ventaja. Yo lo tengo que hacer en el Ministerio. Estoy absorbido por muchos problemas concretos, pero lo que tengo que hacer es una mesa redonda, que funcione al pelo, de tipos valiosos. Y despuésirme al carajo. Porque si no voy a estar estorbando. Hay un problema de etapas. Un arbolito que nace debajo de un árbol se cría bien, protegido, mientras el otro no es muy grande. Pero si el mayor empieza a llevarle mucha ventaja, no se criará bien, porque no va a tener luz suficiente.

—*En el libro que hiciste con Rodrigo Arocena hablan de que, a menudo, se critica al hombre, en lugar de criticar las ideas.*

—Sí, frecuentemente le salimos al jugador en vez de salirle a la pelota. Hay que tener cuidado con eso, porque entonces le pegamos a la canilla.

—*Tú insistís muy a menudo con la modificación de comportamientos antes que ninguna otra cosa. Quiere decir que tú no pensás que los comportamientos se modifican cuando se modifican las relaciones de producción.*

—Aquí creo lo que decía la murga. Si no cambiás la cabeza no cambia nada. Nosotros durante nuestra juventud —no me refiero al MLN, me refiero a todas las izquierdas— sobrevalorábamos las relaciones materiales. Creíamos que los cambios en las relaciones de propiedad y producción iban a determinar cambios en la conducta humana. Y esto no es así. De nada valen los cambios en las relaciones de producción, no es a partir de estos cambios que se producen los cambios en la cultura.

—*Yo no puedo decir quién tiene razón, pero recuerdo que eso es lo que decía el catecismo de la izquierda, que nadie se atrevía a discutir.*

—Sí, son muchas las cosas sobre las que he cambiado mi visión. Hoy creo que el poder está más en la gestión que en la propiedad. Creo que es en la gestión y no en la propiedad donde se genera el poder. Pero la capacidad de gestionar exige, atrás, una formación que escasea. De ahí el disparate que ponemos a rodar cuando hablamos de poder popular. ¿De qué poder popular podemos hablar si vemos cómo lo popular está teñido de cosas que son un verdadero desastre? ¿Cuántos hay que ganan 5.000 y cobran 300?

—*Tú decís que eso tiene que ver con la incapacidad para manejarse.*

—¿Cómo podemos hablar de poder popular cuando los individuos no tienen la capacidad para organizar su vida de manera de tener un poco de seguridad? Si sólo cobra 300 es porque está hipotecado hasta las manijas. Y esto es la consecuencia de su incapacidad de gestión, de su total incapacidad para distribuir de manera racional ese poco que tiene.

—*Tú pensás que esto tiene sus raíces en la falta de cultura.*

—¿Y dónde si no? Todo me conduce al mismo lugar. No hay progreso, no hay nada sin formación, sin cultura. Sin cultura todo va quedando por el camino. Hasta los principios.

—*Tú contaste, creo que en la radio, sobre una vez, hace años, en que se había organizado una central de trabajadores, uno de cuyos postulados era “no a las horas extras”.*

—Sí, hablé de eso. Andá a decir ahora “no a las horas extras”. Te matan, es seguro que te matan. Aquel era un grito a la libertad “No a las horas extras” significaba que había que defender el tiempo de vivir. Y se defendía. ¿Quién plantea, ahora, volver a las 8 horas? Sería casi una revolución. Ni hablar. En Francia inventaron la jornada de 6 horas y la gente se busca dos trabajos.

—*Hay más interés en comprar cosas que en tener tiempo libre.*

—Cambiar la heladera, el teléfono, la cocina. Funcionan pero es igual, mejor cambiar todo.

—*¿Cuáles son para vos las cosas que más fallaron en los socialismos reales? ¿Cuáles serían las fallas más evidentes, esas que no dan ni para discutir?*

—Primero, creo que hay notables diferencias entre unos socialismos y otros.

—*Sin embargo creo que hay algo que fracasó y es común a todos.*

—Sí, tal vez hay algo. Creo que es enorme la dificultad para que la organización política que nace no se perpetúe como un poder en sí mismo y para sí mismo. Creo que el problema fundamental son las deformaciones burocráticas, siempre a la orden del día. Por eso pienso que la gran docencia que hay que plantearse hacia el futuro es sobre esto. Con lo cual no quiero decir que las burocracias y las tendencias burocráticas sean meramente un problema del socialismo real. La burocracia surge hasta en un cuadro de fútbol. En las empresas particulares, en todos lados. Es una condición humana, frente a la cual hay que estar celosamente en guardia.

—*Cuando hablamos de burocracia nos referimos concretamente a quienes ocupan los puestos de mando.*

—Sí, a los que cuando ocupan los puestos de mando les aparece esa tendencia a administrar el poder en beneficio propio, ya sea trabajando lo mínimo o nada, pero simulando trabajar, transmitiendo la falsa imagen de que se es insustituible. Yo pienso que éste es un problema que ha carcomido todas las experiencias. Y vuelvo a algo que ya te dije, que me gustaría estudiar antropología y te digo por qué. Porque yo veo esto como una constante en el hombre. Lo veo por todas partes. En la vieja Mesopotamia, en Bagdad, vemos el origen de los ejércitos profesionales cuya finalidad era cobrar los impuestos a los campesinos, los impuestos con que se mante-

nía el Estado. Pues bien, estos milicos también se convirtieron en burócratas.

—*Pero estás hablando de hace más de tres mil años.*

—Sí, claro. Pero ya ves desde cuándo vienen los burócratas. En el fondo la burocracia termina siendo peor que la burguesía. La burguesía explota pero arriesga, y se pone, cuando no está deformada. Hay formas parásitas de la burguesía, nocivamente parásitas, pero por lo menos en su etapa fundacional tiene sentido del trabajo y del riesgo. Apuesta y se expone. El burócrata no arriesga nada.

—*Tú pensás que éste es un problema que no perdonó a ninguno de los países socialistas.*

—Creo que, hiperdesarrollado en los países socialistas, terminó con tal carácter de parasitismo que hipotecó los otros logros y divorció a la gente común de la gente de la dirección. Esto es lo único capaz de explicar el derrumbe de algo como la Unión Soviética. ¿Cómo se puede entender que la Unión Soviética se haya venido abajo sin la menor reacción popular? ¿Sin la más mínima oposición del pueblo?

—*¿Esa conducta se vería explicada, según tú, por la separación abismal entre gobernantes y gobernados?*

—Claro. Examinando los hechos se comprueba que sólo esto puede explicar un fenómeno de tamaño magnitud. Se habló del trabajo de zapa de los servicios enemigos. No, no, nada de eso. El pueblo veía a los gobernantes como algo ajeno. Hay algo curioso. Son muchísimos, entre nosotros, los que pasan por el costado del problema sin verlo. Como si fuera algo secundario.

—*El dedo de Dios.*

—Yo creo que tenemos piedad de nosotros mismos. Creo que nos duele demasiado asumir esta verdad.

—*¿Cuáles fueron las consecuencias de este fenómeno en quienes apoyaban al socialismo?*

—Muchos reconocen lo que ocurrió, pero se pasaron a la otra vereda. Yo creo que son críticas que debemos asumir. No para escupir el asado. No, por ese camino no llegaremos nunca al asado. Debemos luchar por ese asado, asumiendo que los problemas no son de otros, problemas externos, no. Son problemas nuestros, de todos. No hay que olvidar eso.

—*¿En qué te quedaste pensando?*

—En un sello.

—*¿Cómo en un sello?*

—En un sello mágico con el que imprimen los papeles donde constan los permisos para exportar. Tac, tac, tac. Si está todo sellado podés exportar. Si falta el sello, no. Ay, mi Dios, qué poderoso es quien tiene ese sello en el bolsillo.

—*¿Cómo ves uno de los más graves problemas que debe enfrentar el gobierno del Frente, la deuda?*

—Bueno... esto tiene etapas. Yo creo que hay un conjunto de instituciones que se fundaron a fines de la Segunda Guerra Mundial, que tienen que ver con la visión autocrítica de lo que había pasado, de lo que había desatado esta guerra. Y donde ya se veían puntos de lo que se irá llamando globalización. En ese momento pretendieron establecer una especie de orden económico, que fuera relativamente mantenible. Sin mayores crisis y que permitiera un avance a todos. La derecha también sueña. También sueña.

—*Allí Keynes se fue al demonio.*

—Sí, allí fue derrotado.

—*¿Qué hacemos, entonces, con estas instituciones que amargan nuestras vidas?*

—De momento no podemos cambiarlas. Podemos sí cambiar

nuestra conducta frente a ellas. Nos venimos viejos gritando contra el FMI. No ha servido de mucho.

—*¿Entonces?*

—Para qué le vamos a pedir prestado. El problema no es el Fondo, el problema somos nosotros. Nunca nos pusieron una cañonera que nos obligara a pedirles. Somos nosotros que empezamos a vivir permanentemente luchando, para deber cada vez más. Entonces, hay una responsabilidad de ellos por prestarnos, pero hay una nuestra por ir a pedir. La cosa es que a ningún gobierno le da la cara para decir “no pido más prestado”, porque quiere hacer cosas durante el período que le toca gobernar.

—*Pide y se justifica a sí mismo diciendo “pido para hacer”.*

—Sí, pide para hacer, hoy, sin pensar que acaba de tirarle la pelota a la generación que viene. Y ése es el proceso en que estamos. Entonces, hay responsabilidad del Fondo, pero hay responsabilidad nuestra. Esto que te estoy diciendo no te lo va a decir ningún compañero. Soy absolutamente consciente de que en esto estoy en total soledad.

—*Sobre el tema sólo decís una cosa: “No hay que pedir”.*

—No hay que pedir, hay que aprender a vivir con lo que tenemos. Pero eso es durísimo.

—*Eso es durísimo, pero lo otro tiene un costo muy alto.*

—Tan alto que lo mejor es disimularlo.

—*Este tema te enfurece un poco. Te salen chispas de los ojos.*

—Me alcanzaría si me dijeran: “Ése es el camino, pero no podemos”.

—*Aunque no te sirva de mucho yo te lo digo: tenés razón.*

—Aunque tal como decís no sirve de mucho, gracias.

—*Ahora estamos pidiendo.*
—*Se está haciendo calesita.*

—*Sí, porque no se está pidiendo para hacer cosas nuevas.*

—Un momento, yo acompaño un endeudamiento si me dicen “vamos a hacer una central”, “vamos a hacer una gran fuente de trabajo”, “vamos a hacer una inversión tan productiva que...”. Ahí apoyo porque generaremos un producto que pagará la inversión con creces. Pero la mayor parte de nuestro endeudamiento ha sido para consumir más, en realidad para manejar el déficit fiscal, tirando la pelota para adelante a fin de mejorar las cuentas, simulando que pagamos, mientras en la libreta nos siguen apuntando más y más números.

—*Lo peor es que no se hizo nada o se hizo muy poco con lo que se pidió y ahora estamos en un brete ya que sólo podemos pedir para pagar. ¡Qué difícil zafar de esto!*

—Claro, es difícil zafar del brete en que estamos. Pero si yo tomo la decisión de no pedirles más prestado el problema deja de ser nuestro y empieza a ser de ellos.

—*Para eso tendríamos que ser muchos, Uruguay solo no puede.*
—Claro que solo no puede.

—*Puede si se nos juntan Argentina y Brasil. Pero Lula no parece dispuesto. Néstor Kirchner sí, por lo menos en el discurso.*

—No, no, Kirchner logró un ahorro importante. Y padeció una soledad de la gran puta. Ningún otro país en esa circunstancia le dio apoyo. No hubo ni siquiera una declaración diplomática de solidaridad con el gobierno argentino.

—*Qué vamos a hacer. Si pensamos en el querido Keynes, aumentar la demanda por la vía del gasto público. ¿Pero cómo podemos aumentar la demanda a partir del gasto público si el país tiene que ahorrar peso tras peso para pagar a los acreedores?*

Roosevelt sacó a Estados Unidos de la crisis poniendo a la gente a hacer pozos que luego se rellenaban. ¿Tú apoyarías una vuelta a Keynes? Si es que se encuentra la manera, claro.

—Yo apoyaría. El neoliberalismo es responsable de crisis monumentales. Son monumentales los capitales que se han destruido a partir del neoliberalismo. No me sorprendería nada que las teorías keynesianas reaparecieran. Y que el mercado sea arrojado fuera del altar en que el neoliberalismo lo ha colocado.

—¿Cuál creés que sería —de volver a John Keynes— la reacción de nuestros acreedores? ¿Tú creés que apoyarán su resurrección después de cerca de 50 años?

—Es muy posible que no sólo la apoyen sino que la promuevan. Las pérdidas producidas en las últimas grandes crisis han sido monumentales. Todo tiene un tamaño colosal. Aquí y allá vemos cosas que son imposibles de recuperar. Creo que Japón está hoy frenado a causa de las especulaciones inmobiliarias que, infladas hasta lo más alto, se desinflaron luego. Hoy Japón está frenado. Y Rusia. Ambos víctimas del neoliberalismo.

—¿Pensás entonces que el Frente podrá hacer algo por el lado de Keynes?

—Yo creo que sí, que va a tener que hacerlo. Mejorar algunos salarios y tender una mano a los excluidos. En cuanto estos grupos mejoran, lo que hacen es comer más, o mejor. El dinero se transforma de inmediato en alimentos.

—Lo cual empieza a mover la economía.

—Eso tiene un gran poder de encadenamiento sobre la economía.

—Tú contás, en el libro de Mario Mazzeo, que cuando en Cuba aumentaron 25 centavos a 700 mil cañeros, hubo un cambio inmediato. Recuerdo una frase tuya que hacía reír: “La consecuencia la pagaron las pobres vacas”.

—Lo importante de esta política es que no sólo atiende a lo

económico, sino también a lo humano.

—*Pensando en la ayuda que se está organizando para los indigentes, te pregunto si la considerarás una forma de caridad.*

—Cuando pensamos en quienes están viviendo en la indigencia no estamos pensando en caridad. No, claro que no. Lo que se dé tendrá que ser la contrapartida de un trabajo.

—*Recuerdo aquella frase que determinó alguna conducta en la adolescencia: “No a la caridad porque retrasa la revolución”.*

—Sí, nada, pero los fundamentos son otros. (12)

—*Hay dos cosas que no puedo dejar de preguntarte. En las épocas en que los tupamaros actuaron hubo hechos que resultaron difíciles de entender para quienes los veían actuar y les tenían simpatía. Me refiero a la muerte de los cuatro soldados que tomaban mate en un jeep, a la puerta de la casa del general Florencio Gravina y a la muerte del peón rural Pascasio Báez (13). Hablo de esos dos hechos porque son los únicos que según mis recuerdos produjeron un rechazo muy generalizado.*

—En cuanto a los soldados te diré que siempre se habló de una acción cometida en frío, con el fin de dar muerte a los soldados. Nada que ver con la verdad; se trató de una acción de guerra, de un real enfrentamiento en que se tiró de los dos lados. Así fue que esos soldados murieron. Los cuatro soldados.

12 Del libro de Mario Mazzeo *Charlando con Pepe Mujica*, p. 86 (Ediciones Trilce) reproducimos el siguiente diálogo: “Mazzeo: Te diré que entre los más jodidos hay una gran modestia de aspiraciones, la avidez viene más tarde. Mujica: Sí, ésa es una característica. Es más, te digo que por ese lado va la línea inteligente en la economía y también en la política. Juan Manuel de Rosas le escribió una carta a su mujer, desde el desierto, donde le decía “Porque verás de cuánto es capaz la fidelidad de los humildes” y esos humildes hicieron la primera huelga general de América Latina en Barracas. Mirá lo que ocurre con Chávez, lo que pasó cuando el golpe. Éste es también un método para ganar a las masas y reivindicarlo. Mazzeo: Para nombrar este tipo de política, en las gargantas neoliberales surge el término populismo. Mujica: Ya me tienen harto. Si esto es ser populista, somos”.

13 Testigo involuntario de la existencia de una tatuñera, Pascasio Báez fue ejecutado después de una larga y dramática discusión.

—*La prensa dijo que habían sido muertos mientras tomaban mate, en el jeep, envueltos en ponchos, para defenderse del frío de la madrugada.*

—Ocurrido el enfrentamiento, los servicios de inteligencia al mando del coronel Tróbal organizaron un escenario donde se modificaron los hechos. Se sacaron fotos muy impresionantes en las que aparecían el jeep y el termo. Todo el mundo se convenció de que las cosas habían pasado como las relataban. Nada de eso era verdad. ¿Es posible creer que quienes tenían que cuidar la casa del Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas podían estar en la puerta, metidos en un jeep, todos tapados con ponchos tomando mate? Se construyó astutamente una escena que dio sus resultados. Todo el mundo se lo creyó. La consecuencia fue la que decís. Mucha gente dejó de tenerles simpatía a los tupamaros.

—*En cuanto a la muerte del peón rural... ¿Tú estuviste entre los que decidieron?*

—No, no, pero pude haber estado.

—*¿Y qué habrías resuelto si hubieras estado? ¿Habrías votado la muerte?*

—Andá a saber cómo me agarraba ese hecho. Lo que sé es que soy tan responsable como los compañeros que decidieron. ¿Qué te puedo decir?

—*Eso quiero saber, qué decís.*

—Digo que fue algo que no me gustó. Algo que no le gustó a nadie. Siempre tuvimos presente la contradicción que había entre el hecho de pelear por algo que mejorara la vida de los hombres, sobre todo la de aquellos menos beneficiados por la sociedad actual y, al mismo tiempo, tener muchas veces que enfrentarlos con un revólver en la mano.

—*Estás pensando en policías y en soldados.*

—Sí. Esa contradicción, que es evidente, nos llevó siempre a

respetar hasta el máximo de lo posible las vidas humanas. Es partiendo de este respeto que Sendic rechazó siempre el uso de las bombas, porque odiaba sus efectos indiscriminados.

—*Matar lo mínimo imprescindible.*

—Nosotros perdimos compañeros por cuidar la vida de quien teníamos en frente.

—*Me decís que te disgustó la muerte de Pascasio. Al mismo tiempo decís que no sabés qué hubieras hecho de estar allí en la larguísima discusión donde se resolvió matarlo.*

—Y sí, no sé. ¿Cómo puedo saber? Hoy, aquí, sentado, después que pasaron más de treinta años digo eso. Porque cómo puedo conocer mi reacción cuando estaba en el fragor de la lucha donde tan a menudo se pierden los puntos de referencia. La guerra a veces —más cuando es muy prolongada— puede generar una lógica perversa.

—*Alguna vez dijiste: "Luchamos por el sueño de un hombre, si no nuevo, algo mejor".*

—Pienso que este hombre algo mejor está relacionado con lo cultural. Hay que dignificar ciertos valores, que son viejos pero muy necesarios. Valores que deben transformarse en los motivos de la vida.

—*¿En qué valores pensás, Pepe?*

—Pienso en la verdad, en el valor de la verdad, el valor que tiene el sentido del honor, el valor de la palabra dada. En que dar la palabra y estrechar la mano establece un contacto tan válido como el contrato que hace un escribano. Yo creo que hay cosas muy pero muy viejas y muy elementales que hay que traer de nuevo a la vida, rescatarlas, cultivarlas. Nosotros podemos enfurecernos todo lo que queramos con la droga, pero si no somos capaces de meterles en la cabeza, a nuestros muchachos, que se pueden defender, que la verdadera defensa está en la cabeza, estamos fritos. Con méto-

dos policiales... ya conocemos el fracaso. Entonces el valor de la cultura, de la prédica sistemática y del ejemplo son fundamentales. Una sociedad nueva tendrá que empezar por cambiar la cultura o no será nunca una sociedad nueva.

Epílogo en la Rambla de Montevideo

Último domingo de noviembre
29 de noviembre de 2009

Esta vez no hay disyuntiva; cada cinco años, en Uruguay el último domingo de noviembre es sagrado para todos.

Es el día de las elecciones. Los grandes medios seguirán el proceso desde la mañana. Desplegarán infinidad de móviles; rebuscarán notas en el archivo cuya reedición parezca pertinente; acosarán a políticos y politólogos, a funcionarios electorales, a simples votantes.

De algún modo deberán llenar esas coberturas de duración descomedida y ya conocen que ese día, en este país, no ocurrirá nada. No se perderá ninguna urna, nadie denunciará fraude, no se registrarán trifulcas entre militantes de sectores opuestos. Simplemente, poco después que cierren las mesas de votación, cuando sean suficientes los votos escrutados, las encuestadoras arriesgarán pronósticos coincidentes. Minutos después el candidato vencido exaltará la tranquilidad de la jornada cívica y con emoción más o menos sincera saludará al vencedor. Y así sucedió este último 29 de noviembre, con una diferencia. Esta vez no fue la noche serena y tibia de tantas otras veces. Llovía copiosamente cuando el Presidente electo saludó a la multitud. El estrado había sido levantado en plena rambla y detrás de Mujica la sudestada hacía bramar al río. El viejo guerrillero aplaudía. No podía parar de aplaudir a su pueblo, como asombrado de que aquello fuese cierto.

—Estoy preocupado —había respondido un rato antes, cuando aún era posible acercársele.

—¿Por qué?

—Es que el Evo (Morales) medio se va a calentar conmigo.

—¿Contigo?

—Y sí; fijate que ahora el tipo excéntrico voy a ser yo.

Pepe Mujica, de tupamaro a Presidente

Se terminó de imprimir en el mes de febrero de 2010
en los Talleres Gráficos Castiglioni, Hortiguera 1411,
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.

Opcional con *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur.
Distribuye en Capital Federal y GBA: Vaccaro, Sánchez y Cía. S. A.
Distribuye en interior: D.I.S.A.

José Mujica inició su vida de militancia política como un joven "anarco" a los 14 años, y desde entonces ha recorrido un camino largo y difícil, transitando siempre por la senda de la dignidad. En esta cálida y luminosa entrevista desarrollada en dos encuentros en su casa de Rincón del Cerro con María Esther Gilio –que se reedita en una versión actualizada– se recuerdan los triunfos y los fracasos, sus convicciones, honradez y pasión por aprender y trabajar. Pepe conoció la gloria del reconocimiento de las masas populares cuando, como joven tupamaro, empuñó las armas para defender el sueño de justicia de muchos compatriotas uruguayos; conoció también el dolor y la terrible experiencia de trece años de cárcel. Días después de recuperar la libertad, allá por marzo de 1985, supo decirles a los jóvenes que se acercaron a escuchar su mensaje que "la pasión no justifica la miseria... la miseria del alma. Nacimos para luchar por la igualdad, y por el sueño de un hombre, si no nuevo, algo mejor". "Yo no soy intelectualmente primitivo pero sí soy vitalmente primitivo. Vivo para adelante", afirma Mujica, que el 1º de marzo de 2010 asume como Presidente de la República Oriental del Uruguay. Otro paso adelante de este viejo combatiente, uno de esos hombres que –como sabemos con Bertolt Brecht– a fuerza de luchar toda su vida son imprescindibles.

Ediciones *Le Monde diplomatique* «el Dipló»



CAPITAL
INTELLECTUAL

ISBN 978-987-614-215-1



9 789876 142151